

BENJAMÍN LABATUT

*La Antártica
empieza aquí*



ANAGRAMA
Narrativas hispánicas

Índice

[Portada](#)

[Créditos](#)

[LA ANTÁRTICA EMPIEZA AQUÍ](#)

[LA CURA DE ANA](#)

[PAÍSES BAJOS](#)

[CLUB DE CAMPO](#)

[DESEO](#)

[ALFREDO EN CAMA](#)

Ilustración: © Jacob Adler

Primera edición: marzo 2026

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

© ExLibris S.p.A, 2010, 2026

Publicado por acuerdo con Agencia Puentes

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U., 2026
Pau Claris, 172
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-5018-5

Composición digital: www.acatia.es

Para Samir Nazal –un hombre solo no muere.

When there is nothing left to burn you have
to set yourself on fire.

DOUGLAS CAMPBELL

LA ANTÁRTICA EMPIEZA AQUÍ

Un verdadero soldado no es un hombre.

A los sesenta y cuatro años, el poeta Karol Vasek fue postulado al Premio Nacional de Literatura, para sorpresa tanto del mundillo literario como de la mayor parte de los lectores chilenos. Los demás candidatos eran narradores o poetas de renombre, y uno de ellos había ganado el Premio Príncipe de Asturias poco antes, así que todos pensaban que él lo recibiría a modo de reconocimiento posterior, siguiendo ese reflejo tan típico de Chile, que valora el éxito en el extranjero más que cualquier otra cosa.

Según las bases de nuestro máximo galardón literario, cualquier autor chileno que hubiese «consagrado su vida al ejercicio de las Letras» podía ser nominado al premio, pero la candidatura de Vasek fue completamente inesperada, y parecía imposible que el jurado la aceptara. De su vida se sabía poco, de su literatura, todavía menos: había nacido en el sur de Chile, publicado solo cuatro libros de poesía –imposibles de encontrar– y servido en el Ejército chileno brevemente, durante los años previos a la dictadura.

Cuando supe de su postulación, yo estaba a punto de perder mi trabajo en la sección de cultura de una revista política que se distribuía con el segundo diario más importante del país. Preso del pánico que sentía antes de la reunión de pauta semanal, propuse el tema de Vasek para salir del apuro, dando por hecho que lo rechazarían. No había leído siquiera un verso suyo. Tuve que improvisar una historia con lo poco que pude encontrar en internet. Casi todo aparecía en páginas de grupos de extrema derecha, con nombres fascistoides como *Renacer Chileno*, *Martillo del Sur* y *Legión Austral*, pero en ese momento el tema del nazismo había vuelto a llamar la atención de la prensa, así que me bastó con

mentonar que Vasek había sido milico y dar dos detalles de su biografía (era descendiente de checos, su padre había sido un piloto de guerra condecorado por Göring) para que mi editor aceptara el tema, siempre y cuando consiguiera una entrevista con el poeta.

Ya circulaba el rumor de que ese iba a ser mi último mes en la revista. Los roces con mi editor habían alcanzado su punto máximo cuando me negué a aceptar el título que propuso para una de mis notas y lo cambié en el programa de edición que usábamos, justo antes de que ese número se fuera a imprenta. Cuando supo, me llamó a su oficina, tan furioso y humillado que le temblaban las manos. Me dijo que, si llegaba a intentar algo así de nuevo, haría lo que fuese necesario para que yo jamás pudiera encontrar trabajo como periodista en Chile. Me fui sin pedir disculpas. ¿Qué le iba a decir? ¿Que esos eran mis primeros pasos para dedicarme a la literatura? Quedarme sin pega me parecía una pesadilla, aunque estaba haciendo mil estupideces para que se cumpliera. Llevaba poco más de un año trabajando como reportero, pero lo que realmente añoraba era convertirme en escritor. Era algo con lo que había soñado toda mi vida. Una decisión valiente, según yo. Porque no se trataba de una vocación cualquiera. Ser escritor, como ser soldado o samurái, implicaba una postura violenta frente a la realidad, una resistencia continua, sin pactos ni tregua. La rutina, los límites, la familia, las normas, la felicidad, todo eso tenía sentido para los demás, mientras que la vida del escritor servía para acercarse al abismo. Dónde quedaba el famoso abismo y qué hacer si uno lograba llegar hasta ahí eran cosas que aún no sabía. Supongo que quedarse mirando hacia adentro.

Era ridículo, pero en esa época la literatura me generaba un deseo incontrolable. Prácticamente no dormía para poder leer y era incapaz de salir de casa sin llevar varios libros en la mochila. Empecé a adquirir hábitos extraños: en la revista, revisaba los computadores de mis colegas y leía sus correos electrónicos; en la micro y el metro, escuchaba conversaciones ajenas y espiaba los mensajes de texto que la gente escribía en sus celulares; en las casas de mis amigos, me metía a los cajones y buscaba sus diarios de vida, como una forma de acceder a su intimidad, a ese núcleo oscuro,

pecaminoso y secreto de donde nace la verdadera literatura. Garabateaba cientos de ideas en una pequeña libreta, esbozos, bocetos y resúmenes de historias que nunca llegué a desarrollar, pero de las cuales no me cansaba de hablar. Como no era capaz de resistir horas sentado en la oficina sin hacer nada me escondía en el baño a leer, por tanto tiempo que mis colegas pensaban que sufría de una enfermedad intestinal: hasta el día de hoy, asocio la marca de cloro que usaba el personal del aseo con los diarios de Gombrowicz y el olor a mierda ajena con algunos de mis poetas favoritos. Todo me parecía una pérdida de tiempo frente a la necesidad de leer y preparar lo que iba a escribir. ¿Cuándo? Eso no era importante. A esa edad, escribir no era lo más importante. Los grandes escritores –al menos los que yo consideraba grandes– triunfaban en la madurez. La juventud era para otra cosa. Para leer, para viajar, para drogarse. Para aprender a pasar hambre y frío. La juventud servía para sufrir, endurecerse, juntar materiales y construir un castillo. Desde que había dejado la casa de mis padres vivía con una amiga sin pagarle arriendo. Tenía veinticinco años, no había escrito ni siquiera un cuento, no tenía plata, no tenía polola, descuidaba mi salud y fumaba pitos todos los días, pero supongo que de alguna forma lograba sentirme como un hombre valiente, cuando en realidad era solo un pendejo.

El artículo sobre Vasek prometía ser un desastre. Salvo por las páginas nazis que lo mencionaban, no había prácticamente ninguna información que uno pudiera asociar a una carrera poética de casi cuarenta años. Mis amigos no sabían de él y las editoriales de sus libros habían desaparecido hacía décadas. El único que lo recordaba era Samir Nazal, un viejo librero con una colección impresionante de poesía en su tienda de libros usados. Nazal dominaba la literatura chilena mejor que nadie y aún retenía un vago recuerdo del primer libro de Vasek. Un huevón bien raro, me dijo cuando lo fui a visitar. Un poeta menor pero interesante. ¿Raro como quién?, le pregunté.

No supo explicármelo. No recordaba las imágenes ni el estilo de los poemas, solo el título de uno: «Pilotos de tormenta». Le pedí que me llamara si encontraba un libro suyo, o si se le ocurría alguna forma de contactar a Vasek, a sus editores o a cualquiera que pudiese ayudarme a entrevistarlo. Regresé derrotado a la revista. El viernes de esa semana tendría que presentarle algo a Pato, mi editor, y estaba cada día más arrepentido de haber sugerido lo de Vasek. No era la primera vez que me metía en problemas por perder el tiempo tratando de reportear algo imposible. En el mejor de los casos, tendría que soportar las burlas de Pato, que me decía «el gerente», porque nunca llegaba a la hora, o «el principito», porque una vez cometí el error de ir al trabajo con una chaqueta de terciopelo azul que había comprado en la ropa usada. Como no se me ocurría nada más que hacer, decidí revisar los archivos de la Escuela Militar.

En una hoja amarillenta, escrita a máquina, llena de faltas de ortografía y manchas de humedad, encontré los siguientes datos: Karol Vasek, nacido Karol Anton von Vasek Geislerova, hijo de Karol von Vasek Roubal y Catalina Geislerova Pinto, había entrado a la Escuela Militar a los dieciocho años. Era un tipo enorme –medía casi dos metros–, con el pelo negro y liso. La única foto que aparecía en el archivo, de tamaño carné, mostraba a un joven de rasgos europeos, flaco como una calavera, con una nariz afilada y prominente, de mago o de druida. Sus ojos –grises según la ficha– estaban completamente desprovistos de brillo, e incluso daban la impresión de absorber la luz. Un tipo excepcional, pensé, nada que ver con Chile. Salvo por un dejo de melancolía, me era imposible ver algo en esa foto que lo hermanase con cualquiera de los jóvenes que ingresan al Ejército buscando una salida de la pobreza, chicos que ponen sus vidas en manos ajenas y que se entregan a las fuerzas armadas para arrancar de pueblos olvidados o de padres violentos. Vasek era distinto, parecía de otra especie, y por mucho que miré su retrato no pude imaginarlo marchando bajo órdenes, con el pelo rapado y el fusil al hombro, camino a una vida nueva, a una disciplina, a una masacre o a una guerra.

Un par de semanas antes de que yo empezara a investigar sobre Vasek, había llegado a trabajar a la revista un periodista nuevo. Federico Silva Fernández, estudiante en práctica, se instaló en mi cubículo, en la esquina más oscura de la oficina. Era la persona más deforme que había visto en toda mi vida. Su cuerpo parecía estar hecho con piezas descartadas de otros. Cuando nació, le habían reconstruido la cara con siete operaciones; sus ojos estaban muy separados entre sí, uno notoriamente más arriba que el otro, en una cabeza que era del mismo tamaño que la pantalla de mi computadora. El pelo le crecía a mechones, y su piel llena de placas de psoriasis se veía tan arrugada como la cáscara de una naranja. Múltiples tics nerviosos lo sacudían, al igual que si estuviera recibiendo descargas eléctricas, y aunque las intervenciones quirúrgicas le habían arreglado el labio leporino, hablaba como un gangoso. Federico llegó a la revista después de que lo rechazaran en el diario *La Segunda* cuando la editora lo conoció en persona. Nunca supe por qué lo aceptaron en nuestra oficina. Su cuerpo –fallido, feo y pobre– era la antítesis perfecta de lo que los dueños de la revista buscaban reflejar. Durante los primeros días no pude ni mirarlo, pero después (como suele pasar cuando nos enfrentamos cotidianamente a lo monstruoso) su anormalidad, tan chocante al comienzo, fue disminuyendo, hasta que ya no le llamó la atención a nadie. Poco a poco, Federico se fue convirtiendo en Fede, el niño de los mandados, el que llegaba saludando a todos por sus nombres y el único que estaba tan por debajo de los demás que hasta yo podía pedirle ayuda.

Fede había estudiado Periodismo, pero, al igual que yo, quería ser escritor. Se pasaba el día coqueteando por chat con amigas que jamás iban a darle la pasada, y como tenía muy poco que hacer en la revista, se dedicaba a publicar notas en un blog que yo leía a sus espaldas con una curiosidad morbosa, porque además de describir sus rutinas en el trabajo, comentar los libros que había comprado y postear fotos de su sobrina, muchas veces escribía sobre mí. Era horrorosamente ingenuo y sentía la necesidad de preguntar mi opinión sobre cualquier cosa. ¿Qué pensaba yo del calentamiento global? ¿Quién iba a ganar el Nobel? ¿Cuál era mejor, la Mistral o la

Bombal? ¿Qué importaba más, Cheever o Carver, Dylan o Elvis, el poto o las tetas? Al principio traté de ser amable, le contestaba en serio y le exponía todos mis argumentos, aunque estuviéramos hablando de cualquier huevada, pero luego comprendí que lo único que quería era tener a alguien con quien hablar. Entonces Fede cotorreaba y yo fingía escucharlo mientras hacía otra cosa. Me contó todo sobre su madre (por quien sentía una devoción absoluta), sobre su hermana y sobre la hija de su hermana, que tenía menos de un año y era la cosa más importante de su vida, porque solo ella, en el mundo entero, lo miraba sin miedo ni rechazo. También me habló de una amiga –su mejor amiga, me aclaró– de la que estaba perdidamente enamorado. Ella no sentía lo mismo, por supuesto, pero pasaban el día entero juntos. Federico no perdía la esperanza. Habían estudiado en la misma universidad y ella acababa de terminar con su pololo: era la oportunidad que Fede había estado esperando. Me pidió consejo sobre cómo declararse. Yo le dije que hablara con ella, que le dijera lo que sentía o que le mandara un mail. ¿Qué más le podía decir? Igual le iban a romper el corazón. Le tendría que haber dicho que se callara para no perderla como amiga, pero no se me ocurrió ninguna forma de salvarlo. Además, yo tenía mis propios problemas en ese sentido.

Dentro de las cosas que había creído necesario dejar atrás cuando decidí ser escritor estaba mi exnovia. Camila, la primera mujer con la cual había sido realmente feliz. Y eso –tanta paz, tanto amor– se había convertido en un problema entre nosotros. Su normalidad era demasiado para mí y su anhelo de una convivencia tranquila y doméstica, con matrimonio, hijos, perros y casa, era incompatible con mi idea de una vida literaria. Aunque estaba completamente enamorado de ella, nos fuimos alejando. Camila insistía en que dejara de fumar marihuana (o al menos controlara mi hábito) y yo me negaba a planificar un futuro juntos. En nuestras últimas vacaciones fuimos con dos de sus compañeras de la universidad a una casa a orillas de un lago en el sur. Era imposible conseguir pitos en febrero, así que, mientras ella se dedicó a tomar sol con sus amigas, tejiendo una bufanda que vi crecer como si fuese una larga cadena con que acabaría amarrándome a un destino que no era el

mío, yo me volví loco de aburrimiento. No hice otra cosa que leer durante dos semanas, recostado en una hamaca. Cuando terminé los libros que había llevado, leí los pocos que estaban en esa casa de verano, luego los que habían traído sus amigas y finalmente caminé doce kilómetros hasta el pueblo más cercano, solo para buscar una tienda de usados. Fue inútil. Por mucho que leyera, no podía distraerme ni encontrar consuelo. Al contrario, cada página, buena o mala, me convencía de que era necesario dejarla. De que tenía que dejarlo todo. Y que ese era el precio que debía pagar. Porque había una sola cosa sobre la que yo estaba totalmente seguro: la literatura exigía un sacrificio. Para escribir, algo tenías que perder. Terminamos seis meses después. De vez en cuando recibía noticias tuyas, un par de líneas en un mail, un mensajito en mi celular. No era capaz de responder.

Fede encontró los poemas de Vasek. Le había pedido que buscara en el archivo de Copesa, el consorcio de noticias al que pertenecía la revista y que almacenaba casi cien años de información dentro de un sótano gigantesco: en un viejo ejemplar del semanario *Época*, halló tres poesías de Vasek –menos de treinta versos en total– y una breve nota biográfica que para mí fue como dar con una veta de oro.

Según el texto, el padre de Vasek había sido piloto de élite y miembro estrella de la Luftwaffe: al final de la Segunda Guerra Mundial, después de servir en el frente ruso, escapó de un campo de prisioneros gracias al apoyo de la «línea de las ratas», una red de rutas clandestinas organizada por los nazis para permitir que oficiales del Reich, colaboradores del régimen y criminales de guerra huyeran de Europa hacia otros continentes. Una vez libre, abordó un barco hacia Buenos Aires y, luego de cruzar la cordillera a pie por el mismo paso que usó el Ejército Libertador, consiguió trabajo como piloto del avión presidencial de Gabriel González Videla. La madre de Vasek era chilena, había crecido cerca de Temuco y trabajado como profesora de piano hasta el nacimiento de su hijo, una guagua tan

grande que la dejó con dolor crónico por el resto de su vida, producto de las complicaciones del parto.

Los poemas de Vasek resultaron ser tan interesantes como la biografía de su padre. Estaban escritos en español, pero incluían palabras alemanas y varias temáticas propias del fascismo: hielos eternos, hombres salvajes, águilas y manadas de lobos; un imperio nuevo que duraría mil años; la lucha entre un salvador y el titán que volvería al mundo a encadenarnos. Pese a lo fachos que eran, me parecieron buenos. Tenían la marca de un autor maduro, alguien con un universo propio. Su mesianismo resultaba irritante, pero había algo que suavizaba el fondo y la forma, un sutil juego en la métrica que hacía que los dos idiomas sonaran como si fuesen una sola lengua. Las imágenes eran precisas y me recordaron más al misticismo de Rumi que a los horrores del Tercer Reich. El efecto se notaba particularmente en el poema más largo de todos, que parecía haber sido escrito durante un sueño por el mejor discípulo de Hölderlin y luego mutilado, en medio de una pesadilla, por un niño con tijeras. Guardé las fotocopias de *Época* que Fede había hecho para mostrárselas a mi editor y anoté los datos biográficos por si me ayudaban a encontrar a algún familiar con vida. Esa misma semana Fede logró ubicar otros tres poemas en una antología hecha por Miguel Serrano, nuestro escritor nazi más célebre, pero Vasek, el poeta como tal, estaba desaparecido. Mi artículo corría peligro, y con él mi permanencia en la revista. Otro fracaso era lo único que mi editor necesitaba para echarme. Yo lo sabía (de hecho, no podía pensar en otra cosa) y, sin embargo, por una razón que huía a mi control, no me animaba a seguir la única pista que mi amigo librero había logrado encontrar: Pablo Riquelme, coronel en retiro, compañero de generación de Vasek en el Ejército y editor de *Islas que se hunden*, su segundo libro de poesía. Riquelme resultó ser quien había llenado los formularios en el Consejo de Cultura para postular a Vasek al Premio Nacional, y gracias a eso Fede encontró su número de teléfono. Pero yo no podía marcarlo.

Era algo que me pasaba siempre durante esos primeros años como periodista. Escribir me generaba tanta ansiedad que desperdiciaba días completos mirando porno y fumando un cigarro

tras otro sin poner una palabra en la página. Una especie de parálisis me impedía tomar el teléfono o levantar el culo de la silla. La inseguridad me comía por dentro y no era capaz de reaccionar hasta que la fecha de entrega estaba a punto de cumplirse, cuando ya era demasiado tarde. Terminar mi primer artículo me había tomado casi un mes, lo que era un chiste, porque la revista era semanal. Trataba sobre uno de los grandes genios del jazz chileno, Alfredo Espinoza, prodigio del saxofón, un tipo con oído absoluto que había deslumbrado al público en Santiago, Buenos Aires y París, para luego perder la cabeza y pasar diez años encerrado en una casa en ruinas en uno de los cerros de Valparaíso, donde lo encontré yo, tirado en un colchón y delirando, perseguido por las voces que le revoloteaban en el cerebro, con el pelo hasta la cintura, la ropa llena de hoyos y las uñas tan largas que apenas podía alimentarse. Cuando entregué mi nota sobre su vida, el director de la revista me felicitó frente a todo el equipo. Después las cosas se torcieron: empecé a pelear con mi editor y caí en ese bloqueo que no me dejaba escribir. Cada uno de mis reportajes era una tortura. Aunque poco a poco empecé a soltar la mano, por lo general tenía que pasar algo grave para que yo pudiera vencer la inercia que me poseía. Con Vasek no fue la presión de mi editor ni el miedo a quedarme sin trabajo, sino algo mucho más simple, algo que no tendría por qué haber significado nada, algo que, de hecho, no significó nada, pero que me hizo sufrir un golpe de vértigo, esa percepción de vacío y de paso del tiempo que te hace sentir como si se fuera a acabar el mundo: soñé con mi hermano mayor.

En el sueño, él me sacaba a dar una vuelta en su auto, un largo recorrido por la noche de una ciudad que parecía una versión de Santiago detenida en el tiempo, llena de edificios derruidos y cubierta de afiches publicitarios para productos que prometían belleza y vida eterna. El paseo podría haber sido agradable (mi hermano llevaba tres años viviendo en España), pero en el sueño yo no podía parar de tiritar, porque sabía que al llegar a nuestro destino, en el instante mismo en que yo girara el cuerpo para bajarme del auto, mi hermano me mataría de un balazo en la cabeza. Guardaba una pistola en la guantera. Era plateada, con

acabado de cromo y culata de nácar. Durante el sueño, él no abría la boca, no me dirigía una palabra, solo miraba hacia adelante. Yo observaba la ciudad, respondiendo las preguntas de una voz que salía de la radio, una voz rasposa de borracho que relataba recuerdos de nuestra juventud y que exigía saberlo todo. ¿Por qué acumulábamos piedras debajo de la cama? ¿Quién mató al gato negro? ¿Quién se robó el collar de la bruja? ¿Cuál de los dos se traicionó primero? Estaba convencido de que mi futuro colgaba de un hilo y de que una respuesta equivocada me costaría la vida. Sabía lo que tenía que decir, lo que la voz y mi hermano querían escuchar, pero era incapaz de faltar a la verdad. Me oía a mí mismo y pensaba *¡para, huevón!, ¡para de hablar huevadas!*, pero no lograba cerrar la boca. Mi hermano no se daba por aludido. Él era la voz y el auto. La pistola y la ciudad. El espejo y las balas. Era también la parte de mí que no se callaba, un otro a la vez familiar y ajeno, un maniquí, un autómatas sin alma que giraba el volante y pasaba los cambios con el índice y el pulgar de una mano tan arrugada como la pata de un pollo.

Apenas desperté llamé a la casa de Riquelme, el compañero de Vasek. Contestó una mujer. Fue difícil hacerle entender quién era y qué buscaba, explicarle que no estaba vendiendo nada, que por favor no me cortara el teléfono, porque solo necesitaba hablar con Riquelme, con el coronel Pablo Riquelme. ¿Estaba ahí? ¿Podía pasar a verlo en la tarde?

Riquelme vivía cerca de la Escuela Militar, en un condominio del Ejército que ocupaba una cuadra completa en Américo Vespucio, protegido por guardias armados y una reja de alambre de púas que bordeaba todo el perímetro. Según averigüé, los mandos medios habitaban unos edificios bajos que daban al sur, mientras que los generales en servicio tenían dos torres enormes con vistas hacia la cordillera. En la reja de entrada, los guardias me pidieron el carnet a mí y a Jaime, el chofer del taxi que trabajaba para la revista, un tipo

genial que me había acompañado en varios reportajes; anotaron la patente del auto, miraron los asientos y revisaron toda la carrocería con un espejo. Recién ahí me preguntaron a qué venía. A ver al coronel Riquelme, respondí. Uno de los guardias me miró como si lo estuviera agarrando para el hueveo: me pidió de nuevo el carnet y se lo mostró a su compañero mientras hacía una llamada por teléfono. Aunque no podía escucharlo, me pareció entender que deletreaba mi apellido, porque no le quitaba la vista a mi cédula. Cuando se dio cuenta de que lo miraba, giró el cuerpo y nos dio la espalda. ¿Qué le pasa a este huevón?, me preguntó Jaime, justo en el momento en que el guardia nos subía la barrera. Los estacionamientos de visita están al fondo, dijo, al lado de la plaza. Es el segundo edificio, departamento tres, lo van a ver al tiro, no se parece a los demás.

Se trataba de una construcción con forma de pirámide trunca, sin el vértice superior. El resto del condominio estaba compuesto por edificios comunes y corrientes, exactamente del tipo que uno se esperaba de un recinto militar, mientras que el de Riquelme parecía sacado de una película. Su color blanco era tan radiante que quemaba el pasto alrededor y sobre los dinteles de los pisos superiores se distinguían pequeñas figuras geométricas parecidas a las calaveras que adornan la arquitectura azteca. No podía imaginarme a los militares aceptando un diseño tan grotesco, no solo por el mal gusto, sino porque realmente tenía las dimensiones y el espíritu de un templo. Era casi imposible no sentirse afectado por la irracionalidad del edificio, sus proporciones desmedidas, su decoración macabra. Al llegar al estacionamiento, Jaime me dijo que iba a darse una vuelta para tomar un café, que le avisara cuando estuviera listo. Tanto milico lo ponía nervioso.

Un par de horas antes, cuando llamé para confirmar la entrevista, supe que la mujer con quien había hablado era la hermana de Riquelme. Toqué el timbre de su departamento (alguien había dibujado un símbolo parecido a un pentagrama debajo), pero nadie contestó. Apreté el botón un par de veces más sin que hubiese respuesta, y cuando estaba a punto de llamar por teléfono, escuché cómo se corrían cuatro cerrojos y el sonido de algo pesado

golpeando contra el suelo. La puerta –mucho más gruesa de lo que parecía a primera vista y reforzada con metal– se abrió hacia afuera, como si se tratase de una cripta, y tuve que echarme atrás para que no me golpeará. Lo primero que vi de la adolescente que apareció al otro lado fue el destello blanco de su camisa escolar, luego su pelo revuelto, que le cubría la cara, y finalmente la piel tirante de sus piernas, que se esforzaban para mover el armatoste de la puerta. Sorprendido por la chica, balbuceé mi nombre, el de la revista, y le conté que había hablado por teléfono con alguien –¿tu mamá?– pero que venía a ver al coronel Riquelme. Es mi abuela, no está, pero vuelve al tiro. Pase nomás. El tío lo está esperando.

Adentro la disposición de las habitaciones era tan extraña como la fachada del edificio. Solo había una forma de desplazarse por el departamento: en línea recta, como se transita por un búnker. Un largo pasillo recorría la cocina y una sala, y luego desembocaba en un salón sin ventanas, donde la chica me pidió que la esperara. Desde allí se podía acceder a tres piezas. Supuse que la de Riquelme era la del fondo, porque la joven tocó esa puerta, se quitó los zapatos y entró descalza. A pesar de que el salón estaba iluminado por un enorme tragaluz en el techo, la falta de ventanas me hizo sentir claustrofobia. Nunca sabes con qué te vas a topar cuando llegas a una entrevista. Te metes de golpe en la vida privada de una persona, ves sus fotos, los dibujos de sus hijos, te fijas en los ceniceros llenos de colillas, en la calidad de los cuadros en los muros y en el tapiz –gastado o reluciente de los muebles. En solo unos minutos, mientras tratas de seducir a tu entrevistado, tienes que recoger mil pequeñas impresiones que te permitan emitir un juicio. Porque las entrevistas son eso: una redención o una condena. No hay punto medio. Entonces, esa marca tan honda en la pared, ¿fue producto de un accidente o de un episodio de violencia? ¿Y la copa rota? ¿Y ese frasco de pastillas? Recorrí el salón y memoricé lo poco que había a la vista, aunque estaba seguro de que iba a ser imposible incluir pirámides militares y oficiales en decadencia en mi artículo, porque los dueños del diario eran profundamente conservadores. Estaba perdiendo el tiempo. Me había colgado solo.

Me acerqué a una de las paredes y me di cuenta de que había

grandes espacios del departamento que parecían estar escondidos o ser inaccesibles, al menos desde el corredor central. Hacia el sur, vi una puerta que no había notado al entrar en la sala: estaba bloqueada por un mueble de madera y una acuarela de una iglesia en ruinas. Encontré la manilla y estaba a punto de tomarla cuando la adolescente regresó. No, no, no, me dijo con una sonrisa, esa no se abre. No supe qué hacer con las manos, pero ella se rio. Tenís cara de cabro chico. ¿En serio trabajái pa una revista? Le expliqué que había salido recién de la universidad y le pregunté hace cuánto vivía Riquelme en ese edificio. No sé, me dijo, un montón de años, pero no sé cuántos. El tío no pasa mucho en Santiago, así que nosotras vivimos casi solas. Quise saber adónde iba Riquelme cuando se ausentaba. Al extranjero a veces, al norte a veces y al sur a cada rato. Ahora acaba de volver, hace dos semanas. Este último año ha viajado menos, pero antes siempre. Era como una leyenda en mi familia, como un fantasma. Yo ni lo conocí hasta los doce. ¿Y ahora cuántos tienes?, le pregunté. ¿Cuántos creís?, me dijo, coqueta. ¿Catorce? ¡Na que ver!, chilló. Cumpló dieciséis en diciembre. ¿Y tú, por qué querís hablar con el tío? Le expliqué sobre el artículo, el Premio Nacional, y lo difícil que había sido encontrar a alguien que conociera a Vasek. Por favor no dejes que se ponga a hablar de los griegos, me dijo, que después cuesta un mundo calmarlo. Le iba a preguntar a qué se refería con eso, pero nos interrumpió la voz de un hombre desde la pieza del fondo, diciendo que estaba listo, que me hicieran pasar y que no nos molestaran.

La silueta de Riquelme estaba marcada en la cama. Nunca había visto una cosa así. En el colchón se podía distinguir perfectamente la forma de un hombre en bajorrelieve, las piernas, el torso y la cabeza, como si hubiesen construido la cama usando su cuerpo de molde. El excoronel estaba sentado frente a su escritorio, de cara a la puerta, y aunque era pleno invierno solo tenía puesta una camiseta de manga corta y la parte de abajo de un pijama de franela. Usaba unos anteojos enormes, de cristales muy oscuros, tanto que no me dejaban ver sus ojos. Su tamaño era sorprendente. Daba la sensación de que le toparía la cabeza contra el techo si se ponía de pie. Tenía el pelo canoso, por debajo de los hombros, liso y

bien cuidado. Apartó una silla e hizo un gesto para que yo me acercara. Tome asiento, me dijo girando el cuerpo hacia un costado mientras acomodaba tres carpetas llenas de papeles sobre el escritorio. Me presenté, le expliqué a qué venía y luego pedí permiso para encender la grabadora. Asintió con la cabeza.

No necesité más de cinco minutos para darme cuenta de que estaba hablando con un loco. Después de ofrecer disculpas por tener que recibirme en su habitación, Riquelme quiso saber si alguien más estaba al tanto de la entrevista. Le aseguré que podía estar tranquilo, que no se lo había dicho a nadie. Cuando supo que me había traído Jaime, pidió que le anotara su nombre, su celular y cualquier otra información relevante que tuviera sobre él; me recomendó que en el futuro solo usara el metro o cualquier otra forma de transporte público, porque muchos buenos hombres habían caído por confiar en el chofer equivocado. No se podían tomar suficientes precauciones. Los taxistas, me explicó, son animales de costumbres, tienen registros fáciles de conseguir y siguen siempre las mismas rutas. Sus hábitos los traicionan. Lo que hay que evitar si uno quiere ser libre, me dijo, es la repetición. El movimiento es la única certeza que tenemos. Porque todo se mueve, segundo a segundo, todo está vibrando. ¡Ni las piedras están quietas! Le respondí que Jaime era un hombre de mi absoluta confianza, discreto como pocos, y ahí empezó a preguntar por mis apellidos y mi ascendencia. Al enterarse de que mi bisabuelo paterno era francés y que la familia de mi madre era italiana, se dio por satisfecho. ¿Del norte de Italia?, preguntó. Yo no tenía la menor idea, pero le dije que sí, por supuesto, del norte. Los Riquelme somos del noreste de Italia, me dijo muy serio, de Génova y de Tiglieto, pero a principios del siglo XIV fuimos expulsados y tuvimos que exiliarnos en Córcega. Buena gente, sentenció.

Se negó a contestar mis preguntas. En vez de responder dónde había estado los últimos años, me habló de un músico chileno que escuchaba los acordes de Dios, de un ángel que ejercía la prostitución en un subterráneo y de una mujer con piel de reptil que no ingería alimentos hacía más de una década. Cuando le pregunté por su servicio en el Ejército, me contó la historia de un astronauta

chileno que llevaba años girando alrededor de la Tierra, repitiendo un mantra que generaría cambios en el desarrollo de la humanidad. Su discurso estaba plagado de situaciones paranoides: agentes y contraagentes, asesinos que trabajaban en las sombras, a ciegas, completamente desconectados de sus superiores, o espías que seguían operando sin enterarse que sus misiones ya habían concluido hace años, porque les habían lavado tantas veces la memoria que ya ni siquiera podían recordar sus propios nombres; existían políticos y empresarios poderosos que no sospechaban quién los estaba controlando realmente, mientras que pequeños burócratas de poca monta eran –sin saberlo– los engranajes claves de enormes conspiraciones orquestadas por sociedades secretas. El mundo se mueve como un péndulo, me dijo, va de un polo a otro sin lograr el equilibrio; asciende y desciende, sube y baja, avanza y retrocede, pero no escapa de su Ley. Después de escuchar tonteras de ese tipo durante casi dos horas, me animé a preguntarle por Karol Vasek.

Fue como si hubiese pronunciado una maldición o una fórmula mágica: al oír el nombre del poeta, Riquelme se puso de pie de un salto, agarró las carpetas que tenía detrás y caminó hasta la puerta para echar llave. Se quedó unos segundos allí, con la cabeza gacha y el pelo tapándole la cara, murmurando algo en un idioma que no pude reconocer, y luego avanzó en mi dirección hasta que quedé con el cuello totalmente estirado para atrás, viendo cómo su mole enorme se alzaba sobre mí. Apuntó a la ventana y se llevó el índice a los labios para indicar que nos podían estar escuchando: tomó mi grabadora y detuvo el mecanismo. Yo asentí, lentamente, sin saber si debía salir corriendo o buscar algún objeto en la habitación que me sirviera de arma, pero no fue necesario: el excoronel dio un paso atrás y luego de estrechar las carpetas contra su pecho como si fuesen un ser querido, me las ofreció con extrema solemnidad. Las guardé en mi mochila, atento a cualquier señal de violencia, y no le quité la mirada de encima mientras él me dio la espalda, fue hasta la puerta, corrió el pestillo, abrió y se hizo a un costado para que yo saliera. A pesar del susto que me había dado, de pronto me pareció frágil, un viejo senil al borde del colapso. Antes de irme le pregunté

si estaba bien o si podía ayudarlo con algo. Como única respuesta se quitó los lentes oscuros y me mostró los ojos: dos esferas blancas, nubladas por las cataratas. Al pasar a su lado, lo oí susurrar una frase que se me quedó en la cabeza: *Este es el tamaño de nuestra derrota.*

No le hablé a nadie en la revista sobre Riquelme. Fede era el único que seguía interesado en Vasek y fue directo a mi escritorio cuando me vio entrar con las carpetas bajo el brazo. En el taxi apenas había podido ojearlas, me temblaban las manos por la adrenalina y no había suficiente luz. Le pedí a Fede que me dejara tranquilo un segundo y me fui al baño para lavarme la cara, aunque no alcancé a llegar al pasillo cuando escuché los gritos de mi editor.

Era el día de cierre y todos andaban con los nervios de punta. ¿Dónde chucha había estado todo el día? ¿Por qué había usado el taxi de la revista? ¿A qué hora le iba a entregar el artículo de viajes? Durante el resto de esa tarde tuve que olvidar a Riquelme e inventar unas vacaciones perfectas en San Pedro de Atacama. Parte de mi trabajo consistía en escribir sobre viajes sin viajar, porque el presupuesto de la revista no daba para cubrir los costos. Tenía que sentarme frente al computador con las fotos que iban a ilustrar la nota y armar un testimonial falso: llamaba a hoteles y restaurantes, preguntaba los precios y los mejores platos del menú, investigaba los encantos y los peligros locales, y luego iba creando una historia llena de detalles que supuestamente había conocido de primera mano. Las mejores partes las inventaba. Cuando le envié el artículo a Pato, quiso saber en qué iba el asunto del poeta.

Me recordó que el director de la revista estaba muy entusiasmado con el tema y me dijo que ya era hora de que yo me mandara otro artículo como el del jazzista. Le confesé que no se me ocurría cómo contactar a Vasek. ¿Lo dejamos hasta ahí nomás, entonces?, me preguntó, con su sonrisa de rata asomando en la cara. Tendría que haberle dicho que era imposible encontrarlo, que la única persona

con quien había hablado estaba completamente loca y que lo mejor sería pasar a otro tema, pero no pude con mi orgullo. Mentí. Inventé un contacto con el *webmaster* de una de las páginas nazis. Pato quiso saber detalles y yo seguí mintiendo con tanto fervor, que al regresar a mi puesto me costó entender que todo aquello no fuese realidad, que no existía ningún *webmaster*, ningún contacto, ninguna salida.

Las carpetas de Riquelme no estaban sobre mi escritorio. Busqué desesperado en mis cajones y luego fui directo adonde Fede, pero ya se había ido. Yo no le había dado mi teléfono y él era demasiado tímido como para ofrecer el suyo, pero fue cosa de conectarme al chat para que me llovieran sus mensajes. Lo primero que hizo fue pedir disculpas por haberse llevado las carpetas y luego me felicitó por la historia de Vasek. No vas a poder publicarla en la revista, me dijo, pero tienes que publicarla en alguna parte. ¿Qué historia?, le pregunté enfurecido. La de la Antártica, respondió, la expedición a la Antártica. Le dije que no tenía la más puta idea de qué me estaba hablando, que lo único que quería era irme a la casa y que necesitaba las carpetas de vuelta, al tiro. Mañana, mañana mismo, me dijo. ¿Me dejas sacar fotocopias? ¡Te las llevo a primera hora! Apenas pude dormir esa noche y al día siguiente llegué tarde a la pega. Fede no vino, pero su mamá me llevó las carpetas a la hora del almuerzo. Me dijo que su niño no se sentía bien. Nunca había tenido buena salud, pero ahora estaba en cama, con tanta fiebre que apenas podía hablar. Recibí las carpetas, le di las gracias y luego me dediqué a leerlas el resto de la tarde.

Cada una tenía materiales distintos. En la primera había más de un centenar de recortes de prensa de todo tipo, desde 1970 hasta la fecha –recetas de cocina, cartas al director, artículos, reseñas culturales, comentarios de espectáculos y crónica policial–, todos firmados por autores diferentes, de diarios regionales o nacionales, pero escritos de manera similar. Algunos de los recortes estaban subrayados o tenían pequeñas anotaciones en una letra totalmente ilegible. La segunda carpeta contenía casi cincuenta poemas que sin duda eran de Vasek. En la tercera encontré la historia del viaje a la Antártica.

Un verdadero soldado no es un hombre. Todo tiene su opuesto en este mundo, su polo contrario, pero el militar es una moneda de una sola cara. Su lugar es externo: fuera del devenir y firme ante el caos. Un soldado verdadero es un hombre aparte, una huella removida del tiempo, libre de violencia e inmune a la muerte. Hombres así son anomalías, saltos en el continuo. Pero yo conocí a uno. A un capitán que se podía seguir a la guerra. Al soldado que me enseñó el sentido del frío.

Así comenzaba el relato de Riquelme, una larga crónica escrita en fragmentos, con múltiples digresiones sobre temas que iban de la física al gnosticismo, pero que siempre retornaban a un eje central: sus años en el Ejército y su amistad con Karol Vasek, a quien conoció como un joven recluta en la Escuela Militar antes de verlo transformarse en líder, profeta y lunático.

Según Riquelme, habían ingresado a la escuela el mismo año, pero desde el principio los separó una distancia insalvable: mientras que él sufría burlas por parte de sus compañeros y maltrato de sus superiores, Vasek inspiraba respeto; incluso cuando acataba las órdenes de algún instructor, daba la impresión de estar en control de sí mismo y de ser dueño de sus palabras. Los vejámenes a los que eran sometidos jamás lograron afectarlo: Karol seguía instrucciones sin cuestionarlas, era ecuánime cuando lo dejaban al mando de alguna tarea e inspiraba admiración y obediencia no solo por su enorme tamaño físico (era el soldado más alto de su promoción, hasta superaba a Riquelme en estatura), sino por algo intangible que parecía rodearlo, un aura que lo mantenía a cierta distancia, una segunda piel bajo la cual era capaz de enfrentar cualquier situación sin verse afectado.

Las pocas veces en que se oía su voz era durante las clases. Desde un comienzo, su inteligencia y conocimiento táctico asombraron a sus profesores; a mediados del primer año ya daba ayudantías a sus compañeros, apoyaba a los rezagados y prestaba sus apuntes a quien los necesitara. Su destreza física iba a la par: era uno de los mejores tiradores de la escuela y jamás dejó de completar un ejercicio de entrenamiento, ni siquiera aquellos específicamente diseñados para romper la resistencia de los reclutas.

Por la mañana era el primero en estar en pie, y cuando los demás se iban a acostar él se quedaba leyendo después de que apagaran las luces del dormitorio, iluminándose con una pequeña linterna que un oficial le regaló tras encontrarlo subrayando las páginas de un libro a oscuras. Quizás producto de esas lecturas nocturnas, o tal vez por la puntualidad con que salía de la cama, ninguno de sus compañeros recordaba haberlo visto dormir. Vasek superó los primeros tres años de carrera con las más altas distinciones, recibió ofertas para continuar sus estudios en el extranjero y se ganó el respeto irrestricto de la tropa, pero a finales del cuarto año –cuando todos imaginaban un futuro glorioso para él en las Fuerzas Armadas– sufrió un colapso total.

De la noche a la mañana aquel hombre silencioso que parecía ser el soldado modelo, que manejaba a los caballos como si hubiese nacido encima de uno, que nunca fallaba un tiro y que podía citar, de memoria y sin cometer errores, *El arte de la guerra* de Sun Tzu, los *Estudios sobre historia militar* de Emil Körner o el *Manual de campaña del Ejército de Chile* se fue convirtiendo en un tipo maniaco, violento e incontrolable. Se rehusaba a cumplir horarios, dejó de acatar órdenes y cubrió las paredes de su cuarto con símbolos teutónicos y dibujos obscenos. No paraba de murmurar frases para sí mismo, en un idioma incomprensible que sus camaradas confundieron con el alemán, pero que uno de sus profesores reconoció como una mezcla de latín y copto. En tan solo dos meses recibió cuarenta reprimendas que no tuvieron otro efecto que el de aumentar su fama –ya desmedida– entre la tropa. Sus múltiples roces con la institución culminaron en un confuso accidente: dos cadetes de primer año (sorprendentemente parecidos entre sí) acabaron en el hospital con quemaduras de segundo grado y símbolos marcados a fuego en las plantas de los pies. Vasek no sufrió la expulsión inmediata solamente por el apoyo de algunos de sus mandos, que todavía creían en la posibilidad de su redención, y por la lealtad irrestricta de sus compañeros, que se negaron a entregar detalles sobre el incidente de los «mellizos» y juraron que se había tratado de una broma o de un simple accidente. A finales

de ese semestre, físicamente deteriorado y bordeando la desaprobación en todos sus cursos, Vasek desapareció de la Escuela.

«¿Qué sabíamos realmente de Karol Vasek?», se pregunta Riquelme en sus escritos. De su familia conocían apenas el apellido, de su vida antes de ingresar al Ejército prácticamente nada. Durante sus años de formación militar, se había volcado de manera tan absoluta en sus estudios que era fácil descartar el amor como el origen de su crisis, aunque solo un fenómeno de esa naturaleza e intensidad (la pasión erótica, un tumor cerebral o un brote psicótico fulminante) podría explicar su súbita degeneración. Riquelme y los compañeros de Vasek trataron de rastrearlo, e incluso llegaron a contactar a la policía, pero luego tuvieron que aceptar su ausencia como un hecho. Sin embargo, esa no fue la última vez que lo vieron: nueve meses después de haber dejado la Escuela Militar, se presentó frente a su antigua tropa vestido con uniforme de capitán, con una orden firmada por el Alto Mando que le confería autoridad para seleccionar a un grupo de doce soldados de cuya instrucción se encargaría personalmente. Riquelme fue el último en ser elegido.

A partir de ese punto, el relato se vuelve vago, abunda en omisiones o es abiertamente contradictorio. La cronología avanza y retrocede de manera caprichosa, dos hechos ocurren al mismo tiempo, una persona aparece en dos lugares distintos de forma simultánea y se alteran el orden y la causalidad naturales. Algo similar sucede con su protagonista: en algunos párrafos, Riquelme describe a Vasek como un hombre poseído por una fuerza demoníaca, mientras que en otros es un sabio, un iluminado con una mente «capaz de atravesar una muralla sin remover un ladrillo». Riquelme no revela muchos detalles del entrenamiento impartido por Vasek, pero a medida que las promociones egresaban, los soldados elegidos por el capitán continuaban sus estudios, de forma cada vez más intensa. Durante siete días a la semana realizaban ejercicios de campo que los llevaban al límite de sus capacidades, uno de los cuales dejó a Riquelme en el hospital, delirando. Vasek controlaba todos los aspectos de sus vidas: restringía sus dietas, les hacía probar drogas y los obligaba a pasar días y noches enteras soportando el calor o el frío extremos. Las disciplinas físicas fueron

solo la antesala de agotadoras sesiones de entrenamiento mental: lectura y estudio de varios idiomas, periodos de inmovilidad, métodos para controlar y dirigir los sueños, jornadas de meditación y privación de sentidos, posturas de yoga, técnicas de pranayama y sistemas para mejorar su concentración. Más de una vez los sometió a torturas y castigos corporales: al tercer año, todos los miembros del equipo habían sufrido algún tipo de mutilación –autoinfligida– que los distinguía como miembros de un grupo de élite. La decisión quedaba a cargo de cada uno de ellos: Riquelme se rebanó el lóbulo de la oreja izquierda. Siguiendo los mandamientos de Vasek, los doce soldados se alejaron de sus familias, de sus amigos y de sus novias. Debían romper cualquier lazo con el mundo exterior. «Se puede subir a respirar», repetía el capitán, «pero solo para sumergirse más al fondo.»

Todos esos años de entrenamiento culminaron en una sola campaña: la primera expedición militar chilena a la Antártica. La pequeña escuadra de doce soldados y su capitán zarpó el 21 de enero rumbo a la base Soberanía, en la isla Greenwich. Allí dejaron a un grupo de cuatro hombres, y nueve continuaron hacia el sur, adentrándose en el continente blanco, hasta alcanzar la antigua estación ballenera de la isla Decepción. Qué buscaban y hacia dónde iban era algo que solo sabía Vasek, pero fue lo suficientemente importante como para que recibieran el apoyo conjunto de la Marina y del Departamento Antártico del Ejército, cuyos vehículos los transportaron hasta las faldas del monte Centinela, en el límite del territorio reclamado por la soberanía chilena. De ahí en adelante continuarían solos, a pie.

Seis días de marcha a menos de cuarenta grados bajo cero con el viento desgarrando la piel de sus rostros como si fuese un animal hambriento. Bajo sus pies, millones de años de nieve se habían acumulado hasta formar una plataforma de hielo sólido de más de tres kilómetros de espesor. Vasek los guió a través del paisaje más inhóspito y desolado del planeta, donde las fuerzas de la naturaleza no permiten que nada sobreviva, salvo por un puñado de microbios, algas y líquenes: las aves no soportan el embate de las tormentas, las plantas no encuentran tierra donde echar raíz. Durante la primera

jornada solo lograron avanzar un par de kilómetros, caminando sobre grietas en el hielo que amenazaban con engullirlos al primer paso en falso. Cada metro que recorrían los alejaba más del calor del sol y la moral del grupo –que en un principio incluso encontró la fuerza para hacer bromas sobre quién sería el primero en morir de frío– se esfumó rápidamente. Todo el impulso de la marcha lo sostenía la mole titánica de Vasek, que caminaba incólume, tironeando a sus soldados de la cuerda que los unía. En múltiples ocasiones tuvieron que detenerse para recoger a un compañero caído en la nieve; cuando eso ocurría, Vasek se arrodillaba a su lado y le susurraba al oído. El resto de la tropa temblaba, mirando la bruma que subía con el aliento de Vasek, para luego ver cómo el hombre extenuado se ponía de pie, se sacudía la nieve del cuerpo y pasaba a encabezar la marcha, arrastrando a los demás con la misma fuerza con que los jalonaba el capitán.

Durante la tercera noche, Vasek los reunió en su carpa. Les habló de su infancia –algo que jamás había hecho– y de sus viajes a bordo de los aviones que piloteaba su padre. Allá arriba, les dijo, las cosas se reducen a su tamaño real. Sobre la escala real del planeta, inabarcable para la mente humana, solo se ven las grandes montañas, los caminos dibujados por los ríos, el océano rabioso y la calma muerta del desierto. Allí uno percibe la verdadera huella del tiempo, y eso te permite entender lo que está en juego: cuál es la misión que hemos venido a cumplir y cuál es el único futuro posible para el hombre. Vasek les confesó que había convencido al Ejército de apoyar su expedición con un plan para crear un nuevo imperio en Sudamérica y con promesas de poder y dominio sobre los países vecinos. Pero él les daría algo distinto. Un cambio interior. Algo silencioso y pequeño, como un virus que espera el momento de volver a la vida y tomar el control de su huésped. Desde el frío de la Antártica removerían los cimientos del mundo y sacudirían el centro del ser para despertar a todos los chilenos. «Ha llegado la hora de empuñar la espada que atraviesa el dorso de nuestro continente», les dijo antes de obligarlos a dormir, con instrucciones específicas sobre qué tipos de sueños debían tener: «La cordillera de los Andes

se amoldará a nuestras manos como si fuese el guijarro con que se caza al zorzal».

A la mañana siguiente una tormenta de nieve sepultó sus carpas. Los que pudieron liberarse trabajaron durante horas para desenterrar a sus compañeros. Tres sucumbieron al frío. Riquelme sufrió quemaduras en ambas manos y la piel que rodeaba sus antiparras se hinchó tanto que apenas pudo prestar atención a la ceremonia que Vasek realizó frente a los cuerpos tumbados en el hielo. Los soldados restantes continuaron el camino y establecieron un campamento cerca de la base del monte Vinsón. En la madrugada del séptimo día, Vasek reunió a su tropa para entregar sus instrucciones finales.

Ante un grupo de hombres al borde del colapso, habló del fuego y del cielo, del tiempo que se enrosca alrededor de la Tierra como una serpiente y de la sangre que se derramaría en Chile en los años venideros. Les anunció un gran salto hacia un futuro de riqueza, orden y progreso, y el costo que tendríamos que pagar por ello. Porque antes del amanecer vendría la noche. Una temporada de cuchillos. Pronto la patria se hundiría y solo mediante un sacrificio podría volver a la luz. Esa tarde, les advirtió, llegarían a su destino, pero solo uno de ellos regresaría con vida al continente: Riquelme. Los demás seguirían adelante, más lejos de lo que ningún chileno había llegado, hasta desfallecer. «Porque sin muerte no hay gloria», les dijo, «y sin gloria, solamente nos queda la derrota.» El sobreviviente sería rescatado por una segunda expedición que les seguía de cerca. Aquel único testigo cargaría con el sacrificio de todos. Su deber era encontrar el sentido, el cerrojo de la llave que sus muertes traerían al mundo.

La narración de Riquelme acababa en ese punto: un puñado de soldados perdiéndose en el horizonte blanco, siguiendo los pasos de un loco. ¿Qué pasó con Vasek y los demás miembros de la expedición? ¿Por qué Riquelme había sido elegido como el testigo? ¿Cómo es que Vasek había seguido publicando después de su muerte? En ese momento, ninguna de esas preguntas me importaba: mi artículo se había echado a perder, incluso antes de haberlo empezado.

No eran más que los delirios de un viejo senil, imposibles de corroborar. Tampoco valía la pena, porque jamás podría publicar algo así en la revista. No tenía nada que mostrar a mi editor ni me quedaba material con el que trabajar, excepto por un puñado de poesías y una carpeta llena de recetas de cocina. Si hubiera podido comprobar que algunos de ellos eran originales de Vasek, quizás habría tenido algo. ¿Pero de qué servían los poemas sin la historia? Lo que faltaba era un sentido. Justamente lo que Vasek había dicho que el sobreviviente debía traer de vuelta de la expedición. Y ese era mi problema: la historia de Riquelme no tenía ninguno.

Empecé a llegar cada vez más tarde al trabajo, tanto que ya ni siquiera iba a las reuniones de pauta. Incluso tomando remedios apenas podía dormir, y cuando lo lograba tenía sueños delirantes sobre Riquelme y Vasek, o pesadillas en las que aparecían mi exnovia y Fede, vestidos con uniformes militares, mutilados, sin orejas, sin dedos, sin nariz. Después de robarse las carpetas, Fede no había vuelto a la oficina, aunque nadie lo echaba de menos salvo yo, que tenía que ocuparme de los pequeños detalles que habían dejado a su cargo. Una mañana lo vi conectado al chat. No me animé a hablarle. No se me ocurría qué decir. Por razones obvias, nunca mostraba una foto suya en el perfil (ponía las que venían por defecto con el programa: un patito de goma, una pelota de fútbol, un cachorrito sonriendo), pero esa vez la había cambiado. Al lado de su nombre aparecía la foto de un iceberg: flotaba en el mar, tan enorme como una montaña sumergida, y aunque era difícil distinguirlas por el tamaño de la imagen, había dos figuras humanas de pie cerca de la cima, a un costado de una bandera chilena. Cuando al fin me atreví a preguntarle algo, se desconectó sin responder. Durante los próximos días estuve esperando que volviera al trabajo. Yo no lograba sacarme a Vasek, Riquelme y su expedición suicida de la cabeza, y él era la única persona con la que podía hablar de eso. Los pocos amigos a los que les conté algo se rieron,

descartando la historia como la ficción de un loquito con la misma rapidez con que yo lo había hecho al comienzo. Pero algo había cambiado para mí, aunque no sabía bien qué. Me puse a leer todo lo que pude encontrar sobre la Antártica.

Fue el último continente descubierto por el ser humano y aún hoy, siglos después, es uno de los lugares más desconocidos del planeta. Su paisaje es tan violento y estéril que no atrae salvo a los desquiciados, al tipo de personas que organizarían una expedición al mismísimo infierno si alguien pudiese señalarles dónde queda en el mapa. El primer avistamiento de aquella tierra lo hizo un marinero holandés en 1599, y desde entonces incontables exploradores han perdido la vida tratando de conquistarla. Incluso en la actualidad, rigen sobre su territorio una serie de restricciones que no se aplican a ninguna otra parte del mundo: las actividades militares, comerciales y mineras están prohibidas, solo se permite la investigación científica. A pesar de que se han realizado decenas de viajes de reconocimiento (que incluyen una flota de submarinos enviada por Hitler a finales de la Segunda Guerra Mundial) todavía no hay mapas exactos que abarquen siquiera una décima parte de su superficie, mayor que la de México y Estados Unidos juntos. Al menos como escenario para su delirio, Riquelme había escogido bien. La Antártica era un lugar impenetrable, un vacío blanco y extraterrestre.

«El corazón helado de la Tierra»: así lo llamaba Vasek en sus poemas, que se habían convertido en una obsesión para mí. Si bien era cierto que no tenía cómo saber quién era su autor verdadero, estaba seguro de una cosa: Riquelme no podía haberlos escrito. La diferencia entre esos dos hombres (como él mismo lo reconocía al comienzo de su relato) era abismal. En las composiciones que hallé dentro de la segunda carpeta no había ningún delirio grandilocuente. Aunque la temática de algunos rayaba el misticismo, lo que más destacaba en todos era la elegancia. Cada palabra ocupaba su lugar natural, el ritmo era pausado y melancólico (no maniaco como en el texto de Riquelme), y las situaciones descritas eran simples: un hombre mira a su esposa que duerme en la cama; un caballo galopa hasta que le revienta el corazón; una chica espera el nacimiento de

su hijo, ya muerto en el útero, inmóvil como un cadáver; un avión atraviesa el cielo –con el motor rugiendo y las alas rasgando las nubes– antes de estallar en llamas. Eran imágenes que yo acarreaba en la cabeza el día entero, pequeñas historias que no me permitían escribir sobre la corbata que usaba el diputado tal, o la mascota del ejecutivo chileno de moda, mil pendejadas que me pedía mi editor, y que yo sumaba a una lista de pendientes que se hacía más y más larga. Cuando ya estaba preparando la forma de confesarle la verdad sobre Vasek a Pato, encontré unos de esos papelitos amarillos post-it sobre mi escritorio. Era la lista de los candidatos que habían sido aceptados para el Premio Nacional. No incluía a Vasek.

La nota estaba firmada con una G, de Guillermina, la única amiga que yo tenía en la pega. Era la fotografía de la revista, diez años mayor que yo y madre de dos niñas adolescentes. Guillermina aterraba a la mayoría de las personas, por ser pesada, soberbia y violenta, pero a mí me trataba como a un hijo. Sin ella, no habría durado ni un mes allí. Me acerqué a su escritorio y apenas me vio llegar me dio un abrazo. Lo siento, chinito, me dijo. La lista se la había dado su novio, que trabajaba en el Consejo de Cultura, y aunque aún no se había hecho pública, era cosa de días. Le dije que me acompañara a tomar una cerveza.

Guille no era bonita en un sentido convencional, y era incluso más baja que yo, pero tenía un encanto irresistible. Sacó sus primeras fotos en las protestas contra la dictadura y después trabajó en mil cosas raras antes de entrar a la revista. A mi edad ya había sido okupa, vagabunda y adicta a la cocaína, pero ahora solo tenía problemas con el alcohol, aunque eso pasaba desapercibido en el trabajo, porque en la prensa ser alcohólico es casi la norma. En realidad, ella nunca pasaba del todo desapercibida, no solo por su ropa de cuero y su cabeza rapada, sino porque la gente no podía conciliar su tamaño –ese cuerpo tan flaco que era poco más alto que el de una niña– con su evidente ferocidad. Cuando yo ya estaba un poco borracho, le empecé a contar la historia de Vasek y de Riquelme, sin omitir detalles, desde el miedo que había sentido dentro de esa especie de pirámide en la villa militar, hasta la forma en que se transparentaban los sostenes de la sobrina nieta de

Riquelme bajo la camisa. Guille era la única en la revista que respetaba mis aspiraciones literarias. Por lo general, ella opinaba de todo lo que yo escribía, no solo sobre mis artículos, sino incluso de las ideas que anotaba en mi libreta. Me ayudaba a corregir mis notas y me consolaba cuando mi editor elegía un título particularmente vergonzoso. Me preguntó cómo era Vasek físicamente, luego quiso saber todos los detalles de mi encuentro con Riquelme. ¿Qué muebles y libros tenía en el departamento? ¿Cuándo y por qué se había unido al Ejército? ¿Cómo olía su pieza? Se rio cuando le conté las incoherencias de la entrevista y el susto que había pasado cuando cerró la puerta con llave, antes de entregarme las carpetas. Le conté que Fede se las había llevado a su casa y que desde entonces no había vuelto a la oficina. Ella ni siquiera había notado su ausencia. Lo detestaba. Decía que solo había obtenido la práctica por lástima, porque alguien así jamás llegaría a ser un buen periodista. ¿Cómo iba a sacarle una cuña a un político, o a tener buenas fuentes, si apenas podían mirarlo a la cara? A mí nunca me había gustado la manera en que ella lo trataba, así que cambié el tema y le hablé de la expedición a la Antártica.

Empezando por sus años en el Ejército, traté de centrarme en las cosas que me parecían más destacables de Vasek, aunque ella estaba más interesada en Riquelme. ¿Qué grado había alcanzado en el Ejército? ¿Tenía hermanas o hermanos? ¿Qué hacía con las manos cuando hablaba? Le dije que tenía una hermana menor, pero que eso era más o menos lo único que sabía de su vida personal, y seguí adelante con la historia de la expulsión de Vasek y su regreso convertido en capitán; le hablé del proceso de entrenamiento, de los rituales de mutilación y de los ejercicios de campo. Guille quiso saber si yo le había visto las orejas a Riquelme. Le expliqué que no me había fijado, porque tenía el pelo por debajo de los hombros. Finalmente, le hablé de la expedición, la tormenta de nieve que casi los mata, el discurso de Vasek antes de inmolarse y la elección del testigo. Ese sería Riquelme, me dijo ella: harta ventaja en escribir una historia cuando eres el único sobreviviente. Yo le dije que lo que me parecía fascinante era Vasek el poeta, no el militar: si lograba encontrarlo y confirmaba que había escrito esos poemas, daría a

conocer a un gran autor. Bastaba con que la mitad de lo que había narrado Riquelme fuese cierto para que Vasek se convirtiera en el escritor con la biografía más interesante de la historia de Chile. Guille no estaba de acuerdo: para ella lo importante era la expedición a la Antártica, porque, según Riquelme, los delirios del pelotudo de Vasek les había costado la vida a casi todos sus soldados. Eso sí que es noticia, me dijo, los milicos matando a su propia gente, y en la Antártica, además. Era fundamental averiguar el propósito verdadero de la misión. Sin eso, la historia no tenía sentido. Yo lo veía distinto: para mí Riquelme estaba claramente desquiciado. Además, su relato no era tan original. Muchísima gente había perdido la cabeza explorando ese lugar. La historia de la Antártica estaba repleta de episodios de locura, derrota y muerte: en 1912, por ejemplo, el oficial británico Robert Falcon Scott creyó ser el primer hombre en alcanzar el Polo Sur. Después de una travesía horrorosa, al llegar al fin del mundo para reclamar el grado 90 en nombre de su imperio, se encontró con la bandera de su máximo rival, el noruego Roald Amundsen, plantada en el hielo un par de semanas antes. Completamente extenuados y enfermos, los integrantes de la expedición de Scott iniciaron el camino de regreso. «¡Santo Dios, este es un lugar terrible!», escribió el británico en una de las últimas entradas de su diario, que fue descubierto, ocho meses después, junto a su cadáver y a los de todos los miembros de su equipo, congelados dentro de sus sacos de dormir, en medio de un campamento en ruinas.

A pesar de que no le interesaban, yo insistí en hablarle a Guille de los poemas de Vasek. Me daba envidia la libertad con que estaban escritos. No podía olvidar sus referencias al tiempo, a la naturaleza y la forma en que podía cargar versos tan simples con pequeñas pero potentes gotas de veneno. Le pasé el mejor y ella lo leyó mientras yo iba al baño. Cuando terminó, lo dejó caer sobre la mesa y se tomó lo que quedaba en su vaso. Es una mierda, me dijo, y de la peor especie, lo que cagaría un muerto. Le respondí que los poemas de Vasek eran lo mejor que había leído y que su literatura escondía algo importante. Te gustan porque erís pendejo, me dijo, un pendejo al que le gusta leer sobre la muerte y el abismo porque todavía no

sabe lo que es la vida. La mandé a la mierda. Ella me pegó en las canillas y me acercó su vaso vacío. Anda a buscar otra cerveza mejor.

El bar estaba cerrando. Afuera habían empezado a caer las primeras gotas de lluvia. No quedaban más de diez personas en el lugar. En la mesa de al lado, un grupo de hombres hablaba a gritos con la mesera. Escuché que uno de ellos hacía un chiste sobre nosotros, un comentario idiota sobre la diferencia de edad. Guille se dio cuenta y puso su mano sobre la mía. Yo me quedé mirándolos fijamente, queriendo que alguno reaccionara para poder soltar la rabia. Contra ellos, contra Guille, contra mi editor, contra todos los que se reían de mí. Me sentía tan borracho que no me importaba que fueran tres, más grandes y mucho más fuertes que yo. Estaba a punto de levantarme de la mesa cuando Guille me tironeó del brazo y me dijo que terminara de contarle la historia.

Ya no quedaba más que decir: al final de la expedición Vasek les prometía la muerte a todos salvo a uno. Como el mapa de los piratas, dijo Guille: los que entierran el tesoro acaban muertos. Claro, respondí, salvo que en este caso no había ningún tesoro. Yo estaba seguro de que Riquelme había perdido la cabeza y se había inventado todo ese cuento para justificar sus delirios. Quién sabe, me respondió Guille, quizás Vasek fue el testigo y Riquelme solo una fachada detrás de la cual podía esconderse. Después de todo, él es el loquito original, el supuesto genio que lleva a sus hombres a la muerte y luego vuelve con una historia que justifica su fracaso: crea esa leyenda para que sus libros de poemas terminen seduciendo a niñitos ingenuos como tú. De esa manera, no se hace cargo de nada, me dijo Guille, permanece en las sombras, completamente impune. Yo no estaba de acuerdo. El viaje a la Antártica, el testigo y toda la parafernalia del entrenamiento en el Ejército eran pura ficción. Una mentira, un mal cuento. La historia, como la veía yo, era bastante sencilla: Vasek renunció al Ejército luego de su colapso mental y se dedicó a la poesía; Riquelme continuó su carrera, seducido por la figura del poeta, inventando tramas bizarras en las que se acercaba a su ídolo, ficciones en las que podía comulgar con el soldado estrella, con ese compañero perdido que lo había

marcado de forma tan profunda. Si te preocupa tanto, la solución es simple, me dijo Guillermina: tienes que volver a hablar con Riquelme. O, de lo contrario, encontrar a Vasek. Era solo cosa de dedicarle más tiempo. Le dije que ya no me daba el cuero, que quería que todo se acabara, que dormía menos que nunca y me pasaba las noches escribiendo malas copias de los poemas de Vasek. ¿Y qué vai a hacer en la revista?, me preguntó. ¿Qué le vai a decir a Pato? No lo sabía y ya no me importaba. Tal vez pongo una bomba, le dije. Guille se inclinó hacia delante y me pasó los dedos por el pelo. No sé qué estaba pensando, pero le tomé el codo y traté de darle un beso. Ella corrió la mejilla y me miró con cara de pena: Mala idea, chinito. Llamó al mozo para pedir la cuenta. Pagamos a medias y buscamos un taxi bajo la lluvia.

Al día siguiente, Fede volvió al trabajo.

Entró sin saludar a nadie, alrededor del mediodía, y me invitó a almorzar. Fuimos a un restaurante cerca de la oficina donde se comía barato y siempre ponían la misma teleserie. Cuando entramos, la protagonista estaba en una cama de hospital, recién salida de un coma: había perdido la memoria y no recordaba la identidad de su atacante. Pedimos el menú, pero Fede no tocó la comida. Apestaba como si no se hubiese bañado en semanas y no quería mirarme a los ojos, aunque no sentí que fuese por su usual timidez; al contrario, ahora hasta se movía distinto, más seguro, sin gestos innecesarios y sin que lo afectaran sus tics. Miraba a su alrededor con la actitud de alguien que acaba de regresar de un largo viaje, notando pequeñas diferencias en cada esquina, incapaz de reconocer hasta los objetos más cotidianos. De vez en cuando se llevaba las manos a la cabeza, se cubría los ojos y se los frotaba como si estuviera sufriendo una jaqueca o tratara de borrar una imagen mental. En la mano izquierda, un vendaje sucio le cubría el dedo meñique. Cuando le pregunté si se había hecho daño, me dijo que era solo una pequeña herida, un corte que había sangrado mucho, pero que no le había dolido. Le dije que tenía que cambiarse la venda porque se le iba a infectar. No pasa nada, respondió, mañana me la saco.

Normalmente, nos sentábamos cerca del televisor. A Fede le

gustaba ver esa teleserie y yo podía ignorarlo, pero esta vez ocupamos una de las mesas afuera, la más apartada de todas. Cuando nos retiraron el plato, encendió un cigarrillo. Si le hubiera prendido fuego al mantel me habría sorprendido menos. Fede odiaba los puchos y siempre trataba de convencerme de que los dejara. ¿Estás fumando ahora?, le dije. Sí, me contestó, un poco, nunca los había probado, ahora me agarró el gustito. Le pregunté si acaso sabía algo de su amiga, la que había terminado con el pololo. Él creía que habían vuelto, aunque ya no estaba enamorado. ¿Qué cambió? No lo tenía claro: una mañana salió de la cama y ya no sentía lo mismo. Le dije que las cosas no pasaban así. Mentira, me respondió, las cosas pasan *exactamente* así.

Apenas soltaba palabra, así que le pregunté por su sobrina y por su madre, pero tampoco se animó a hablar de ellas. Después de un largo silencio, le advertí que no podía seguir faltando al trabajo, si no, la universidad no le iba a convalidar la práctica. La práctica no tiene ninguna importancia, me dijo con tono burlón. No tengo tiempo que perder en la universidad, y menos aún en la revista. Traté de convencerlo de que no fuera pendejo, de que le habían dado una gran oportunidad, de que no era fácil conseguir pega sin título y que no me podía decir algo tan pelotudo. Además, no le faltaba nada, solo uno o dos meses. Después de eso, podía hacer lo que se le cantara. Se quedó mirándome a los ojos, con una rabia apenas disimulada: Y vos, huevón, ¿por qué querís que te echen? Le respondí que no quería que me echaran, pero que tampoco quería ser periodista. Si me echaban, bien, si no, bien también. Esa sí que es una respuesta pelotuda, me dijo.

Riquelme quería sus carpetas de vuelta. Los textos originales. Fede jamás estuvo enfermo: todo ese tiempo lo había pasado visitando al excoronel. Por eso había faltado al trabajo. Me explicó que, si aún los necesitaba para el artículo, él podía darme sus copias. Pero era fundamental que devolviera los originales. Le respondí que el artículo ya no iba, que la historia era una locura y que no valía la pena seguir buscando a Vasek, porque ni siquiera lo habían aceptado como candidato al Nacional. Fede se quedó mirando la mesa durante unos segundos, jugando con un cuchillo.

Yo te puedo llevar a conocerlo, me dijo: partimos mañana, con Riquelme. No había querido irse sin avisarme. Yo lo paré en seco. Riquelme era un loco, tal vez un loco peligroso, y, si su historia era cierta, Vasek era responsable de la muerte de sus compañeros. Había que ser un idiota para seguirlo, a él o a Riquelme, que claramente era su discípulo. Según Fede, yo no sabía de lo que estaba hablando, porque no conocía salvo una pequeña parte de la realidad. Por eso vine a buscarte, me dijo, sonriendo por primera vez desde que nos sentamos, para que la conozcas completa. Porque una cosa es escribir una buena historia, me explicó, y otra es ser parte de ella. Lo único que tenía que hacer era ir con ellos. No supe si reírme o tomármelo en serio. Yo no iba a ir a ninguna parte, no me interesaba sacrificarme para seguir a un supuesto iluminado. De todo el cuento de Riquelme, lo único que me importaba eran los poemas de Vasek. Si es que de verdad existía, porque quizás el poeta se trataba de un invento de Riquelme, o quizás eran la misma persona. No, respondió Fede, son dos personas distintas, completamente diferentes. Vasek era tan real como yo, como él, como cualquiera. Entonces, ¿dónde está?, le pregunté. Riquelme no se lo había dicho. En el sur, me dijo, nos vamos al sur. No me quedó otra opción que insultarlo. El excoronel se estaba aprovechando de su inocencia. Seguramente lo dejaría botado al final del camino, como había hecho con sus antiguos compañeros. Además, era un viejo de mierda, chiflado y completamente ciego, no estaba en condiciones de guiar a nadie. Fede estaba en desacuerdo. Riquelme, me dijo, es más fuerte de lo que te imaginas, más fuerte que cualquiera, y nos eligió a los dos –a ti y a mí– para acompañarlo. Recibiste las carpetas por una razón. Lo que pasa es que aún no te has dado cuenta, me dijo, porque te crees superdespierto, pero en realidad estás cagado de miedo, y por eso no puedes escribir. ¿Y antes no tengo que mutilarme?, le contesté con rabia, ¿acaso no es un requisito? Partan nomás, yo los alcanzo. Fede se puso serio: toda mi vida viví con miedo, me respondió mientras prendía otro cigarro, miedo a los demás y miedo a mí mismo. Ahora me expongo, acepto la realidad del poder. En la naturaleza, siguió, la violencia no se acaba. Para vivir, tienes que matar. Comer la carne de tus presas,

vencer a tus enemigos o ver caer a los miembros de tu ejército. Sufrimos porque no queremos ver que los hijos devoran a sus padres y los padres devoran a sus hijos. Le pregunté si se había pegado en la cabeza, porque estaba hablando como Vasek y repitiendo las mismas huevadas que escribía Riquelme. Fede se puso de pie y aplastó su cigarro contra el piso. ¿Cuándo podía pasarle las carpetas? Le dije que no pensaba devolvérselas. No iba a ayudarlo a hacer una estupidez. Eres un cobarde, Labatut, un cagón, no tienes derecho a quedarte con ellas. Además, no te conviene. Le pregunté si me estaba amenazando. Fede me miró asombrado y luego se echó a reír, una risa grotesca que le deformó aún más el rostro y que acabó en un ataque de tos. Cuando se recompuso, sacó un par de billetes y los dejó encima de la mesa, suficiente para pagar por los dos. Me dijo que lo llamara si cambiaba de opinión y que leyera bien las tres carpetas, que por lo menos tratara de entender. ¿Y qué mierda tengo que entender?, le escupí. Los poemas, me respondió antes de irse: los poemas son todos de Riquelme.

Regresé a la oficina afiebrado, con la risa de Fede sonando en mis oídos. Nadie me había visto salir con él, pero sentí que todos me miraban, esperando un gesto de mi parte, algo que los tranquilizara, o una señal para salir corriendo. Me senté frente al computador, me puse los audífonos para ahogar el ruido y escribí hasta perder la noción del tiempo, como nunca lo había hecho antes, una palabra siguiendo a la otra sin esfuerzo, inmerso en un estado de trance. No me levanté hasta que ya estaba completamente solo, en medio de una oficina a oscuras, con la historia de Riquelme y de Vasek lista para entregar a mi editor. Abrí mi correo y le envié el artículo. Antes de salir, dejé una copia impresa sobre su escritorio.

Tomé un taxi hasta mi casa, con los ojos tan cansados que veía rayos de luz saliendo de los semáforos, de los focos de los autos, de las líneas y los números que atravesaban la pantalla de la radio. Al llegar a mi departamento me sentía borracho, o drogado, pero por primera vez desde que había propuesto el artículo sobre Vasek en la reunión de pauta cerré los ojos y dormí la noche entera, sin pastillas, sin sobresaltos.

Al día siguiente el director de la revista me llamó a su oficina. Pato

estaba sentado a un costado de su escritorio. Apenas escuché lo que me dijeron. Actuaban como si la responsabilidad fuese suya, diciendo que yo nunca había calzado con el perfil de la revista, que estaban seguros de que encontraría un lugar donde escribir, que si me esforzaba podía llegar a ser un gran profesional. En vez de burlarse de mí, Pato prácticamente me pidió disculpas y dijo que siempre le había gustado la forma en que escribía, que me sobraba talento, que solo era cuestión de tiempo para que hallara mi lugar. Se notaba que me tenían lástima, que trataban de suavizar el golpe, o quizás disimular el placer que estaban sintiendo, pero a mí nada parecía afectarme. Mi temor se estaba haciendo realidad y apenas podía contener las ganas de reír. Cuando Pato terminó de hablar, estreché su mano, luego la de su jefe, y me fui a despejar las cosas de mi escritorio. En veinte minutos estaba a bordo del metro, y a las once de la mañana recibía la luz del sol de invierno atravesando las ventanas de mi pieza.

No volví a ver a Fede. Cuando se me pasó la rabia, intenté ubicarlo. Después de escribirle un par de correos sin obtener respuesta, logré contactar a su amiga. Se puso a llorar apenas le mencioné su nombre: Fede estaba desaparecido. La había llamado para despedirse, pero no le dijo adónde iba. Desde entonces su celular se iba directo al buzón de voz. Su madre tampoco sabía dónde estaba. Habían ido a la policía y a la PDI, pero nadie les dio bola. No se les ocurría nada más que hacer, estaban desesperadas. ¿Sabía algo de él? ¿Tenía cómo ubicarlo? Me sentí responsable, aunque igual dejé pasar unos días antes de ir a la villa militar, con las carpetas de Riquelme bajo el brazo. Esa vez ni siquiera superé la caseta del guardia: me dijeron que el coronel estaba de viaje, que no sabían cuándo volvía y que lo único que podía hacer era dejar un recado. Más allá de la barrera, entremedio de los árboles, podía ver una de las esquinas de la pirámide, aunque desde allí parecía una construcción cualquiera, hasta el color blanco que me había

deslumbrado era distinto, menos radiante, más tenue. Pregunté por la sobrina y la hermana de Riquelme, pero el guardia era nuevo e incluso más idiota que el anterior, y como única respuesta me extendió el cuaderno de visitas. Anoté mi nombre y mi teléfono y le entregué las carpetas para que se las devolviera a su dueño, si alguna vez regresaba.

Cuando recibí el dinero de mi indemnización, me mudé a la playa, a la casa de los padres de una amiga, que se ofrecieron a prestármela con tal de que pagara las cuentas del agua, la luz y el gas. Era una cabaña derruida, llena de goteras y mierda de ratones, en un balneario pobre y sin encanto, cerca de Algarrobo. Mi presupuesto alcanzaba apenas para comprar arroz, una bebida y un pollo asado que tenía que hacer durar toda la semana. Los huesos se los daba a Roberto, un quiltro abandonado que adopté después de encontrarlo arañando mi puerta durante una noche de tormenta.

No tenía teléfono, no tenía internet, no veía televisión ni compraba el diario. Roberto me acompañaba a hacer ejercicios en la playa durante los días de sol y se recostaba a mis pies en la tarde mientras leía. Si me atacaba la melancolía, daba largas caminatas sin rumbo hasta la medianoche, hablando con mi perro o cantando en voz alta para espantar mi miedo a la oscuridad. Me metí a curiosear en casi todas las casas vacías y llegué a conocer de memoria las rutas de los alrededores. En todo ese tiempo, nunca vi al puñado de personas que vivía en el pueblo todo el año sino a través de sus ventanas; jamás me los topé afuera, en la calle. Era como si fuesen una comunidad de agorafóbicos.

Producto del insomnio, aprendí algo que nunca imaginé durante mi vida citadina: la luna llena sirve para caminar de noche. Cuando su luz alumbraba el cielo, Roberto y yo recorriamos los potreros que quedaban más allá del tendido eléctrico. Se nos iba uniendo una jauría de hasta doce quiltros con los que visitábamos paisajes iluminados en tres tonos de gris, como si estuviéramos caminando

por una película en blanco y negro, o yo viera el mundo a través de los ojos de esos perros.

Si el tedio y el aislamiento se volvían insoportables, tomaba el bus a Santiago para ver a mi familia, lavar ropa y comprar libros donde Samir. Aunque el viaje era corto –solo un par de horas hasta la capital–, me sentía a un mundo de distancia, y poco a poco esas visitas se hicieron menos frecuentes, hasta que dejé de ir por completo. Ya ni siquiera cargaba el celular. Mis amigos se distanciaron de mí y las pocas mujeres con que traté de mantener contacto me dejaron de responder el teléfono.

Por la falta de comida bajé de peso, pero la verdad es que nunca me sentí más fuerte y saludable que en ese año y medio. Leía todo el día y toda la noche, y empecé a escribir mis primeros cuentos. Una vez al mes, caminaba hasta Algarrobo para bajar pornografía a mi computador y revisar mi correo electrónico. Aprovechaba de mirar el blog de Fede: nunca lo volvió a actualizar. Tampoco lo vi más en el chat.

Al comienzo, tuve que hacer esfuerzos para no pensar en la Antártica, en Riquelme, en Vasek o en sus poemas, pero lentamente esas obsesiones fueron reemplazadas por cosas mundanas: sacar una garrapata del cuello de Roberto, cortar madera y recoger palos para no congelarme en la noche, hacer cientos de abdominales para matar el tiempo muerto. Vivía sin ver a nadie, pero no me sentía solo y jamás había estado tan tranquilo. En la cabeza me creció un silencio que no imaginaba posible. Un espacio blanco, sin límites. Por las noches dormía un poco mejor y casi nunca tenía pesadillas, aunque de vez en cuando, si mi perro no aparecía en varios días o si el frío del invierno era particularmente feroz, soñaba con mis pasos marcados en la nieve.

LA CURA DE ANA

A los dieciocho años, mientras se secaba después de la ducha, Ana notó dos pequeñas lesiones en la rodilla izquierda. Miradas de cerca, parecían heridas recién formadas, como si se hubiera quemado con cera al depilarse. Le sorprendió su forma perfectamente circular y los puntos blancos que aparecían en sus bordes cuando las presionaba. Terminó de vestirse sin darles importancia. En tres meses, su cuerpo se cubrió en gruesas escamas de piel seca.

Placas rojas, tan duras como el cuero de un cocodrilo, se expandieron desde sus rodillas. Si las rascaba, desaparecían, pero luego se transformaban en costras que se rompían ante el menor roce. Ana adoptó la costumbre de usar medias largas, incluso durante los días más calurosos del verano.

Su dermatólogo le recetó una crema que aminoraba el tamaño de las heridas. Para aumentar su efecto, tenía que ceñirse las piernas con una envoltura plástica. Aplicado durante varias noches, el ungüento atenuaba las lesiones hasta volverlas casi imperceptibles. Su piel retornaba a la normalidad por dos días. Al tercero, volvían a crecer. El estrés era un detonante. Debía controlar su dieta.

La picazón de las lesiones era insoportable. Durante el día, Ana empleaba toda su voluntad para evitar el ansia de rascarse, pero de noche su cuerpo la traicionaba: amanecía con las uñas llenas de costras y sangre seca, pues se arañaba por completo mientras dormía. Tras cumplir diecinueve, cuando aparecieron las primeras llagas en sus manos, sus padres la ingresaron al Centro.

Años de tratamiento limitaron las manchas a sus ingles, el tobillo derecho, una de las rodillas. Pero siempre existía el riesgo de que regresaran, porque cualquier agresión a su piel –fuese por la simple picadura de un mosquito, un pequeño corte o incluso el roce contra alguna superficie rugosa– tenía el potencial de convertirse en un nuevo foco de crecimiento.

Los médicos le explicaron que su enfermedad era hereditaria. Se transmitía de madre a hija, aunque su manifestación estaba sujeta a diversos factores. Ni su mamá ni sus hermanas presentaban síntomas. En ellas, se mantenía en estado latente. Casos como el de Ana tenían un carácter psicosomático: el cuerpo reflejaba un estado mental. Las escamas vienen de mi cabeza, pensaba ella, de la piel de mi cerebro, de mi mente de reptil.

La población del Centro se dividía parejamente entre hombres y mujeres, separados en dos aulas por un pasillo que conectaba con las salas de tratamiento y recreación. Aunque la rutina era inflexible, durante la mayor parte del día los pacientes estaban completamente desocupados. El contacto con el mundo exterior se limitaba al mínimo: solo se permitían visitas el primer jueves de cada mes, durante una hora. Despertaban al alba, pero luego de haber

cumplido sus regímenes obligatorios tenían libertad para recorrer los amplios jardines del Centro, bañarse en el río que fluía a escasos metros de la entrada o comer los frutos de los árboles que su fundador había sembrado junto a los altos muros de piedra que rodeaban el terreno.

Dos veces al año, los obligaban a sumergirse en la piscina termal del Centro. El agua apestaba a azufre y teñía sus heridas de color amarillo por una semana. Durante ese periodo, la picazón era prácticamente incontrolable, aunque luego todas las costras caían y la piel de los enfermos brillaba sin una mácula. Ana se quedaba frente al espejo por largo rato, observando su cuerpo desnudo de pies a cabeza, sus pechos firmes, sus piernas largas, las mil pecas que sus heridas ocultaban. Pero el efecto del baño era transitorio. Los pacientes aprovechaban esos momentos para hacer el amor, en parejas o en grupos, sin distinciones de sexo ni edad, con ansia, angustia y desenfreno. Contra el reloj.

La cura –le dijeron los médicos al ingresar al Centro– estaba más allá de su alcance. Solo existía el tratamiento. Ana sufría, pero no podía quejarse: en dos de las camas más cercanas a la suya había mujeres cuyas formas ya no se asemejaban a las de un ser humano.

Por las noches soñaba con el mar. El viento de la costa hinchaba las cortinas de su habitación y las telas blancas rozaban los bordes de su cama. Recostada de espaldas, cerraba los ojos y sentía los barcos que entraban al puerto al amanecer, el sabor de la sal en su boca, la textura de la espuma sobre las olas, el roce de una mano que le acariciaba los genitales por debajo del agua.

La cura es la enfermedad, repetían los médicos. El tratamiento generaba una serie de efectos secundarios: alucinaciones, ciclos de euforia y depresión, pérdida y aumento de peso, cólicos, cefaleas, insomnio. Ana pasaba noches sin dormir. Durante esos periodos, su vida diurna le parecía un sueño. Había distintos tipos de insomnio. A veces dormía con los ojos abiertos o soñaba los sueños de un paciente cercano. Los recuerdos ajenos se proyectaban dentro de su cabeza como si fuesen escenas de una película muda. En la oscuridad de su habitación oía las quejas de las demás, sus pedos, sus ronquidos, el círculo de la ronda nocturna de los guardias, el ruido de las zapatillas de los doctores que atendían las crisis y el único goce en ese infierno de sonámbulos: el orgasmo de una de las mujeres que ya no parecían humanas, temblando bajo las sábanas.

Ana disfrutaba jugando con los niños del Centro. No había más que un pequeño grupo; la enfermedad tendía a manifestarse en la adolescencia. Los envidiaba. En ese ambiente enrarecido, los más pequeños vivían en dulce ignorancia. Ni siquiera sospechaban estar enfermos. Para ellos no existía el mundo de los sanos.

Además de obligar a los pacientes a trabajar en el huerto, el Centro alentaba el contacto con ciertos animales. Se movían con libertad por todo el terreno, e incluso se los dejaba participar en las terapias. Los únicos lugares a los que se les prohibía la entrada eran la piscina termal y el comedor. Los favoritos de Ana eran una especie de mapaches de nariz bulbosa, como la de los coatíes. Los escondía bajo las sábanas por las noches, a pesar de que roncaban como si fuesen humanos, para sentirlos ronronear contra su estómago. Los guardias hacían lo posible para que no interrumpieran el descanso de los pacientes y los alejaban de los más enfermos. Esos animales

eran heraldos de la muerte: se congregaban en masa cerca de quienes ya no iban a poder soportar la cura.

Ana aprendió a no encariñarse demasiado con los otros pacientes. Desde su ingreso, había tenido algunas amigas, pero su primera experiencia negativa le enseñó a guardar la distancia: en menos de seis meses, perdió a dos de ellas. Una fue retirada por sus padres, la otra murió mientras se sometía –voluntariamente a un tratamiento experimental.

Al quinto año, las heridas cubrían la totalidad de su cuerpo. La posibilidad, muy rara, pero no inédita, de que crecieran sobre su rostro se convirtió en una pesadilla recurrente.

Ana descubrió la verdadera naturaleza del Centro durante una sesión de fototerapia. Mientras se desnudaba para exponerse a la luz ultravioleta, uno de los enfermeros la ayudó a quitarse el vestido; cuando él levantó los brazos, Ana vio pequeñas manchas en su piel, por debajo de las mangas de su camisa. Nadie estaba sano, todos eran enfermos.

Fuera por la reclusión casi forzada en que vivía o producto de algún efecto psicológico de su enfermedad, su memoria se convirtió

en una sustancia viscosa. Un recuerdo se fusionaba con otro, formando extraños panoramas. El olor de su madre, el cuerpo de su primer amante, una novela de vampiros, dos piedras bajo el agua, una fractura expuesta.

Cuatro veces al año, recibía dolorosas descargas eléctricas en las áreas más afectadas de su piel. Con el transcurso del tiempo desarrolló una fobia al sabor del tubo de goma que le introducían en la boca para evitar que se mordiera la lengua. Era la terapia que más odiaba. Pero fue durante una de esas sesiones, mientras la energía cursaba a lo largo de su cuerpo y sacudía sus extremidades, que Ana intuyó por primera vez un camino de salida.

El alma está unida al cuerpo por un hilo tenue. Así lo probaban las múltiples formas de la muerte. Pero la muerte no era la única escapatoria posible. Si la naturaleza había fijado la estructura de su organismo, encerrándola en aquella materia dolorosa y sangrante, Ana redefiniría su función de la forma más radical posible: usaría los labios como si fuesen las puntas de sus dedos, caminaría de cabeza, haría pensar a sus rodillas, miraría el mundo con los párpados cerrados y afilaría su mente hasta perforar las paredes de su piel.

Ana comenzó a vivir en un estado de alerta total. Pasó tanto tiempo sumergida en el río que las partes sanas de su piel adquirieron una textura anfibia. En las noches de insomnio, sentada en la taza del baño, ensayó el control y la dilatación de sus pupilas para captar hasta la última partícula de luz. Al mirarse al espejo ya no podía distinguirlas de sus iris: parecían dos agujeros taladrados en su cabeza.

Empezó a llevar a cabo pequeños experimentos con creciente fervor, juegos y ensayos que la desconectaban de los malestares de su enfermedad y de las rutinas del Centro. Aprendió a caminar por los pasillos con los ojos cerrados y a clavar astillas en sus heridas hasta que ya no percibía el dolor. Al almuerzo, tragaba los alimentos tratando de bloquear la sensación del gusto, luego empezó a comer flores, hojas, piedras, tierra. Supo aguantar la respiración hasta perder la conciencia.

La rapidez de sus avances la tomó por sorpresa. En solo unos meses era capaz de prescindir de la mayor parte de sus comidas. No era fácil. No bastaba con vomitar después de haber cenado, sino que tuvo que entrenar a su cuerpo para que rechazara cualquier fuente de energía externa. Cuando su desnutrición se volvió evidente, los médicos la transfirieron al sector de los pacientes terminales.

Su caso llamó la atención del joven doctor a cargo de su dieta. Ana no era como los demás, que languidecían en un estado cercano a la muerte: ella parecía capaz de vivir en homeostasis, como si sus órganos internos se hubieran ido perfeccionando a medida que la piel se corrompía. El médico empezó a dedicarle la totalidad de su tiempo. La sometió a todo tipo de exámenes y quiso comunicarse con ella, pero Ana permanecía en silencio. Sabía que las palabras la ataban a la realidad. Más que la comida, más que el agua, más que el aire.

El doctor comenzó a visitarla por las noches. Al principio se sentaba al borde de la cama sin hablar y le llevaba pequeños regalos que conseguía con las personas que bajaban al puerto. Cuando

estaba seguro de que los demás pacientes dormían, le contaba historias de su vida. Había nacido en el Centro, sus padres se habían conocido durante el tratamiento; al cumplir los dieciséis, se mudó a la ciudad para estudiar Medicina, y luego de graduarse recorrió el país ofreciendo sus servicios, pero en menos de un año ya estaba de regreso. Afuera, en el mundo exterior, extrañaba la rutina de los pacientes. Sus olores, sus ojos quietos, su respiración coral durante las noches de insomnio.

Una vez a la semana, daban una larga caminata juntos. El doctor gozaba de privilegios especiales, y Ana se favoreció de su compañía para conocer los alrededores y evitar los momentos más desagradables de la cura. Continuaba con sus propios ejercicios, pero no pudo protegerse del afecto que comenzó a sentir por el joven. Tenían la misma edad y físicamente eran tan similares que parecían hermanos. Él se convirtió en su mayor obstáculo. Tuvieron sexo luego de uno de los baños anuales: al sentir las manos del doctor sobre su piel nueva, Ana se dio cuenta de lo lejos que estaba de su meta. Esa noche lloró por primera vez desde que sus padres la dejaron en el Centro.

Empezaron a hacer el amor sin que les importara el estado de su piel. Las sábanas quedaban salpicadas con sangre, como si fueran las manchas de un test de Rorschach. Cuando el doctor se desvestía, Ana le miraba las cicatrices en la espalda. Al igual que todos quienes vivían en el Centro, él también había padecido la enfermedad, aunque estaba en remisión. Sus antiguas llagas parecían un tatuaje, una enorme mariposa roja posada entre sus hombros.

Una cama de gusanos. Comían la piel muerta de su cuerpo y limpiaban sus heridas. Luego los utilizaban como abono para el huerto. Ana ya no los sentía encima suyo, reptando sobre sus pechos, retorciéndose entre los pelos del pubis. Cerraba los párpados y el mundo desaparecía. Era apenas un saco de huesos. Ya no sufría hambre ni sed. El único obstáculo era su relación con el doctor, cada vez más cercana, a pesar de su silencio. ¿Cómo era posible experimentar placer dentro de la ruina en que se había convertido? Porque el deseo aún la atormentaba. La mera sombra de su amante bastaba para atarla a su cuerpo.

Cuando Ana llegó a estar tan débil que no podía moverse, el doctor le dijo que la quería. Ella no reaccionó. Cerró los ojos e imaginó un desierto sin arena, una bolsa cerrada, una piedra rodando por el lecho de un río. El doctor le aseguró que no era la primera paciente que intentaba algo parecido. Formaba parte del ciclo natural de la enfermedad. Escapar, escapar hacia adentro. Le preguntó por qué no se mataba. El suicidio no estaba prohibido en el Centro. Había métodos y facilidades disponibles, aunque pocos lo elegían. Como ella, buscaban algo distinto. El joven le tomó las manos, le besó la frente y se despidió desde la puerta. A la mañana siguiente, ocupaba la cama vecina de Ana, con los brazos cubiertos de heridas frescas.

Las lesiones empezaron a desaparecer de su piel con la misma velocidad con que crecían sobre la del doctor. En poco tiempo, solo tenía los dos círculos originales sobre la rodilla izquierda. La trasladaron a la sala de los recién llegados, y notó que los otros pacientes comenzaban a tratarla distinto. Cuando cambiaron sus ropas blancas por el uniforme gris del personal, Ana seguía sin

hablar. No pudo corregir a nadie cuando empezaron a llamarla «doctora».

Liberada de la rutina de los enfermos, Ana tenía permiso para visitar el puerto, pero no llegó más allá del comienzo de la ruta que bajaba hasta el fondo del valle. Caminó hasta allí y se quitó los zapatos para sentir el pasto mojado contra la planta de los pies. A esa hora, la brisa del mar se levantaba y traía olor a yodo. Se dio vuelta y regresó al Centro, con el calzado en la mano. No tenía sentido volver al mundo. La jaula sigue al pájaro, pensó.

El rebrote de la enfermedad del doctor fue fulminante. Como Ana, se rehusaba a hablar y a comer, solo aceptaba sorbos de agua. En sus ojos operó la misma transformación que ella había visto al mirarse al espejo: dos pupilas enormes como las de un búho ahogaban el verde de sus iris. Ana empezó a participar de las sesiones de tratamiento de su amante. Él la miraba como si no la reconociera.

En seis meses, Ana ya tenía tres pacientes estables a su cargo, participaba de la comisión de bienvenida del Centro y atendía dos casos terminales, incluyendo al doctor. Desde que su piel había sanado, le costaba desconectarse de la misma forma, pero seguía sus rutinas de suplicio y su voto de silencio. Sin variar su dieta, notó que subía de peso. El color regresó a sus mejillas. Libre de la enfermedad, una parte de ella se aferraba a la vida con más fuerza. Decidió abandonar el cuidado de su amante.

El día del baño anual eligió a una pareja de hermanos que habían llegado hacía poco al Centro. Al otro lado de la piscina vio al doctor. Su cuerpo era apenas distinguible bajo las costras, solo su cara se mantenía igual que antes. Ana se abrió de piernas, cerró los ojos, apoyó las palmas en el suelo. Intentó olvidarse de sí misma, pero su mente evocaba escenas extrañas: dos perros en el pasto, una llave de oro, un edificio sumergido en el mar con ventanas redondas como las de un submarino; afuera, en la superficie del agua turbia, flotaba el cuerpo desnudo del doctor, picoteado por gaviotas, con el pene tieso como el de un ahorcado. Los hermanos la tomaron entre los dos, con fuerza. Le penetraron el ano y la vagina. La arrastraron por el suelo, le abrieron heridas en las rodillas. Ana acabó una y otra vez, pero no podía dejar de mirar a su antiguo amante, derrumbado en la esquina de la sala. Cuando los dos jóvenes quedaron satisfechos, ella quería más. Sintió palabras creciendo en su garganta y se mordió la lengua hasta llenarse la boca con sangre.

Llegaron diez nuevos pacientes. Dos de los más antiguos murieron y los enterraron bajo los árboles. En el verano, una epidemia estuvo a punto de acabar con la población animal. En otoño, tres enfermos dejaron el Centro, en remisión, y dos se sumaron al personal como médicos. A final del invierno, uno de los niños se ahogó en el río. Sus padres no reclamaron el cuerpo.

Cuando florecieron los cerezos, Ana despertó con una sensación que creía haber olvidado. Rastreó su memoria en busca de algo a que asociarla, pero solo encontró trozos y pedazos de recuerdos. Hambre. Tenía hambre. Se moría de hambre. Se levantó de la cama y apenas alcanzó a llegar al comedor. Cayó de rodillas, recogió migas de pan del suelo y se las llevó a la boca con frenesí. Dos enfermeras la encontraron desmayada y la trasladaron de urgencia a una sala de

observación. Al despertar, vio a su amante en la cama contigua. La miraba sin verla, con el rostro cubierto por completo de heridas frescas. A los pies de ambos, los animales ocupaban hasta el último rincón de la pieza.

Con el hambre volvió el suplicio de todos sus sentidos. El roce de las sábanas la hacía gritar, la luz le quemaba los ojos, el olor a podredumbre del doctor le revolvía el estómago. Ana deliró durante horas, con la lengua seca pegada al paladar. Desnuda en el patio de su antigua casa, jugaba a la pinta con sus dos hermanas, corrían sobre el pasto, se reventaban tomates frescos encima de la cabeza; bajo el árbol de Navidad recibía los regalos, luego su piel se llenaba de estrellas, brillaba como el sol y se desprendía de sus huesos como si fuese cera líquida. Ana no lograba distinguir los límites de su cuerpo. Se sentía parte de la cama, parte del suelo, unida al mundo entero. El tiempo se enroscaba sobre ella, dispersándola. Su estómago se había hinchado como el de un niño desnutrido, y el dolor era tan intenso, el caos que le envolvía tan confuso, que no alcanzó a comprender que estaba pariendo a su hijo hasta que empezaron las primeras contracciones.

El día del nacimiento, una larga fila de pacientes esperó para ver al niño. Los animales del Centro corrían descontrolados, los machos peleaban entre sí como en época de celo. El tratamiento se suspendió para todos. Reprodujeron música por los parlantes del recinto.

Cuando ella y el niño se recuperaron, Ana retomó el cuidado de su amante. Sus pechos estaban hinchados de leche, su piel brillaba con

luz propia. Amamantaba al bebé a un costado de la cama del doctor y lo dejaba jugar en el suelo de la pieza, de espaldas, como una tortuga. El joven pasó semanas entrando y saliendo de la conciencia. Ana continuó con su tratamiento, aplicándole cremas sobre las heridas, lavándole las costras y masajeando sus músculos para evitar que se atrofiaran, pero él no abrió los ojos hasta que ella empezó a hablar, en una voz más honda de lo que recordaba.

Mi nombre es Ana Baranchik. El próximo mes cumpliré veintiséis años. Tu hijo se llama Ernesto. Es el nombre de mi padre y el de mi abuelo. No tengo recuerdos de mi abuelo, murió poco después de que yo naciera. Su pieza quedaba al lado de la que yo compartía con mis hermanas. Hay fotos en que salgo en sus brazos, en pañales. La barba le llega hasta el pecho, tiene un cigarrillo en la boca, no sé si sonrío. Este es el séptimo año de mi tratamiento. Estoy bien, pero sé que no volveré a la ciudad. Mira hacia afuera, amor: hay cuatro soles en el cielo. Nada está inmóvil, porque el universo tiembla. Abre los ojos. No tengas miedo. Estamos juntos aquí dentro. Todos sanos, todos enfermos. No hay cura para la vida.

PAÍSES BAJOS

Antes de dedicarse a la prostitución, Constantino Cooper fue elegido el mejor debutante de la liga holandesa de fútbol en 1999, tras fichar por el ADO Den Haag de la ciudad de La Haya.

Nacido y criado en el puerto de Valparaíso, su carrera fue breve, aunque no desprovista de gloria: a los dieciséis debutó vistiendo la camiseta del Santiago Wanderers, uno de los clubes más emblemáticos de Chile. Los «caturros» habían alcanzado su apogeo en la década del cincuenta, con estrellas como Raúl «Mané» Pacheco, pero luego sufrieron varios descensos a la segunda división, y en los ochentas estuvieron a punto de caer a tercera, por lo que la hinchada recibió los veintitrés goles que Constantino anotó durante su primer torneo profesional como el fin de una larga temporada en el infierno.

Esa racha le permitió al Wanderers alcanzar la final. Aunque perdieron contra Colo Colo, el Fanta (como lo habían bautizado por su pelo colorín) marcó dos goles de tiro libre, y la prensa lo llenó de elogios. Su pase a Europa fue rápido: huérfano de padre y madre, el delantero llegó a La Haya una semana después de haber alcanzado la mayoría de edad, a bordo del único avión que había pisado en su vida.

En su primera temporada en Holanda, el Fanta estuvo a punto de coronarse como el goleador del torneo, y el ADO salió subcampeón, pero en la siguiente el equipo se hundió en los últimos puestos de la tabla. Aunque el chileno repitió su desempeño, marcando goles y creando peligro cada vez que recibía la pelota cerca del área, el ADO sumó solo cuatro puntos en las primeras doce fechas, y a mitad del campeonato el descenso era inevitable. Durante el último partido del torneo, los hinchas de La Haya ingresaron a la cancha a golpear a

sus propios jugadores. Constantino sufrió una fractura de cráneo y pasó dos días en coma, pero al despertar no presentó ninguna secuela evidente y, luego de un breve periodo en observación, los doctores le dieron el alta para que se reincorporara a los entrenamientos.

El cuadro médico del plantel creó un programa a su medida, con atención psicológica, tratamientos diarios de fisioterapia y pruebas semanales para evaluar su rehabilitación. Además de ese apoyo, la gerencia del ADO le ofreció una generosa compensación económica por las fallas de seguridad que habían permitido la entrada de los hinchas. El chileno aceptó la plata, siguió las instrucciones de los médicos al pie de la letra y se recuperó en tiempo récord, pero nunca volvió a jugar al fútbol.

La siguiente temporada la pasó en la banca por decisión propia. Constantino no movió un dedo mientras el ADO obtenía el campeonato de la segunda división y volvía a la Eredivisie. El entrenador y sus compañeros trataron de darle ánimo, pensando que la raíz de su reticencia a jugar era el miedo por lo ocurrido el año anterior. Le dijeron que la mejor forma de resolver el trauma era regresando a la cancha. Pero Constantino se comportaba con absoluta indiferencia. Como si nunca hubiese tocado una pelota.

La golpiza –le confesó a los médicos– lo había cambiado de una forma que no podía entender: su cuerpo ya no le pertenecía. No es que se sintiera diferente, les dijo, sino que *era* otro. Otra persona. Con ideas, gustos y hasta recuerdos distintos. De noche lo asediaban pesadillas, de día nunca tenía hambre: acabó por bajar diez kilos. Prácticamente no hablaba. Si abría la boca, era solo para quejarse de dolores que no tenían explicación fisiológica.

Según los neurólogos, el chileno no había sufrido secuelas físicas producto de la fractura. Su problema era de otra índole. El psiquiatra del plantel estaba de acuerdo: Constantino presentaba muchos de los síntomas típicos del estrés postraumático. Sin embargo, el daño parecía anteceder a la golpiza, como si algún suceso de su niñez (la muerte de su padre durante un robo organizado por la policía secreta de Pinochet, o el suicidio de su madre, tres meses después de haber parido a Constantino) hubiese dejado una bomba de

tiempo al fondo de su conciencia. A modo de prueba, el psiquiatra ofrecía el video de la agresión: a diferencia de los otros jugadores, el chileno no había escapado ni opuesto resistencia al ataque. En las imágenes aparece de pie, al borde del área, en el mismo lugar en que estaba cuando se detuvo el juego. Recibe los golpes de la masa sin defenderse. Ni siquiera levanta las manos.

La prensa chilena se interesó fugazmente por su desgracia y luego lo olvidó por completo. Al término de su contrato, Constantino retiró sus cosas del camarín, dejó el departamento que compartía con los jugadores extranjeros del plantel y se perdió por las calles de La Haya.

Atendía a sus clientes en el número 21 de la avenida Hofzichtlaan, en una casita de un barrio muy tranquilo al sureste de la ciudad, a unos veinte minutos del estadio de su exequipo. Practicaba una variante particularmente sórdida de la prostitución.

La mayor parte de sus clientes eran hombres, aunque también recibía a mujeres y parejas que lo contactaban a través de su página web. Realizaba sus servicios en el sótano de la casa, en un cuarto angosto, húmedo y oscuro sin ninguna decoración. Para destacar en el mercado neerlandés, poseía pocas ventajas: su cabello rojizo, sus rasgos de niño, un cuerpo fibroso al borde de la desnutrición y una piel tan blanca que parecía transparente. Pero no era la belleza lo que atraía a un grupo de fieles a su casa, sino su disposición a someterse a ciertas prácticas que incluso en Ámsterdam estaban prohibidas.

Una de sus primeras clientas fue una mujer de setenta años. Una anciana que vivía en su calle, a solo cuatro casas. Cuando Constantino se mudó al barrio, ella empezó a saludarlo por las mañanas como si fuese un niño perdido. Bastó que el chileno le devolviera el gesto una vez para que al día siguiente ella tocara su puerta con una bandeja de galletas. La visita pasó a ser rutina. El primer jueves de cada mes, la mujer llegaba con una bandeja de

galletas y un regalo –un macetero de cerámica estilo Delft, un set de sal y pimienta en forma de molinos de viento, un mantel de algodón blanco con encajes en los bordes–, y poco a poco la cocina de Constantino comenzó a asemejarse a la de una típica señora holandesa. Al final de uno de esos encuentros, mientras lavaba la bandeja, sintió los pechos de la anciana apretados contra su espalda. La condujo al sótano y la ayudó a bajar los escalones con sumo cuidado; la recostó bocarriba en la cama, apagó las luces, encendió la música y sintió cómo temblaba bajo sus manos mientras iba quitando las capas de ropa que la cubrían, abriendo cierres y botones que nadie más que ella había tocado hacía tantos años.

Fuera de su horario de trabajo, Constantino llevaba una vida tranquila. En primavera le gustaba dar paseos en bicicleta hasta los campos de Bollenstreek para ver los tulipanes, aunque por lo general se limitaba a caminar los senderos circulares de un parque a tres cuadras de su casa. Los domingos iba a la laguna que quedaba al centro del parque para alimentar a las aves que anidaban allí, junto a tres señoras que sonreían al verlo llegar, pero que jamás le hablaban. A Constantino le gustaba pensar en ellas mientras atendía a sus clientes: las veía de pie al medio de la laguna, con las manos repletas de semillas, el agua hasta la cintura y la tela de sus polleras flotando a su alrededor como si fuesen los mantos de la Virgen, rodeadas por cientos de cisnes que graznaban y batían las alas, ahogándolas bajo un remolino de plumas.

De sus compañeros de equipo, al único al que aún veía era Gonzalo, un chico argentino tan inocente que la gente lo trataba como si fuese un retrasado mental. Holanda le producía una angustia inexplicable. Extrañaba su barrio, su idioma y a sus amigos, y cada peso que lograba ahorrar se lo mandaba a su vieja. La amistad entre Gonzalo y Constantino se basaba en el juego, un partido de damas tras otro en un tablero gastado que era lo único que el argentino conservaba de su padre. Entre partida y partida, Gonzalo cebaba el mate con la yerba que su madre le enviaba desde Corrientes y hablaba sin parar de las cosas que haría al volver a Argentina para jugar en alguno de los equipos grandes de la capital. Los acompañaba Ariel Ramírez Sosa, el chaperón del argentino. El

Ari era el único punto no negociable del contrato de Gonzalo: habían empezado juntos en las inferiores, pero apenas Gonzalo fichó por un equipo ruso el Ari dejó su carrera para viajar con él hasta Moscú. Lo acompañó en cada concentración, charla y viaje del plantel, y con el paso del tiempo se convirtió en una especie de amuleto de buena suerte; cuando los dueños del club los llevaban de putas después de haber ganado alguna fecha importante, los jugadores invitaban al Ari, que se acercaba cojeando a la mujer más alta y rubia del local, se apuntaba a la pierna y decía: *trauma, trauma, very bad*, para hacerse pasar por un miembro lesionado del equipo. Las cosas cambiaron cuando Gonzalo llegó a Holanda. Luego de que el ADO perdiera por goleada contra el Feyenoord, el Ari se acercó al técnico para darle su apoyo: le palmeó la espalda, lo miró con su sonrisa de bobo y usó las cuatro palabras que sabía decir en holandés para tratar de subirle el ánimo. El tipo lo sacó a patadas del camarín y le prohibió el ingreso al estadio. Sin el apoyo de su chaperón, Gonzalo fue incapaz de seguir jugando. En poco tiempo pasó a engrosar la banca junto a Constantino. Al chileno no le gustaba el humor machista de los argentinos, el mate le parecía demasiado amargo y la sola idea de que Gonzalo supiera a qué se dedicaba le quitaba el sueño, pero el chico era lo más parecido que tenía a un amigo en Holanda y jamás se le habría ocurrido quejarse.

Una vez al mes, Constantino tomaba un tren desde la estación de Mariahoeve hasta la provincia de Zeeland para visitar la barrera de Oosterschelde, una gigantesca barricada antitempestades que se extiende entre las islas de Schouwen-Duiveland y NoordBeveland. Formada por sesenta y seis pilares de cincuenta metros de alto y dieciocho mil toneladas de peso cada uno, es la pieza central del Plan Delta, la mayor obra de ingeniería hidráulica realizada por la humanidad. Su propósito es resguardar el tercio de Holanda que se encuentra por debajo del nivel del mar, y comprende una red de diques, muros, canales y compuertas que atraviesan cientos de

kilómetros y crean una frontera artificial que defiende al país de las olas del mar del Norte.

De pie sobre la carretera que corre por encima de los pilares, Constantino enfocaba la vista en el horizonte e imaginaba futuras tormentas. Porque la barrera no sería eterna: la habían diseñado para resistir diez mil años. Cien siglos. Diez milenios. Sobre su cama, como si se tratara de una oración, Constantino había enmarcado una fotografía de la inscripción tallada en la placa de bronce que se encuentra en uno de los extremos de la gran muralla, sobre la isla artificial de Neeltje-Jans: HIER GAAN OVER HET TIJ, DE WIND, DE MAAN EN WIJ.

Aquí la marea la rige el viento, la luna y nosotros.

Muy de vez en cuando, Constantino pensaba en Chile. No recordaba nada en particular. Ni las calles del puerto ni las caras de sus amigos, ni siquiera a sus viejos compañeros del Wanderers. Todo se le había mezclado en la memoria, como una capa de polvo que cae sobre otra. Extrañar, pensaba, era lo correcto, lo que haría cualquiera, pero al imaginar su país lo único que se le venía a la cabeza era la cordillera. La cordillera de los Andes como un enorme guardián de piedra. Como el muro de una cárcel. La cordillera atravesando el alma de Chile como una espada. Se sentía incapaz de volver. Tampoco le encontraba sentido. La única persona con la que mantenía algún contacto era la hermana de su madre, quien lo había cuidado desde niño. A ella le enviaba largas cartas sin remitente en las que hablaba de los canales holandeses, de las ardillas matonas en los árboles y de los perros que llenaban las calles con mierda. Le describía sus dulces favoritos (negros, largos, amargos y enroscados como gusanos de tierra) y se quejaba de la absoluta ausencia de montañas. No hay un solo cerro en este país, le decía. Ni una colina ni una loma ni un montículo. ¡Qué hablar de una cordillera! Holanda es un hoyo inmenso, un lugar sin límites ni horizonte. Por mucho que lo intentara, Constantino era incapaz de orientarse en la planicie

neerlandesa. Y esa sensación de estar perpetuamente perdido lo obligaba a realizar siempre la misma caminata, un circuito que comenzaba en su casa y que estaba delimitado por el parque en el que veía a las señoras, el supermercado donde hacía sus compras y las líneas del tren. Más allá de esos límites, la realidad se le escapaba por todos lados. En sus cartas, Constantino se quejaba del idioma, del racismo apenas disimulado de los holandeses y de la soledad que le crecía encima como si fuese una segunda piel. Si no trabajaba por las noches apenas dormía y si lograba conciliar el sueño tenía pesadillas. En la más común de ellas, el suelo cedía bajo sus pies y una ola enorme rompía las represas e inundaba el país para recuperar lo que el hombre le había arrebatado al océano, sepultando los molinos, los tulipanes, las vacas, los museos, los parques y millones de millones de bicicletas. Lo único que sobrevivía al cataclismo eran los canales, que seguían allí, corriendo por debajo de las olas, pero sin llegar a ninguna parte.

Domingo, día de fútbol.

Frente a su casa Constantino ve desfilar a los hinchas del ADO rumbo al estadio, con las caras pintadas de verde y amarillo. La masa de holandeses le inspira un terror absoluto. Escucha los cantos de la barra, violentos como himnos de batalla, y apenas puede contener un ataque de pánico. Cierra las ventanas y corre las cortinas, prende el televisor y la radio, pasa la aspiradora por las alfombras del comedor y del living, pero nada sirve: le parece oírlos por sobre cualquier ruido. Es la final del campeonato y el furor se ha apoderado de la ciudad; la única vez que su exequipo se proclamó campeón fue en 1943, durante la ocupación alemana. Constantino recuerda una foto de esa victoria, colgada en el comedor del club: en la imagen, los jugadores llevan en andas al héroe del equipo, Gerrit «Gerrie» Vreeken, un mediocampista que colaboró abiertamente con los nazis; tiene una enorme corona de laurel

alrededor de los hombros y su rostro, radiante y rubicundo, se repite en las pesadillas del chileno.

Lo que lo salva los domingos es su trabajo. Siempre que puede, fija las citas con sus clientes ese día y trabaja para no pensar. Desciende al sótano y se pierde en fantasías ajenas. Sus servicios tienen algo de ritual: Constantino permanece en silencio y realiza una rutina que parece satisfacer a la mayoría. Pero lo importante es ser moldeable. Desaparecer. Fundirse con el deseo del otro.

Cuando escucha el timbre ya tiene todo listo. Son las seis de la tarde, la misma hora en que el ADO juega contra el PSV. Abre la puerta, saluda al cliente y se hace a un costado para dejarlo pasar. El hombre viste chaqueta, camisa y corbata, lleva un maletín en la mano. Casado, piensa Constantino mientras lo conduce escaleras abajo, cincuenta años, uno o dos hijos pequeños. Seguramente un hombre de negocios. Es fácil reconocerlos. Se visten como si pertenecieran a un mismo equipo, todos parecidos, sin rasgos individuales. Constantino baja las persianas y prende la lámpara del velador. Disfruta el efecto de esa luz de quirófano; su piel brilla blanca como un hueso bajo el agua. El hombre deposita su maletín a un costado de la cama. Constantino le indica que se quite la chaqueta, luego gira y abre los cajones del único mueble que hay en la pieza. Uno a uno, dispone varios objetos sobre la cama, observando al cliente para medir sus reacciones. El tipo los mira sin parpadear, luego señala su preferencia y cierra los ojos. Se quita los zapatos y empieza a desabotonarse la camisa, pero le tiritan las manos. Constantino ve que le falta una falange en el dedo meñique y lo ayuda a desvestirse, pero sin sonreír: sabe que el miedo es parte de la experiencia. Enciende el equipo de música, ajusta el volumen y cierra la puerta de la habitación.

Mientras se prepara, el hombre comienza a hablar. Ocurre siempre. Los clientes conversan para calmar sus nervios. Él se limita a escucharlos, muchas veces sin entender una sola palabra. Está tan acostumbrado a que sean extranjeros que se demora en darse cuenta de que el tipo no solo está hablando español, sino que además lo hace con acento chileno. Su sorpresa es tan grande que le impide comprender lo que oye. Constantino hace un esfuerzo para

no traicionar su emoción y termina de arreglarse con calma, pero no puede quitar los ojos de la boca de ese hombre: le parece un agujero que amenaza devorarlo.

Mi padre siempre me lo decía. Existe el mal en el mundo. El Mal de verdad. Con mayúscula. Era dueño de un matadero en Lautaro, a veinte kilómetros de Temuco. Ahí aprendí lo que importa. Cuando chico, íbamos en familia a visitarlo. Era como un paseo. Pero mis hermanos se quedaban afuera, con mi mamá, mientras que mi papá paseaba conmigo para saludar a sus empleados. Me encantaba verlo en la faena. Aquí se los atonta, me decía, para que no sientan el chancacazo. Aquí se los desangra. Acá se les quitan los pies y la cabeza. Yo me sentía tan orgulloso por el respeto que le tenía su gente. Si hasta los animales le hacían caso. Los trataba de huevón. O de huevona. Ven pa' acá, huevona. ¡Camina, huevón! Así. Yo me cagaba de la risa, lo trataba de imitar, pero no me salía. A mí me daban miedo. Los animales. La gente. Todo. Los veía entrar en fila, empujándose, con los ojos reventados, como si supieran adónde iban. ¿Pero cómo iban a saber? A los nueve maté mi primer animal. En el campo. Un corderito. Una cosa chica con las patas flacas. Fue para mi primera comunión. Mi papá me pasó un cuchillo y me mostró cómo hacerle el corte. Al principio no pude. Si lo hacís rápido no le duele, me dijo. Mentira. Le enterré el puñal en el cuello y me salpicó un chorro de sangre caliente como el meado. Mi papá me felicitó, los huasos hicieron salud, pero el cordero seguía tiritando. No se moría nunca. Agonizó como media hora, pero sin hacer ruido, porque le rebané las cuerdas vocales. Temblaba nomás mientras se le iba la sangre, hasta que se quedó quieto. Vivo pero sin moverse, con los ojos abiertos. Incluso muerto los tenía abiertos. Y me miraba. Mi papá se hizo rico cuando estaba mi General. Con Pinochet fue como que de pronto la gente tenía más hambre. No dábamos abasto. Teníamos un montón de contratos con las Fuerzas Armadas. No podíamos matar suficiente. Incluso después, con la crisis económica, vendíamos y vendíamos carne. Al final de los ochenta casi todo lo que se comía entre la sexta y la octava región pasaba por el matadero de mi padre. Las vacas, los pollos, los chanchos. Todo. Si comía carne, era de mi viejo. Tuvo que abrir otra

planta en Lo Miranda y una en Rosario. Pero en los noventa la carne empezó a llegar de afuera, de Argentina, de Brasil, de Ecuador. Ahí nos endeudamos. A mí, como hermano mayor, me tocó transformar el negocio en una industria. Fui el primero de la familia en ir a la universidad. Después fui a Estados Unidos. Pero antes a la Escuela Militar. Como todos en mi familia. Era costumbre hacer el servicio. Éramos una familia militar. Mi papá, mis tíos, mis dos abuelos y todos mis primos. Yo duré poco, eso sí. Mi papá me sacó. Me dijo que era demasiado inteligente. Que quería otra vida para mí. Que teníamos que cortar el vínculo con las Fuerzas Armadas. Pero mi hermano dijo otra cosa. Que yo era débil. Cobarde. Que no daba la talla. Él es capitán. Y le va bien. Pero no como a mí. A nadie le va como a mí. Hoy somos dueños del cuarenta por ciento del mercado. Tenemos pavos, pollos, salmones. Hasta viñas tenemos. Exportamos chanchos a Japón, a Corea, a Rusia. Dos millones al año, de setenta y cuatro mil madres. No se puede creer esa cantidad de carne. En las fábricas nuevas se sacrifican hasta cuatrocientos chanchos en una hora. Pero la gente quiere más. Cada vez más. Es un hambre que no se acaba.

Cuando el hombre termina de hablar, Constantino lo recuesta bocabajo y lo amarra a la cama. Una hora después, el tipo se ducha para sacarse la sangre, se viste y le paga. Constantino lo acompaña hasta la salida y se queda de pie en el umbral. Antes de marcharse, el cliente se detiene al llegar a la reja, congelado entre un paso y el otro, como si hubiese olvidado algo importante en la casa. Luego se pierde de vista.

Constantino va a cerrar la puerta cuando el aire se llena de bocinazos. Camina hacia afuera descalzo, apenas cubierto por su bata. El cemento de la vereda bajo sus pies aún retiene el calor del día, pero siente la piel de gallina y un temblor empieza a recorrerle el cuerpo: decenas de hinchas vestidos con el uniforme del ADO avanzan en dirección a la cancha para sumarse a los festejos. Los ve acercarse con los rostros cubiertos de sudor y pintura, eufóricos, chorreando saliva y cerveza, ebrios de victoria, y la posibilidad de que lo reconozcan le dispara el corazón. Trata de escapar, pero las piernas no le responden. Piensa en el sótano de su casa, en su

vecina la anciana, en el pasto mojado de la cancha del Wanderers. Piensa en un cordero blanco, en la pintura blanca del punto penal, en la cama blanca de una clínica, en tubos, sondas y sensores. Los hombres marchan con los brazos alzados y los ojos fuera de órbita, soplando trompetas, golpeándose los unos a los otros, saltando, aullando, ondeando banderas. Son una marea enorme, una ola humana que envuelve a Constantino (*aquí se los atonta*), lo oprime (*aquí se los desangra*) y lo disuelve sin que él pueda hacer nada para evitar el tumulto (*aquí les cortamos las manos y los pies*), solo dejarse llevar y sumarse a la horda, coreando a viva voz y abrazando a los fanáticos durante todo el camino de su casa al estadio.

CLUB DE CAMPO

I feel that there has been some miscarriage, some wrong turning,
but I do not know when it took place and I have no hope of finding
it.

JOHN CHEEVER

Marcos es el menor de tres hermanos. Son argentinos, terratenientes, pasaron la adolescencia arriba de un caballo. Jugaban al polo en el equipo de General Balcarce, un pueblo a media hora de Mar del Plata. También jugaban al pato, la versión argentina de un antiquísimo juego asiático en el que los jinetes se disputaban la cabeza de algún enemigo para cogerla de los pelos y lanzarla más allá de una línea marcada en la tierra. El pato, menos bárbaro pero no menos violento, se juega con una pelota de plástico. Tantas horas de deporte, violencia y riesgo hicieron que los hermanos –ferozmente competitivos– desarrollaran un profundo lazo con sus caballos, dos potros color chocolate para los mayores y una hermosa yegua azabache para Marcos, quien consentía tanto a su animal que el chiste en la familia era que iba a terminar casado con la Negra.

Una noche de verano, borracho de victoria tras haber ganado la final del campeonato de polo y ser elegido el mejor jugador del encuentro, Marcos recibió un mensaje de sus hermanos: lo esperaban en las caballerizas para celebrar el triunfo. Corrió hacia los establos, imaginando a su yegua carneada en el piso, pero

cuando entró no vio la muerte sino su contrario: de pie sobre el banco de madera que utilizaban los niños para encaramarse a la grupa, su hermano mayor sodomizaba a la Negra, mientras el otro sostenía la cola del animal. Marcos se quedó inmóvil, apretando los puños, y lo único que se le grabó más hondo en la memoria que las burlas de sus hermanos fue la calma con que su yegua trituraba la paja que le habían puesto al frente.

Julieta estaba embarazada de nueve meses cuando el niño murió adentro suyo. Tuvo que esperar tres días recostada en la cama de un hospital público hasta tenerlo por parto normal, para reducir su propio riesgo de fallecer. Durante ese tiempo, algo diferente le creció en las entrañas. Una sensación que le parecía tan ajena como el feto que flotaba inerte en su interior. Desde que tenía memoria, había imaginado a su primer hijo. Pero su fantasía no se limitaba al niño (siempre varón, jamás contempló la posibilidad de parir a una mujer), sino que incluía a su futuro marido (alto, moreno, silencioso), la ceremonia del matrimonio y hasta la música que tocaría la banda cuando ella entrara a la iglesia del brazo de su padre. Por todo eso, cuando vio la cabeza del doctor que escarbaba entre sus piernas para inducir el parto, casi se desmaya al darse cuenta de que, en vez de sentir tristeza por haber perdido a su hijo, lo que comenzó a recorrer su cuerpo junto con el dolor de las contracciones se parecía horrorosamente al placer: un goce tan hondo que le recordó al primer orgasmo de su vida, sola en su cama a los once años, mientras se frotaba contra un cojín viendo dibujos animados. Julieta dejó el hospital dos días después y nunca volvió a hablar con el padre del niño. En el ambiente húmedo de Buenos Aires creyó distinguir un olor nuevo, un cruce de energías que giraban a su alrededor y la devolvían a su niñez, a los juegos con sus primos sobre el pasto mojado, al mareo de su cuerpo en completa libertad.

Paula no puede estar segura de que las cosas hayan ocurrido como cree. Incluso sospecha que se trata de un recuerdo falso: cuando era niña, durante las vacaciones de verano, su perra regalona dio a luz una camada de cachorros. Siete bultitos ciegos de pelo blanco. A los pocos minutos, la perra olfateó a sus crías, las lamió hasta quitarles los restos de placenta y luego comenzó a devorarlas, una tras otra, sin hacer caso a las súplicas de Paula, quien vio cómo la perra (*su* perra, la que dormía enroscada a sus pies todas las noches) masticaba y engullía a los cachorros hasta dejar el piso cubierto de sangre. Sus padres le explicaron que las crías habían nacido enfermas y que la perra se las había comido para evitarles el sufrimiento: podía oler la enfermedad que pronto acabaría con ellas. Pero la imagen de su mascota tragándose la camada completa, mecánicamente, sin hambre, era algo que Paula no pudo asociar a la compasión. Tuvieron que regalarla. Desde entonces, Paula sueña con madres que devoran a sus hijos.

Marcos y Julieta se conocen en un bar de la calle Cabildo. Marcos trabaja como mesero. Ha dejado el polo y la hacienda de sus padres para mudarse a la capital. Julieta pide un café cortado, se lo toma mirando a la calle y al salir olvida la billetera. Marcos la alcanza a dos cuadras. Tres meses después, viven juntos en el departamento de Julieta. A finales de verano se mudan a España, escapando de la crisis que atraviesa el país. Marcos sufre de insomnio, terrores nocturnos y una fobia inexplicable a los fósforos quemados.

En Argentina, Julieta había estudiado Educación Social, con una especialización en la primera infancia, y en Madrid encuentra trabajo en la guardería de un colegio de monjas. No tiene autorización para sacarles fotos a sus alumnos ni a los bebés que cuida, por el temor de los padres a la pornografía infantil, pero ella los retrata a escondidas, con su celular, para mostrárselos a Marcos cuando vuelve a casa. A pesar de los reproches y las advertencias de Marcos, no puede evitar encariñarse con los niños. Su favorito se

llama Pablo. Julieta sueña con tener una buena foto junto a él, pero para eso necesita el permiso escrito de los apoderados. Muchos de los niños son hijos de políticos de derecha. El colegio queda a dos cuadras de la sede del Partido Popular.

Después de casi seis meses sin trabajo, Marcos consigue empleo en el Club de Campo de Madrid –un club de polo– como entrenador del equipo suplente. Contacta a los jugadores, organiza los partidos y consigue los caballos, pero, a pesar de las continuas insistencias de todo el equipo, se niega a participar en los torneos.

Buenas tardes, mi nombre es Paula Iglesias y su línea ha sido seleccionada para obtener un descuento en las llamadas de larga distancia. A los dieciocho años, Paula consigue su primer trabajo en el *call center* de una compañía telefónica española con sede en Argentina. Pasa ocho horas al día sentada en un cubículo vacío, frente a un reloj que marca la hora de Madrid; durante los meses de invierno debe levantarse a las cinco de la madrugada para calzar con los horarios laborales de Europa. El objetivo de la compañía es romper el monopolio de Movistar en España: Paula vende paquetes de llamadas, planes de cable y conexiones a internet. Le pagan una comisión por cada venta. En una hora, puede hacer más de doscientos llamados. Si tiene suerte, logra dos ventas al día. Para soportar el tedio, toma ácido, fuma marihuana y traga pastillas. Le cortan, la insultan, la tratan de ladrona, de argentina de mierda. A veces se pone a llorar en la mitad de una conversación.

Marcos y Julieta viven en un piso en las afueras del barrio de Lavapiés. Las paredes están pintadas de verde pistacho. Es pequeño y los vecinos se pelean a gritos, pero queda cerca del metro y por las noches una brisa corre por el departamento y refresca el calor insoportable de la ciudad. No tienen muchos amigos, solo se ven con

una pareja de peruanos y con un chileno que vive en el piso de abajo. Les cuesta acostumbrarse al trato violento de los españoles, a su falta de modales, a la xenofobia que crece en el país a medida que se va llenando de extranjeros. Tampoco logran encariñarse con los argentinos que conocen en España, así que pasan casi toda la semana encerrados en el Pistacho, como bautizaron al departamento, cocinando y viendo películas porno. Marcos vuelve del club con el olor de los caballos en el cuerpo. Julieta lo obliga a hacerle el amor antes de ducharse. Le dice negro, grasa, bestia, y se corre hasta quedar adolorida.

Cuando se acaba la visa de Marcos, deciden casarse. Los abuelos de Julieta son italianos, del norte, y ella tiene pasaporte comunitario. Acuerdan no contarles a sus padres (se trata sobre todo de una decisión práctica), aunque Julieta no puede aguantar su entusiasmo y organiza una fiesta en el Pistacho en la que se gasta sus pocos ahorros. Hay solo un puñado de invitados (los peruanos, el chileno, dos compañeras de trabajo de Julieta y el herrero del Club de Polo), pero la celebración logra cumplir sus expectativas. El día de la boda, Marcos arrienda un traje y Julieta pide un vestido prestado. A él nunca le ha parecido más hermosa.

Con el invierno comienzan los problemas. No tienen dinero suficiente para la calefacción y viven agolpados alrededor de una estufa; el frío entra por las ventanas, se cuela por debajo de las puertas y los persigue por los pasillos, hasta que solo pueden soportarlo acostados juntos en la cama, cubiertos con toda la ropa que logran ponerse encima. Marcos duerme cada vez menos. Sus gritos despiertan a Julieta, que lo acaricia como a un niño hasta que deja de gemir. Marcos no recuerda sus pesadillas, apenas reacciona a los mimos de su mujer. Ella le compra pastillas para dormir, remedios homeopáticos recomendados por su amiga peruana, pero nada funciona. Él le pide que no se preocupe tanto. Una vez que sale el sol, es el mismo de siempre.

Gracias al desempeño de sus jugadores –que no han perdido un partido desde que Marcos se hizo cargo de ellos– le ofrecen entrenar al primer equipo del club. Además de un aumento de sueldo considerable, obtiene permiso para utilizar libremente las

instalaciones, beneficio que incluye a su mujer. Marcos y Julieta celebran el comienzo de la primavera emborrachándose dentro de la piscina. Todos los lunes (cuando el club cierra para realizar labores de mantenimiento) hacen el amor en las caballerizas, en los hoyos más alejados de la cancha de golf, en la parte baja de la piscina climatizada.

Marcos sigue sufriendo pesadillas. Como no descansa de noche, se queda dormido en el trabajo. Las tareas domésticas –ir al súper, lavar platos, hacer la cama– se le hacen insoportables. Julieta compensa tomando las riendas de la casa. La infecta un optimismo que crece a medida que conoce a sus vecinos, los chinos que atienden el local de la esquina, la gitana que le lee la suerte cuando va a dejar la ropa sucia a la lavandería.

Poco después, el alumno preferido de Julieta tiene un accidente: Pablo se corta un dedo mientras están haciendo las tarjetas para el Día de la Madre. El corte llega hasta el hueso y tienen que atenderlo de urgencia. Los padres alegan al colegio, exigen el despido de Julieta, pero el incidente no pasa a mayores; ella es respetada por sus colegas y querida por sus alumnos. Recibe una reprimenda verbal de la madre superiora y un dibujo de Pablo en el que los dos aparecen tomados de la mano junto a una tijera gigantesca. Cuando lo lleva a casa para mostrárselo a Marcos, lo encuentra semidesnudo frente al televisor apagado, intentando cambiar los canales con el control remoto.

Marcos ya no duerme. Se pasa las noches conectado a internet, haciendo búsquedas sobre temas que nunca le han interesado antes: la física, el budismo, el vacío, la filosofía de los presocráticos. Una mañana, Julieta encuentra videos extraños en la computadora de casa, fotos de un hombre con el pelo rojo y la piel blanca, sin genitales. Se pelea a gritos con su marido, lo trata de maricón, de degenerado, de campesino de mierda. Marcos no reacciona. Parece no saber de qué le están hablando. Intenta darle un beso, pero ella se encierra a llorar en el baño. Marcos se viste con la misma ropa del día anterior y se va al club. Cuando Julieta lo escucha salir, abre la puerta del baño y vomita en el pasillo. Se acurruca en el piso, tratando de controlar los retorcijones que le suben desde el

estómago, hasta que la rescata el ruido del teléfono. Corre a la habitación, deseando oír la voz de Marcos al otro lado de la línea con disculpas y explicaciones que logren calmar su ansiedad, y apenas es capaz de entender lo que le dicen: *¡Buenos días! Mi nombre es Paula Iglesias y su línea ha sido seleccionada para obtener un descuento en las llamadas de larga distancia.*

El sol de la mañana termina de despertar a Marcos. El aire le llena los pulmones, el cielo le parece explotar en llamas. Toma el bus que lo llevará hasta el Club de Campo, en las afueras de la ciudad, y solo entonces recuerda la escena que acaba de vivir en casa. Llama a su mujer: no contesta el celular y el teléfono fijo está ocupado. Lo distrae un niño que entra al autobús y se sienta cerca, junto a su madre. Viste pantalones cortos y una camiseta del Atlético. Marcos siente que se le nubla la vista, un nudo le crece en la garganta. El niño tira de la mano de su madre, pero ella está ocupada con su cartera. Marcos trata de sonreírle y el chico se esconde detrás del asiento. Marcos se baja sin saber dónde está.

La amistad entre Paula y Julieta es inmediata. Paula ya no necesita drogarse para ir al *call center*, gasta sus horas llamando a Julieta, que se encierra en su pieza al volver de la escuela y le cuenta su vida a una extraña.

Le habla de la cicatriz que tiene en la frente: al nacer se estaba ahorcando con el cordón umbilical. Tuvieron que sacarla de emergencia, a tirones, con tanta fuerza que el índice del doctor le dejó una huella entre las cejas. Solo es visible cuando está enferma o muy cansada. Le cuenta los problemas que tiene con Marcos, su distanciamiento, el insomnio, las pesadillas. Confiesa que a veces se duerme con miedo. De él, o de sí misma, no lo tiene claro. Como no han hecho el amor en semanas, se masturba leyendo el blog de su

expareja, el padre de su hijo muerto, un escritor chileno que escribe cuentos eróticos llenos de escenas de sexo en plazas públicas, en estacionamientos, en los baños de las discotecas de Santiago.

Paula le confiesa que olvida su edad: cuando le preguntan se equivoca en al menos dos años, como si su vida se hubiera fijado en un punto cercano a los diecisiete. El 28 de abril, celebran juntas el cumpleaños de Paula por teléfono, con una larga conversación y una botella de vino cada una. A Paula la entristece que ya nadie celebre como antes. No solo los cumpleaños, dice, sino también la Navidad, el Año Nuevo, todas las fechas importantes. Me duele el paso del tiempo, dice. Le cuenta a Julieta sobre su amante, David. Trabaja con ella en el *call center*. Al principio, salían a fumar en los breves descansos que les daban, a veces iban por unas cervezas después del turno, a veces chapaban, pero se demoraron meses en ir a la cama. Él es gringo, de California, y está casado. Cuando Paula lo conoció, David vivía con su esposa, que estaba embarazada, pero durante el último trimestre la mujer sufrió complicaciones y se mudó donde su madre, a Corrientes, para guardar reposo absoluto: Paula comenzó a pasar tanto tiempo en el departamento de David como para llegar a tener su propio cajón de ropa. En su adolescencia, él había sido un prodigio de las matemáticas, pero después de fallar las pruebas de ingreso a la universidad y de pasar una temporada trabajando arriba de varios barcos, acabó en Buenos Aires por error, sin papeles ni dinero. Tuvo que enseñar inglés a los marinos, viviendo con los vagabundos del puerto hasta que ahorró lo suficiente como para alquilar una pieza. David toca el saxo, canta y, a pesar de que es uno de los mejores vendedores del *call center*, no logra explicarse cómo mierda acabó trabajando en una cosa así.

A Marcos, el aroma del pasto recién cortado le recuerda al dolor: de niño, las peleas con sus hermanos terminaban en el suelo y después, cuando empezó a jugar rugby en el colegio, lo golpeaban tan fuerte y tan seguido por las mañanas que en su cabeza el pasto

mojado por el rocío es prácticamente sinónimo de tortura. En el Club de Campo ese olor está siempre presente. Se mezcla con el de la tierra húmeda, la bosta de los caballos, el aserrín y la paja de los establos. Marcos es el primero en llegar y a veces vuelve al club después de que cierra. Recorre los pasillos a oscuras, rodeado por las copas, las medallas y los premios del equipo de polo, y se deja seducir por un ánimo negro, una melancolía cuyo origen no sabe determinar. El pelo de ciertas mujeres o la lluvia que le moja los zapatos tienen el mismo efecto.

Un día sin colores. Marcos oye chillidos de niños, jugadores que gimen en las canchas de tenis, el ladrido lejano de un perro. Observa los cuerpos casi desnudos en la piscina y olvida quién es. Aprovecha una toalla abandonada por uno de los socios y se recuesta a mirar a los mozos que atienden en la terraza mientras hojea un diario que alguien dejó en el suelo. Sonny Graham estaba a punto de morir cuando recibió un trasplante de corazón; el donante, Harry Cottle, se había suicidado de un tiro en la cabeza. Después de la operación, Sonny se puso en contacto con la viuda para agradecerle. Se escribieron cartas durante meses, luego decidieron conocerse en persona. Dos años después, en 2001, Sonny dejó su trabajo como director del torneo de golf Heritage y le compró una casa en Florida a la señora Cottle y a sus cuatro hijos. Se casaron en una pequeña iglesia presbiteriana, en una ceremonia que incluyó solo a los familiares de Graham. A los doce años de haber recibido el trasplante, Sonny se suicidó de un escopetazo en la garganta. Sus amigos no habían detectado ninguna señal de depresión en él. No se quejaba de su matrimonio, no tenía problemas de salud ni de dinero. Marcos cierra el diario y huye a la tranquilidad de las caballerizas.

Una niña y su madre pasean por los establos. La niña levanta paja seca del suelo y se la ofrece a los caballos. Es demasiado pequeña para alcanzarlos. Su madre la toma en brazos. Cuando el caballo acerca la boca, la niña grita y deja caer la paja al suelo. La madre ríe, vuelve a levantarla y se repite la misma escena. Escondido en uno de los establos, Marcos toma un puñado de pasto mojado y lo frota contra su pene endurecido. Al eyacular, el semen se mezcla con

la hierba molida y forma una pasta verde y espesa como la borra del mate.

Le cuenta Julieta a Paula por teléfono: a los diecinueve años se matriculó en un curso de fotografía. Su padre le había comprado una cámara, y en clases recibió su primer encargo: un desnudo. Julieta no había visto a muchos hombres sin ropa. Sus hermanos eran pudorosos y su padre nunca compartió esas intimidades. Su primer novio y algunas imágenes en el cine eran el único acercamiento que había tenido al cuerpo masculino. Si cerraba los ojos y trataba de imaginar un pene, no veía absolutamente nada. Conocía sus partes, por supuesto, las había tocado, recorrido con la lengua y los labios. Se lo habían metido en la boca, en el hoyo del culo y en la vagina, pero por alguna razón no lograba visualizarlo. Cuando recibió el encargo, Argentina se preparaba para la visita de un fotógrafo norteamericano especializado en desnudos masivos. El día del evento, más de siete mil personas se presentaron en el Obelisco y procedieron a desnudarse, apilándose unas sobre otras en el pavimento helado. Julieta y una compañera de curso sacaron fotos desde un balcón, luego bajaron a la calle. Cuando el evento había terminado y todos se habían vestido, se les acercó un tipo. Les preguntó si les quedaba alguna foto. Un par, respondió Julieta. Preguntó si le podían hacer un retrato. ¿En bolas?, le dijo Julieta. Fueron a tomar un café.

Después del café, Julieta y su amiga subieron al departamento del hombre. Cuando llegaron, el desconocido se quitó la ropa de inmediato. El departamento –caro, con muros altos, molduras finas y pisos de madera– estaba en remodelación, lleno de cubos de pintura y herramientas de carpintería. Empezaron a hacer las fotos. Julieta sintió cómo se le mojaba la bombacha, pero no despegó el ojo del visor. Me queda la última, avisó. El tipo les pidió permiso para preparar la toma: cogió un banco de madera, puso el pene encima y lo rodeó con la cadena que llevaba alrededor del cuello; agarró un

martillo grueso, casi un combo, y apoyó la punta de un clavo de siete centímetros en la mitad del glande. Levantó el martillo. Así, dijo. Julieta disparó la foto. El hombre les dio las gracias, se vistió rápido y pidió que le enviaran las imágenes cuando estuvieran listas. Julieta presentó la última de las fotos en clase. El profesor la calificó con un diez.

Marcos sueña con un cuchillo. Es un viejo facón de su padre, lo llevaba cruzado en el cinto cuando salían a recorrer el campo. Marcos se lo pedía para jugar, lo limpiaba con un paño de cocina, le sacaba filo durante horas y hasta aprendió a clavarlo en la corteza de los árboles. Su padre prometió regalárselo cuando cumpliera doce, pero luego lo perdió durante una borrachera. En el sueño, Marcos ve detalles en la hoja del arma, dibujos que en la realidad nunca existieron. Al despertar, toma los crayones que Julieta trae del colegio y dibuja las formas que ve en el cuchillo. Siente que algo se oculta en ellas, aunque no puede reproducir las siluetas ondulantes que adoptan en sus sueños. Las dibuja con los ojos cerrados. El producto es un amasijo de líneas de colores, una serpiente que se devora a sí misma. Como si fuera uno de sus alumnos, Marcos firma el dibujo y se lo regala a Julieta.

Esa noche, ella sueña que mata a un desconocido. La policía llega hasta su casa. Julieta huye con la ayuda de Marcos. En el sueño, él es un niño, con cierto parecido a Pablo. Se detienen en un semáforo y él intenta darle un beso, le corre la bombacha a un costado, hunde los dedos pequeños entre sus piernas. Julieta despierta con el vómito subiéndole por la garganta. Se ducha rápido y se maquilla camino a la farmacia. Pide un café en un bar y se hace la prueba de embarazo en el baño. No puede dar siquiera un sorbo a su café mientras espera el resultado. Una línea vertical da positivo, negativo la horizontal.

Todos los años se celebra un concurso entre los trabajadores del *call center*: el que más ventas haya cerrado durante el año recibe dos pasajes a Costa Rica con todos los gastos cubiertos. David los gana e invita a Paula. A su esposa le dice que se reunirá con su hermano, que vendrá desde Estados Unidos. Ella no dice nada. Queda solo un mes para que nazca el bebé y está feliz en Corrientes, disfrutando la ayuda de su familia. El hotel en Costa Rica es de mal gusto, uno de esos resorts en que todo está incluido, pero Paula se siente en el paraíso. Apenas salen del cuarto durante el día. Por las noches cenan en alguno de los restaurantes del complejo, luego caminan por la playa, tomados de la mano. Por primera vez, David le cuenta a Paula sobre su vida antes de llegar a Argentina: su niñez a la rastra de su madre, mexicana y alcohólica, los avances que su padre hizo en el campo de las matemáticas puras. Paula lo escucha y se permite imaginar una vida juntos.

La segunda noche Paula se pone la ropa interior que compró especialmente para el viaje. Mira su silueta en el espejo del baño y se calza zapatos de taco alto. Mientras espera a que David vuelva del ciber, imagina el cuerpo desnudo de su amante, sus brazos gruesos, el pelo rizado de sus hombros. ¿Cómo puede estar con un hombre tan ajeno a sus gustos? La primera vez que lo vio, le pareció casi deforme, con esa cara de criminal, las manos cubiertas de callos y cicatrices y la gruesa cadena dorada que le cuelga del cuello. Ahora, cuando hacen el amor y él se le monta encima, siente el peso de esa cadena contra sus pechos; cuando él la chupa, se mete la cadena en la boca y la frota contra su clítoris hasta hacerla chillar. Paula siempre le pide que la masturbe: toma sus manos enormes y lo guía, enseñándole cómo tiene que recorrer su cuerpo, subiendo y bajando por sus piernas, haciéndole cosquillas en el borde de las axilas. Cuando está a punto de tener un orgasmo, lo obliga a meterle los cinco dedos adentro. Él no se controla; muchas veces la deja sangrando.

Paula escucha el ruido de la llave en la puerta, pero David no entra a la habitación. Al salir lo encuentra de rodillas en el piso, apoyado sobre las palmas, temblando a cuatro patas. Intenta levantarlo, pero David no reacciona. Se inclina a su lado, pero él

continúa inmóvil. Paula le grita, le golpea los hombros y la espalda, le rodea la cabeza con ambos brazos y suplica que le diga algo, cualquier cosa. Mi hijo, responde David finalmente, mi hijo está muerto. Se la quita de encima de un manotazo.

A la mañana siguiente Paula se despierta con el pelo mojado; la bolsa de hielo se ha derretido sobre la cama. En la mandíbula le ha empezado a crecer un gran moretón. David hizo sus maletas sin dirigirle una palabra, luego tomó un taxi al aeropuerto. A ella todavía le quedan dos días de estadía en el hotel, pagos, pero su pasaje de regreso está en la valija de David, rumbo a Buenos Aires. Se levanta de la cama y se pone el bikini.

Antes de que David se fuera, Paula los había inscrito en una clase gratuita de buceo. El instructor la espera a un costado de la piscina, junto a dos señoras y una pareja de hermanos. Reciben las lecciones preliminares, aprenden las señales para comunicarse bajo el agua y la forma correcta de ajustarse la mascarilla y el tanque sobre su espalda. Después de media hora de ensayos, entran a la piscina. Paula lucha por mantener el bikini ajustado, pero las correas del tanque y los pesos en la cintura le aprisionan el cuerpo. Se da cuenta de que los dos hermanos se ponen detrás para mirarle el culo. Las señoras no soportan el dolor de oído y esperan afuera de la piscina, tomando cócteles. Paula sigue las instrucciones al pie de la letra. Para su sorpresa, se siente completamente a gusto debajo del agua. Disfruta su peso ingrátido, el sonido de las burbujas, el aire que entra y sale de su garganta. Realiza los ejercicios que le dicta el instructor: recuperar su regulador sin aguantar la respiración, limpiar la condensación de la máscara, darle oxígeno a un compañero. Esto último lo tiene que hacer con uno de los hermanos. El chico le sonríe bajo el agua, hace muecas como si se estuviera ahogando. Paula no puede evitar la risa. Al terminar la clase, el instructor intenta venderle el curso completo, que incluye una sesión de práctica en el mar y tres salidas a los arrecifes, pero ella se despide y camina en dirección a la playa.

El sol está en el punto más alto del cielo. Paula no tiene bloqueador y seguro terminará con el cuerpo quemado. Su madre le había impuesto el hábito de embetunarse con crema, en la piscina,

en el mar, incluso cuando salía a jugar a la plaza. El resultado es una piel transparente, de muñeca. Paula camina hasta la arena. Uno de los mozos del hotel le ofrece algo para tomar. Ella lo mira sin entender. El mozo repite la oferta y Paula se larga a llorar. Tráeme un trago, cualquier cosa, le dice. El mozo parte rumbo al bar, pero Paula no espera a que regrese y se dirige hacia un costado de la playa, alejándose de las demás personas.

Cuando apenas logra distinguir el hotel se deja caer al suelo. Hunde la cara en la arena caliente. La puede sentir adentro de su nariz, presionando sus párpados, quemándole la piel de los labios. Se levanta, escupe, intenta sacarse la arena de los ojos, pero apenas puede abrirlas. Baja hasta la orilla con los párpados cerrados. No hay olas, es cosa de entrar caminando. Aprieta los puños y pone un pie en el mar, luego da un paso, otro, otro más, y cuando el agua supera su cintura está convencida de que lo mejor es no detenerse hasta llegar al fondo. Al echarse a nadar siente un ruido a sus espaldas: un cachorro negro viene hacia ella, gimiendo lastimosamente. Paula lo mira y se da la vuelta, se topa con el perro y le toma el cuerpo por debajo del estómago. Sale del agua con el animal en andas. Fuera del mar, el quiltro se sacude y se aleja de un salto, asustado. Paula lo llama, pero el perro no se mueve. Está famélico, se tira de espaldas al suelo, temblando de pies a cabeza, con la cola retraída entre las piernas. Paula se acerca, le acaricia el estómago, el lomo mugriento. No le importa tocar sus costras de sarna ni sentir las costillas que sobresalen del pellejo. Se sienta sobre la arena y el perro le apoya la cabeza en una pantorrilla. Paula le toma la patita delantera.

¿Quién es un buen chico? Vos, vos sos un buen chico.

Al final de la tarde, se vuelve a bañar y camina de regreso con el cuerpo mojado. El cachorro la acompaña hasta que alcanzan las primeras sillas del hotel, pero los mozos lo espantan. Paula pregunta si tienen comida que darle, pero cuando gira a buscarlo el perro ya se ha ido. Al pasar frente a la piscina, ve a los hermanos de la clase de buceo. Están borrachos, los ojos encendidos por el alcohol. No hay nadie más allí. Siente que le recorren el cuerpo con la mirada y

sus pezones se ponen duros bajo la tela del bikini. Les pide una toalla. Ellos le preguntan si quiere tomarse algo. Por qué no.

La despierta el ruido del teléfono. Julieta llora al otro lado de la línea. Por un momento, Paula no sabe dónde está. ¿De quién es esa habitación? ¿De quiénes son las ropas tiradas en el suelo? Ve que tiene moretones nuevos en el cuerpo, heridas en las rodillas y en las palmas de las manos.

Estoy embarazada, le dice Julieta.

David me dejó, le responde Paula.

Cuando Marcos regresa del trabajo, Julieta le dice que se vuelve a Argentina a vivir con Paula y que no quiere saber más de él. Marcos cierra los ojos y ve la serpiente enroscándose detrás de sus párpados; mira el brillo de las escamas sobre la hoja del cuchillo y siente sabor a pasto en la boca. Te quiero, le dice finalmente abriendo los ojos, pero Julieta ya se ha ido.

Marcos recorre el Pistacho. Recoge la ropa sucia, lava los platos, saca la basura. Le cuesta moverse. Tropieza contra los muebles como si fuese de noche o le hubiesen cortado la luz. Se sienta en el sofá de la sala de estar y enciende el televisor. En la pantalla, una mujer recién salida de la ducha se acuesta en la cama al lado de su hijo. El niño apunta a los objetos de la habitación con el pulgar levantado y el índice extendido, como si su mano fuera un revólver. Apunta al florero, escondido detrás de una almohada. ¡Pum!, grita. El florero explota en mil pedazos. Gira para despachar a dos enemigos agazapados detrás de la cama. Están por todos lados. Voltea la cabeza hacia su madre y le sonríe. Cierra el ojo derecho, levanta el brazo, echa atrás el percutor y apunta al medio de la cara de su mamá. Marcos se levanta y corre hacia la calle.

Toma el bus hacia el aeropuerto para buscar a Julieta, ensayando

de manera tan concentrada lo que podría decirle para tratar de recuperarla que al ver las rejas de hierro del Club de Campo piensa que se trata de una alucinación. Entra sin responder el saludo del portero y recorre el circuito de la cancha de golf hasta llegar a las caballerizas. El olor a pasto le llena las narices, lo siente al fondo de la garganta. Cuando tenía cinco años, su empleada era como una segunda madre para él. De noche escuchaban programas de terror en la radio AM, abrazados bajo las sábanas. Su cuerpo olía a perfume barato. A crema lechuga. A los seis, Marcos se azotó la cabeza contra una piedra mientras corría tratando de alcanzar a sus hermanos; todavía tiene la cicatriz al medio de la frente. Su color favorito había sido el verde, luego el morado, luego el negro. A los ocho, su padre le pegó con la correa del cinturón por tirarle piedras a una yegua preñada: fue la primera y única vez que lo golpeó. Marcos se metía en su lado de la cama cuando él se iba al trabajo, hundía el rostro en su almohada y olía el pijama caliente de su padre. Su primera novia era rubia: tenía los ojos verdes, grises o azules dependiendo de la ropa que se pusiera. Hasta los diecisiete años, Marcos se masturbaba sin tocarse con las manos, frotándose contra la alfombra de su pieza o contra el cubrecama, tanto que llegó a perder el pelo de los muslos. El día que conoció a Julieta, una lluvia torrencial caía sobre la ciudad. Dos semanas después nevó en la capital. Nunca había nevado en Buenos Aires.

Marcos ensilla un caballo y lo lleva hasta el borde del potrero.

El animal todavía está sudado por el entrenamiento de la tarde. Los músculos le tiritan bajo la montura como si se estuviera sacudiendo una mosca. Marcos sube un pie al estribo y su pulso se dispara. En un segundo está tan mojado como el animal, la camiseta pegada al pecho y a la espalda. Coge las riendas y el caballo se larga a correr. Marcos lo dirige con las piernas. Aprieta el cuerpo contra la grupa y siente los pies del animal lanzando champas húmedas por el aire. Una ola de pánico amenaza con botarlo al suelo; le seca la garganta, el aire no le llega a los pulmones. Intenta frenar el galope del caballo, pero sus manos no responden. El animal acelera, el hocico se le llena de baba y salpica la ropa de Marcos. Lo orienta hacia la cancha de golf. Se echa a correr entre los árboles y

arremete contra los jugadores, que huyen despavoridos. Marcos suelta las riendas y deja que el animal corra sin freno, engancha un pie en el estribo y se descuelga hacia un costado, el suelo a pocos centímetros de su cabeza. Extiende el brazo y recoge una pelota de golf con la mano estirada. La adrenalina le sacude el cuerpo, el corazón le estalla en el pecho. Galopa sobre el césped perfecto de la cancha, revuelve la arena de los obstáculos, recoge las banderas y las arroja contra los golfistas como si fueran lanzas, empujando al caballo hasta el límite del agotamiento.

Luego oscurece. Es una noche limpia y cálida. Sobre las risas de Marcos se puede oír el pulso de los regadores, el rugido del tráfico en la autopista, el paso de los reyes por la cima de las montañas.

DESEO

Buscar explicaciones para este tipo de cosas es una pérdida de tiempo. Dos autores primerizos escriben la misma historia. No se conocen. Uno vive en Chile, el otro en Argentina. Aunque las versiones tienen diferencias, narran básicamente lo mismo: la vida de Deseo, un travesti que acaba convertido en figura milagrosa.

Deseo Guadalupe Flores nació en el cuerpo de Juan Manuel Molina, en las afueras de Temuco, el 25 de abril de 1978. Prácticamente no existe información sobre sus padres ni registro de las circunstancias que moldearon su infancia, pero las actas del Tribunal de Letras permiten deducir que la Santa no asumió su nombre artístico hasta después de consagrarse como una de las reinas del circuito travesti de la capital. Juan Manuel llegó a Santiago como taxi boy y se hizo conocido por un espectáculo que unía la performance con el sadomasoquismo, el cual creó tras pasar una temporada en la selva de Ecuador. La enorme violencia sobre el escenario contrastaba con la suavidad de la música de acompañamiento, sonatas de Corelli y extractos de Ma mère l'Oye a cargo de un trío de violines. Antes de comenzar a bailar, Deseo se inyectaba una mezcla de drogas que había traído de la selva: mientras duraba el efecto, su piel se volvía casi negra, con vetas cobrizas, y sus ojos se llenaban de sangre.

El primer milagro de la Santa ocurrió en una población de las afueras de Santiago. Una niña de siete años despertó del coma en que había caído tras un accidente. Cuando recuperó la conciencia, la muchacha dijo que una mujer alta, rubia y de piel oscura, con la

cara cubierta por lágrimas de sangre, la había tomado en brazos y devuelto a la vida.

Así comienza la versión chilena de la historia de Deseo. Su autor, Sebastián Rodríguez, era periodista, y todo lo que escribía llevaba la marca de esa deformación profesional: el estilo era seco y directo; el tono, descriptivo y documental. Producto de su inseguridad, Sebastián solía sobre corregir los textos. El resultado eran narraciones trucas, muy cuidadas en lo estilístico, pero sin la capacidad de extenderse más allá de unas cuantas páginas ni de elevarse por encima de los hechos.

La vocación literaria de Sebastián estaba íntimamente ligada a su madre: después de una crisis psiquiátrica y dos intentos de suicidio, Alicia Soffia decidió abandonar a su marido y a sus dos hijos para huir a Brasil con el médico que la curó de la enfermedad que había comenzado a deformarle la piel luego de su segundo embarazo. Sebastián era el menor de la familia, solo tenía tres años cuando su madre se fue, y no conserva más que un recuerdo vívido de ella: la vio cambiar el agua de un florero vacío en el comedor, el día antes de partir. Sebastián guardó aquel florero, siempre vacío, y lo acarreó cada vez que el alcoholismo de su padre los obligaba a cambiarse de casa.

Buscando algo con que llenar el silencio que compartía con su hermano, encontró refugio en la enorme biblioteca de su madre, miles de volúmenes en español, alemán e inglés que ella había acumulado a lo largo de su vida y que terminaron por definir la de su hijo. Sebastián escribía a diario, pero casi nunca terminaba sus cuentos. Los desenlaces le producían tanta ansiedad que los abandonaba antes de que estuvieran listos. Por eso, de las dos versiones de la historia de Deseo, la suya es la más corta y también la menos lograda. En su relato –inconcluso– Deseo Guadalupe se dedica al sadomasoquismo como una forma de negar su naturaleza divina. Utiliza el dolor para no oír las voces que asedian su cabeza,

para borrar las visiones que la visitan durante la noche y espantar a los ángeles que le ungen el cuerpo con el veneno de la gracia.

Las palabras suaves engañan. Los hombres prefieren la tristeza al placer, el sufrimiento a la paz, el dolor al descanso. Celebran el asesinato, festejan la muerte. Así es la vanidad de los hombres. ¿Qué siento cuando bajo del escenario? Una borrachera, algo más que una borrachera. ¿Y quién soy cuando desdoblo mi pija, deshago el truco y me quito el maquillaje? ¿Un hombre disfrazado de mujer? ¿Una mujer disfrazada de hombre? Peor: una muñeca de trapo, con una corona de espinas, cubierta de escupos, de sangre, de semen.

Paolo me dice que lo dejemos todo, que nos arranquemos a la casa de sus primos en Gualeguaychú, que robemos el chino de la esquina y volvamos a Ecuador, pero él jamás podría entenderme. Porque no me queda ningún camino, ningún refugio posible. Las visiones ya no se limitan a mis sueños, aparecen incluso a la luz del día. Revolotean a mi alrededor cuando hago las compras, me sonríen en el espejo de la peluquería, me guiñan los ojos en la pantalla del televisor. No importa lo que haga ni cuánto me castigue. No importa que me arrastre sobre vidrio molido. Ellos esperan a que baje del escenario, a que Paolo se duerma a mi lado, y luego ríen, cantan y me muestran sus alitas, sus dedos rechonchos que alisan la tela de mi vestido enchastrado, que me trenzan el pelo con pétalos, que lavan mis cortes con agua bendita y me dejan la piel tan brillante como la de un recién nacido.

Marcel Gonnet, el autor de la versión argentina, era un hombre castrado por su intelecto. Devoto del pensamiento, más que la literatura, su pasión era la teoría. Cualquier tipo de abstracción inflamaba su espíritu, cuanto más formal y rígida, mejor. Un niño precoz con algunos rasgos de genio, nació en el conurbano de

Buenos Aires en una familia típicamente argentina, o sea, peronista y de clase media. Apenas pudo, militó en el marxismo y luego en el trotskismo, y a los catorce años ya era adepto de Lacan y Derrida. Las ideas para Gonnet eran como las drogas para un adicto: cuando descubría una nueva, su atención quedaba fija, reducida a un solo punto, con tanta intensidad que todo lo demás se le antojaba irreal. Pero ese impulso, que le daba tantas ventajas en el ámbito intelectual, arruinaba la calidad de sus relatos literarios. Marcel no podía dejar de lado sus teorías para que el destino, el azar o el carácter de sus personajes guiaran sus tramas, y a raíz de eso, la mayor parte de sus historias eran solo vehículos para que él se regodeara en el saber enciclopédico que había acumulado. Marcel era un animal académico, un pedagogo y un erudito nato, pero como escritor era tan pretencioso y pedante que sus textos –siempre encadenados a la lógica y a la razón– no tenían un asomo de alma ni de vida propia.

Dos años después de conseguir trabajo como profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, se enamoró de Valentina Orozco, una estudiante de doctorado en cuyos brazos creyó encontrar una verdad más firme que todas las que lo habían deslumbrado hasta entonces. A las dos semanas ya compartían el departamento de Gonnet en Caballito.

En un comienzo, Marcel trató de resistirse a lo que sentía por Valentina, pero pronto fue incapaz de escribir otra cosa que no fuesen poemas dedicados a su amante. No solo en casa o sentado en su oficina, sino incluso mientras iba caminando por la calle, arriba del bondi o en las pausas entre una clase y la siguiente. El pudor le impedía mostrarle sus composiciones, pero era imposible negar el hecho de que el espacio completo de su mente había sido colmado por la pasión amorosa, al punto que todos sus intereses anteriores –su sueño de publicar en la editorial Eudeba, sus estudios del Zohar, sus polémicas en contra de Foster– le parecían poco más que rodeos del camino que lo había llevado a Valentina y al destino extraordinario, aunque incierto, de un escritor romántico.

Poseído por la locura que caracteriza al amor nuevo, la publicación de su primer libro de poemas (y, por qué no, incluso su consagración

literaria) se le antojaba algo cercano, casi palpable, porque jamás había escrito con tanta facilidad ni se había sentido tan lúcido. Ni siquiera tenía que hacer un esfuerzo por pensar, las imágenes llegaban solas a su cabeza: no alcanzaba a concluir un poema cuando ya había empezado el siguiente. Después de años de titubeos, había superado sus dudas y abandonado el sentido crítico, rindiéndose ante la inspiración. Por las mañanas, despertaba con el cuerpo sensible y la mente en llamas, y aunque su ánimo era más errático que de costumbre, y su atención se diluía en fantasías eróticas y románticas, Marcel se sentía verdaderamente dueño de sí mismo y más seguro que nunca antes: no le daba mil vueltas a las cosas, sino que tomaba sus decisiones en el acto, con una fuerza de voluntad que le permitía resolver cualquier problema. En comparación, su psicología anterior le parecía absurdamente neurótica. ¿Qué había aprendido realmente de todos esos libros? Poco y nada. Su relación con Valentina, en cambio, le había enseñado que el centro del ser era oscuro y que la única forma que podía adoptar la literatura frente a las pulsiones irresistibles del inconsciente era el laberinto: una vez adentro, no quedaba más que entregarse al delirio.

Por seis meses Marcel fue un hombre feliz que no se cuestionaba su felicidad, un amante atento, fiel, generoso y tan agradecido que el precario equilibrio de su situación –el riesgo que conlleva entregarse de esa manera al amor– no se le hizo evidente hasta que Valentina lo traicionó. Un viernes por la tarde, al llegar a casa luego de escapar de un seminario de lingüística, Marcel halló a su novia en el sofá que habían comprado juntos, con la cara entre las piernas de su profesora guía, una mujer de sesenta y cinco años que le supervisaba la tesis de grado. La sorpresa de Marcel fue tan grande que no pudo reaccionar. Se retiró de la sala sin hacer ruido y se encerró en su habitación a leer un libro de Gilbert Ryle –*The Concept of Mind*– de tapa a tapa, cuatrocientas páginas que devoró como un alcohólico que acepta su inevitable recaída.

Durante los últimos días que pasaron juntos las cosas siguieron como antes, salvo que Marcel ya no podía escribir. Se sentaba frente a la computadora y se quedaba en blanco. Abría sus cuadernos y

revisaba los apuntes, pero sus poemas le daban tanta vergüenza que la idea de que alguien pudiera leerlos lo hacía pensar en el suicidio. Trató de concentrarse en su trabajo, de terminar los contenidos para un nuevo curso, pero su cabeza se llenó de un zumbido sordo, molesto y continuo, parecido al de un secador de pelo. Si llegaba a empezar un párrafo, se detenía súbitamente en medio de una frase o incluso a mitad de una palabra, como si hubiese sufrido un aneurisma y su cerebro no supiera procesar el lenguaje. Después de inventar excusas durante semanas para justificar los cambios en su humor, Marcel empacó su ropa en dos maletas, metió sus manuscritos en cajas y se mudó de vuelta a la casa de su madre, sin despedirse de Valentina. Cuando ella apareció por allí tres semanas después para exigirle explicaciones, se encontró con un hombre distinto: había engordado siete kilos y la piel debajo de su barba estaba llena de granos y espinillas. En la comisura de su boca colgaba un porro encendido. Valentina sabía que Marcel odiaba la marihuana (según él, no lo dejaba pensar) y eso –que estuviera drogado– fue la única explicación que supo dar a la mirada vacía con que él la observó antes de cerrarle la puerta en la cara.

El culto a la Santa de los Travestis comenzó en los barrios del centro de Santiago. Decenas de estenciles con la silueta inconfundible de Deseo aparecieron en la calle Fray Camilo Henríquez. Poco después alguien construyó una pequeña animita alrededor de una pintura de la Santa, retratada con su larga cabellera rubia y un enorme falo erecto que levantaba la tela de su túnica azulina. Era la reproducción de una escena de la única película que protagonizó junto a su pareja artística, Paolo Groppo, pocos años antes de la muerte de ambos. Mexicano, bailarín, homosexual, adicto y seropositivo, Groppo (cuyo nombre real era Rodrigo Pelcastre) trabajaba como actor porno, y acompañó las performances de Deseo desde sus comienzos en clubes de cuarta

categoría sin escenarios dignos en los que montar los instrumentos con que la martirizaba.

Dentro del rubro en que ejercía su profesión, el miembro viril de Paolo no destacaba por el ancho ni por el largo. Lo mismo no podía decirse del resto de su cuerpo: era un ser de belleza excepcional, alto, moreno y musculoso, contrapeso perfecto para el diáfano atractivo de su pareja. Groppo sobrevivió a la violencia extrema del acto de Deseo solo para caer preso del acoso popular y mediático que despertaron los milagros de la Santa. Física y emocionalmente desgastado por años de pobreza, drogadicción y sadomasoquismo, se quitó la vida con una sobredosis de alprazolam y difenhidramina, luego de hacer todo lo posible por disminuir el fanatismo de los seguidores de su amante, quienes habían comenzado a replicar algunos de los aspectos más simples de su performance en reuniones que acabaron por llamar la atención de los medios, que pronto tildaron el culto a la Santa como una «práctica satánica».

Producto del abandono de su madre, Sebastián nunca pudo tener una relación sana con las mujeres. El gran amor de su vida fue su hermanastra, Rocío Valdés, hija de la pareja de su padre. Rocío tenía dieciséis años cuando se mudó a un hogar de tres hombres que no sabían nada del mundo femenino. Los tres adolescentes se vieron forzados a compartir una habitación. Durante meses ni siquiera se saludaron. Sebastián solo se dio cuenta de que estaba perdidamente enamorado de ella cuando una noche despertó luego de tener un sueño erótico y la vio observándolo desde su cama con una mano metida entre las piernas. El romance fue totalmente secreto. Aunque no compartían sangre, la prohibición del incesto pesaba sobre ellos: en las comidas familiares se ignoraban por completo, manteniendo un estricto trato filial, pero luego pasaban las noches haciendo el amor en los rincones más oscuros de la casa. Su relación acabó ocho meses después, cuando fracasó la de sus padres. Rocío se mudó a Holanda, arrastrada por su mamá. Sebastián no pudo siquiera darle

un beso de despedida. Con el paso del tiempo se enamoró de otras mujeres, pero nunca con la intensidad con que quiso a su hermanastra, la indudable protagonista de sus fantasías sexuales.

Toda vida, todo tipo de vida, requiere de un grado constante de violencia para permanecer en este mundo. Una pérdida de luz como un golpe de corriente, el roce de un zapato de taco alto sobre el cemento. No sabes cuánto duele una herida imaginaria ni cómo se siente una cama de gusanos. Yo pasé por todas esas cosas. Nací hombre, ahora soy una virgen santa. Daría cualquier cosa por volver a la selva, o a la casa de los primos de Paolo. Era julio en Buenos Aires, hacía un frío de mierda; eso es lo último que recuerdo antes de perder el amor y ganar el cielo. Porque yo conozco la felicidad, claro que la conozco. Cuando nos emborrachábamos, Paolo me preguntaba si yo era feliz, y yo le respondía inmediatamente que sí, que siempre estaba cerca de la felicidad. Pero Argentina avanza hacia atrás en el tiempo y yo sé mantener un secreto.

Marcel pasó los meses siguientes a su quiebre con Valentina tirado frente al televisor. Su mente omnívora analizaba las intrigas de las teleseries y la demencia cotidiana de los noticieros con la misma intensidad con que había estudiado a los grandes filósofos. Solo pensar en leer o escribir le causaba una sensación de angustia tan intensa que tuvo que combatirla con drogas. Una tras otra, probó todas las sustancias de las que se había mantenido alejado hasta entonces. Conoció la cocaína, el LSD, los hongos y la *Salvia divinorum*; probó la keta, el paco, las anfetaminas, el M y el X, pero nada logró disminuir el dolor que le causaba el recuerdo de su amante ni la humillación de haberla visto coger con otra. Acabó pidiendo una licencia médica para faltar al trabajo. En medio de la desesperación, su primo lo introdujo al opio.

No era fácil conseguirlo en Buenos Aires. El suministro lo acaparaba un pequeño grupo de la clase alta, gente ligada al arte, la música y la bohemia porteña. La primera pipa lo sumió en un estado de éxtasis que se alargó por casi ocho horas. Durante el viaje, Marcel se vio a sí mismo convertido en las mujeres de su vida. Primero sintió sus brazos reemplazados por los miembros de su madre, los pechos, ya casi vacíos de vida, colgando bajo su vestido floreado; percibió el olor del shampoo que ella usaba desde siempre, el roce de las medias contra sus ingles, la blandura de los gnocchi girando en la punta de sus dedos, el sabor a vainilla del tabaco de pipa que fumaba su padre en la lengua, en los labios, en el pelo. Lentamente, ese cuerpo se convirtió en el de su hermana. Jamás había podido entenderse con ella. La consideraba una pelotuda, frívola y materialista. Le asombró sentir en carne propia el acoso de las miradas que atraía la curva de sus caderas y comenzó a explorar esa silueta tan ajena. Se abrió los botones de la blusa y miró las estrías de las tetas, los pezones rosados, las marcas que le dejaba el corpiño en la piel. Temblando, bajó la mano hasta la bombacha y tocó los labios de su vagina, maravillado por el súbito crecimiento de su clítoris. Cuando estaba a punto de alcanzar el orgasmo, con la nariz llena del olor de un sexo que no era el suyo, abrió los ojos y se vio a sí mismo como si estuviera reflejado en un espejo de mil caras, convertido en Valentina. Su primo lo encontró un par de horas después, roncando sobre el sofá, con la barba cubierta de vómito y una media sonrisa iluminándole la cara. Al despertar tenía la historia completa de Deseo en la cabeza. Pasó la semana siguiente escribiendo día y noche, sin salir de su habitación, completamente hechizado por la voz hermafrodita de su protagonista.

La prensa amarilla de Santiago se llenó de historias sobre los supuestos milagros de Deseo. El diario La Cuarta contrató a uno de los escritores más respetados de la contracultura chilena para que hiciera una serie de reportajes, luego de que tres homosexuales

infectados con VIH atribuyeran su recuperación a la Santa de los Travestis. Cuando él los entrevistó, dijeron que todo se debía a una manda que habían realizado a Deseo: cada mañana, al amanecer, dos de los hombres ataban de pies y manos al tercero, y luego lo cubrían con una sustancia resinosa que no dejaba que su piel respirase con normalidad; el hombre permanecía de esa manera durante una hora, con una bolsa de plástico en la cabeza que le causaba un sofocamiento casi total. Durante dos meses se sometieron por turnos a ese tratamiento. Al tercero, no presentaban ningún rastro del virus en la sangre.

Luego de salir de la universidad, Sebastián encontró trabajo como periodista en el suplemento de viajes del diario *El Mercurio*. Para el último reportaje que hizo antes de que lo echaran, pasó una semana en la selva de Iquitos, donde conoció a Mateo Granados Balín, corresponsal extranjero de *El País* y transformista, quien lo acompañó durante cuatro días mientras Sebastián reportaba sobre el turismo sexual en Perú y quien le serviría, poco después, como modelo para Deseo.

Sebastián nunca había sentido atracción por un hombre hasta que vio al *alter ego* de Granados –Rosa di Mateo– al año siguiente, en un bar de Chueca, el barrio gay de Madrid. Fue al show invitado por Mateo y se enamoró al instante de aquella mujer de un metro ochenta de estatura (más nueve centímetros de taco aguja) que serpenteaba alrededor del pie de un micrófono, sin saber que se trataba de su amigo. Solo cuando Rosa se bajó del escenario y fue directo a abrazarlo, supo que aquella odalisca era su antiguo compañero de viaje. Sebastián le invitó los tragos, Mateo le preguntó si quería un tirito de cocaína y Rosa se la chupó en el baño.

No le confesó la experiencia a nadie. De vuelta en Chile, abandonó su trabajo como periodista y comenzó a escribir guiones para la televisión, pero el cambio de rutina no le trajo ningún consuelo. Vivía

preso de una fiebre extraña. Solo pensar en hombres cogiendo le revolvía el estómago, y la idea de volver a tener un orgasmo le generaba náuseas. Comenzó a sufrir pesadillas con Rosa; aparecía envuelta en una túnica azul como la de la Virgen María, pero el bulto de su pene enorme se insinuaba tras los pliegues de la tela. En una noche de insomnio, a punto de enloquecer, Sebastián escribió el comienzo de la historia de Deseo. Al despertar a la mañana siguiente, su angustia sexual había desaparecido.

La primera escena que se le vino a la cabeza fue la muerte de la Santa: en su versión, Deseo era apuñalada por un fundamentalista católico al final del espectáculo más violento y ambicioso que había creado junto a Groppo, que culminaba con ella colgando cabeza abajo en una cruz invertida de varios metros de alto. En la versión argentina, en cambio, Deseo se suicida chocando su auto contra la intersección de Roosevelt y Cabildo. En el lugar del accidente, sus devotos comienzan a colgar pequeñas cintas de colores en memoria de la Santa, hasta cubrir todos los árboles de la avenida.

Y ahora las lágrimas. Tengo una muchacha muerta adentro, una familia completa de fantasmas, pedazos de gente, brazos y piernas, narices y lenguas, ojos que lloran a pesar de los milagros, de los tullidos que andan y de los ciegos que ven. ¿Por qué no hay fin a este dolor? ¿Acaso no existe el perdón? Estoy poseída. La culpa no es mía. Yo soy una actriz. Soy perfectamente encantadora. Voy a dormir toda la noche. Ya no tengo piel. Ni sangre ni huesos. Ya no soy hombre ni mujer. Yo, Deseo Guadalupe Flores, Santa de las Travestis, tengo noventa y cinco años, pero soy inmortal. Estoy vieja, fea, muerta y enterrada. Déjenme dormir. Déjenme vivir en paz. Yo no maté a nadie. El tiempo es el asesino.

Para olvidar a Valentina y celebrar su cumpleaños número treinta y

dos, Marcel pasó una semana en Santiago, en la casa de un amigo, cerca del barrio Bellavista. Durante su primera noche en la ciudad, salió a la calle y se metió en el primer bar que pilló abierto. Tomó un par de cervezas con una sensación de creciente paranoia. ¿Sabían estos chilenos cuánto los despreciaba? Y esas mujeres, a las que no podía dejar de mirar, ¿intuían su soledad y su deseo? No era un buen bar donde tomar solo. Demasiada luz, demasiadas parejas. Marcel salió a la calle y trató de buscar un local más acogedor, donde hubiese gente bebiendo sola, y en la esquina de Pío Nono y Antonia López de Bello creyó encontrarlo, pero no había siquiera terminado una cerveza cuando una tipa se le acercó y le preguntó si quería ganarse unos pesos.

Le explicó que ella era productora, que estaban filmando una serie para la televisión y que él les venía perfecto como extra. Tu cara funciona, le dijo la chica, la barba, tu polera..., se supone que estamos en los ochenta. Marcel no quiso, no le interesaba en lo absoluto, pero ella insistió: era solo media hora, le dijo, le pagaban cuarenta lucas –como cuarenta y cinco pesos argentinos–, pero no tenía que hacer nada, en serio, realmente nada-nada, solo seguir tomando.

Desde su posición de extra era poco lo que Marcel podía entender de la trama. Había un hombre, una mujer, conversaban sentados en una mesa, ella lloraba, él se reía, sacaba un pañuelo, le limpiaba las lágrimas, luego ambos se ponían a bailar. A veces hablaba él, a veces ella, pero sus voces no lo alcanzaban. Cuando se aburrió de mirar, levantó el brazo para llamar al mozo. Entonces ocurrieron dos cosas extrañas. La primera fue que un joven de su edad se acercó a la mesa y ocupó la silla frente a la suya, como si fuesen viejos amigos. La segunda fue la aparición de un travesti altísimo, de pelo rubio platinado, que entró al bar bailando como una serpiente, acompañado por un trío de violines.

Deseo solo encontraba alivio arriba del escenario, con la piel

abierta a los ojos del público. Noche tras noche, se sometía al suplicio como un remedio, un descanso frente a la mirada penetrante de los ángeles, que la seguían hasta en sueños. Se tiraba de cabeza, sin frenar su caída, apoyaba las manos en vidrio molido y soportaba los latigazos de Paolo, quien le abría heridas frescas sobre las cicatrices de la espalda. Pero mientras más torturaba su cuerpo, mientras más hondo se hundía en el pecado y la mugre, más aumentaban los milagros que ocurrían en su presencia.

No hay sonido directo en esta escena, le dijo el extraño, la música es para los actores, pero es mejor para el realismo si hablamos, aunque me parece que estamos justo fuera de la toma. ¿Viste qué linda se ve la Alex? Nos costó un mundo encontrar ese vestido, tuvimos que hablar con la vicaría, tiene como ciento veinte años, pura seda, un tesoro de la Iglesia. Yo quería darle un rol más importante, pero apenas la aceptaron. De hecho, hoy filmamos la escena de su muerte. Fue un accidente de tránsito, una bicicleta contra un camión de basura. Horrible. La Alex hizo escándalo, dijo que se veía como una perra atropellada. Estaba histérica, pero quedó la raja. Yo encontré que incluso muerta se veía elegante. Tan alta y estirada, como una pintura del Greco. Tal vez tengamos problemas con el canal. Todavía no entiendo cómo agarraron la serie. Un milagro, o un error. Típico que la cortan a la mitad o sacan a la Alex de la trama, o sencillamente nunca la ponen al aire. Pero así es esta pega. Yo trabajo con los guionistas. Me llamo Sebastián. ¿Tú?

Marcel.

Hablaron hasta que cerró el bar. Una vez que el equipo de filmación se fue, la productora le pagó a Marcel y Sebastián le compró otra cerveza. Conversaron de cine, de arte, de literatura. Tenían vidas distintas, pero gustos muy parecidos, y aunque ambos compartían la obsesión de ser escritores, Marcel odió al chileno casi de inmediato. Su cinismo cheto, su físico cuidado, la manera en que

se vestía, la arrogancia con que expresaba sus opiniones: el tipo era un chanta, el clásico gil que se puede encontrar en cualquier taller de literatura, uno de esos que se creen genios sin haber hecho nada. Quiso preguntarle si aún recibía dinero de sus padres, pero no valía la pena, porque le estaba pagando las cervezas. Sebastián habló de sus proyectos literarios y Marcel pensó que alguien así, tan ególatra y superficial, era incapaz de escribir algo que valiera la pena. El chabón era demasiado lindo, demasiado extrovertido, demasiado flaco. Un burguesito de mierda. Un niño bien que jamás se había ensuciado las manos. En el fondo, un ganador que se hacía pasar por perdedor.

Sebastián, en cambio, se había enamorado.

Desde que vio al argentino en el bar sintió una obligación de hablarle, como si entre los dos existiera una correspondencia secreta, pero no logró decir nada que no le pareciera estúpido. Trató de evitar por todos los medios que la conversación terminara, con temor de que se encendieran las luces y se separaran para siempre. El problema era que no sabía cómo seducir a un hombre. Nunca lo había intentado. Lo único que se le ocurrió fue el antagonismo total. Un comentario pelotudo tras otro para generar una pelea sin fin: toda la poesía argentina era una mierda (al menos al lado de la chilena); Borges había sido un maricón sin remedio, y del peor tipo, o sea, closeteado; Evita, puta, incluso después de muerta, y Perón, un ladrón. ¿Maradona? Faloperio, mitómano y cagón. Aunque burda, la estrategia tuvo efecto: se enfrascaron en una riña intelectual donde el chileno apenas pudo defenderse gracias al volumen de su voz y la velocidad con que era capaz de decir nuevas idioteces. Tomaron cinco cervezas cada uno, y cuando el mozo vino a advertirles que el local estaba cerrando, Sebastián le dijo a Marcel que se fueran a fumar un pito a la calle.

Ya no le tengo miedo a la oscuridad. Veo a la Señora día y noche, incluso con los ojos cerrados. La miro y me sonríe, todos sus ángeles

me llaman y baten las alas como gorriones, como enormes mariposas mutantes. Paolo se disparó contra el pecho. Se rebanó la piel del cuerpo para olvidarme. Yo ya no soy de este mundo, pero todavía lo recuerdo: cuando era niño, escuchaba al diablo caminando detrás mío y me echaba a correr por los pasillos de la casa. Terminé con la espalda torcida, me caí por las escaleras. Ahora extraño su compañía. Los pasos del demonio junto a los míos. Extraño las carreras por la ciudad, las marcas de las uñas de Paolo en mi espalda, en mis enormes tetas que revientan de silicona. Porque aquí con la Señora es distinto. No se puede correr ni escapar. Te mira de frente, te mira y sonríe: la Reina no deja nunca de sonreír. Así no vale la pena arrepentirse. No hay siquiera que pedir perdón. Además, se hace tarde y mis fieles me esperan. Allá afuera puedo oír cómo se agolpan contra el escenario. Cómo suena el latido de sus corazones, retumbando contra las paredes de este cajón. De este ataúd en que me enterraron. No importa, la misma sangre corre por sus venas y las mías. Sus labios suplican y repiten mi nombre, sin parar, una y otra vez, una y otra vez.

Deseo, Deseo, Deseo.

Caminaron discutiendo a gritos, dominados por la euforia de la yerba. Era pleno invierno y las calles de Santiago se habían vaciado. Marcel quiso saber qué tipo de cosas escribía el chileno. ¿La teleserie esa la había hecho él? Sebastián mintió: como una forma de lograr que subieran, le dijo que tenía el guion en su departamento. Pasaron a comprar una botella de whisky. Marcel se quería ir de putas, pero el chileno le dijo que era mejor buscarlas por internet, porque eran muchísimo más caras que en Argentina. ¿Cuánto más caras?, preguntó Marcel, antes de emprender un discurso sobre la inferioridad de Chile, ese reducto fascista de Latinoamérica. ¿Te fijaste que aquí los edificios no tienen planta baja? ¡Empiezan en el piso uno! Ustedes no pueden ser tan cagones. Le tienen miedo al cero y al infinito. Sebastián no le respondió. Se sentía fuera de la

realidad. Perdido en una de sus historias. ¿Qué tenía el argentino que lo hacía retorcerse de esa manera? No se parecía en nada a su única pareja homosexual. Rosa/Mateo era una mujer. Incluso mejor que una mujer. Pero Marcel era gordo, peludo y su cuerpo apestaba. No tiene sentido, se dijo. Estoy perdiendo la cabeza. Entraron tambaleando a su departamento.

El chileno casi no tenía muebles, solo un par de cojines donde sentarse, y ninguna decoración en las paredes salvo por los libreros que preservaban la biblioteca de su madre y los cientos de volúmenes que él había sumado a la colección. Marcel se fue allí de cabeza. Mientras Sebastián raspaba un poco de hielo del refrigerador, volvieron a hablar de literatura, compitiendo por ver quién había leído más (Marcel), quién conocía mejor la biografía de sus autores favoritos (Sebastián), quién se sabía la mejor anécdota de Gombrowicz o cuál de los dos podía explicar por qué *Trilce* era el mejor libro de poemas de América, y quizás del mundo entero. Una vez que hallaron terreno común no hubo cómo detenerlos: Philip K. Dick era una antena que recibía ondas de estática que contenían la forma del futuro; Pessoa, una reencarnación grupal, como los hombres que viajaban dentro de John Malkovich en la película de Kaufman; la mejor poesía del siglo XX estaba en prosa (lo había dicho Bolaño y lo repitió el chileno), pero la mejor prosa se hacía – según Marcel– en el cine. Hablaron de dramaturgos ciegos, de poetas borrachos y de autoras suicidas. ¿Había algún escritor asesino? Burroughs le pegó un tiro en la cabeza a su esposa jugando a Guillermo Tell, pero eso fue más un accidente que un asesinato, dijo Sebastián. Verlaine le disparó a Rimbaud, su amante, y Genet estuvo involucrado en varios robos, pero en general los escritores y las escritoras se mataban a sí mismos. Brindaron por ellos, por los libros que no publicarían, por los cuentos que nunca iban a terminar y por todo lo que habrían de leer. Brindaron por la inmortalidad, por el fracaso y por el olvido, y cuando apenas podían estar de pie, Marcel quiso que el chileno le mostrara un cuento. Sebastián le pasó el texto de Deseo, le advirtió que no estaba terminado y luego se encerró en el baño a vomitar.

El argentino empezó por la última página, y quizás por eso se

demoró en descubrir que se trataba de la misma historia que él había escrito. No lo pudo creer. Tenía que haber alguna explicación. ¿Acaso era una broma de sus amigos? ¿Un truco para sacarlo de su bloqueo creativo? En su borrachera, imaginó una oscura venganza de Valentina. Una forma de hacerle pagar su abandono. Sebastián sería amigo de ella o conocido de esa vieja de mierda con la que lo había cagado. ¿Alguien con acceso a su computadora? ¿Un chorro? ¿Un hacker? Como el chileno no volvía nunca, empezó el texto desde el principio, para confirmar que era la misma trama. ¿Qué podía significar esa coincidencia? Todas las explicaciones le parecían imposibles. Algunas incluso amenazaban su sentido de la realidad. De golpe, Marcel se sintió sobrio, como si no hubiese bebido una gota, porque una idea peligrosa comenzó a tomar forma en su cabeza: tal vez eran las primeras manifestaciones de una diosa nueva, una hermafrodita que pariría la religión del futuro. Y ellos serían sus profetas, dos bautistas que preparaban el camino, anunciando un evangelio de dolor y de violencia. Marcel trató de dar un paso, pero cayó de rodillas. Alzó la mirada y vio los árboles llenos de colores, miles de tiritas que revoloteaban al viento.

Al regresar del baño, Sebastián encontró al argentino llorando. Marcel lo tomó de los hombros, le dijo que había pasado algo increíble, algo que les cambiaría la vida a los dos. El chileno pensó que el corazón le iba a explotar. Sin dejarle tiempo para rechazarlo, se tiró sobre el argentino a darle un beso. Alcanzó a rozar los pelos de su barba antes de recibir el primer golpe. Subió las manos para defenderse, pero Marcel le rompió la botella de whisky en la cabeza. Sebastián cayó al suelo y sintió los bototos del argentino rompiéndole los dientes, quebrando sus costillas, enterrándole pedazos de vidrio roto en la cara. Luego oyó un portazo y todo se detuvo.

Cuando se atrevió a abrir los ojos estaba solo. Una luz cada vez más brillante iluminaba las paredes de su departamento. Escuchó a los pájaros despertando en los árboles, el aullido de las sirenas, el murmullo del tráfico, el batir de dos alas gigantescas. Antes de perder la conciencia, percibió cómo decenas de manos limpiaban sus heridas y lo envolvían en una tela azulada. Vio su propia piel

resplandeciendo como una olla de cobre, su largo pelo rubio hasta la cintura manchado con sangre, sus caderas anchas, sus pechos enormes y su pene tieso alzando los pliegues de su vestido, vibrando con el canto de los ángeles.

ALFREDO EN CAMA

El infinito es la realidad de las cosas menos el límite.

PIERRE JANET

Esto va a terminar muy mal.

Anoche me despertaron los temblores. Hasta la cama se sacudía. Si siguen así no van a quedar más que ruinas en este país. Todos los edificios convertidos en escombros, como los anfiteatros del Imperio romano o las columnas derrumbadas del Partenón. Qué tanto, si nunca vamos a superar a los griegos. Yo lo sé, los he estudiado a fondo, los conozco bien. Me dicen que trate de no pensar en ellos porque me hacen mal. ¿Pero cómo me van a hacer mal si ellos están muertos y yo estoy vivo? Yo ya no creo en fantasmas. Mi padre, por ejemplo, se aparece en esta pieza de vez en cuando y trata de conversar conmigo. Después de un rato se va. ¿Adónde? No lo sé, no tengo la menor idea. Hace mucho que no se puede confiar en él.

Tengo frío, me tengo que cortar las uñas, tengo que levantarme de la cama y tengo que ensayar, pero no logro encontrar el saxo. Meses sin verlo. Meses o días, es uno de esos dos, porque si fueran años me daría cuenta. Incluso yo, que ya no sé distinguir bien las cosas, sabría si fueran años. Tan loco no estoy. Ahora, al menos. Tal vez cuando era niño, pero ahí no es lo mismo, porque todos los niños están medios locos. De chico, aquí, en este mismo cerro, jugábamos a amarrarnos patines a los pies y a tirarnos calle abajo. Eso sí que era una locura, no había cómo frenar, o llegabas abajo o te desconchabas en el camino. Un adulto jamás haría una cosa así, jamás se expondría de esa manera, pero los niños son diferentes,

pura capacidad de regeneración, como las lagartijas o las estrellas de mar. Yo me acuerdo cuando la costa chilena todavía estaba viva, una cosa alucinante, no podías caminar por las pulgas enterradas bajo la arena. Sacábamos almejas y choritos directo de la orilla. La espuma era tan blanca y espesa que parecía semen. A mí me daba un poco de asco, tanto bicho dando vuelta. Si no era de la mano de mi padre no me metía. Salíamos a caminar por la playa a ver quién encontraba el caracol o el pote más grande. Los potos son un tipo de anémona que crece en las costas. *Phymactis papillosa* o *Anthothoe chilensis*, depende del pote. En esa época, en la década de los cincuenta, estaban en todas partes, pegados a las rocas como chicles gigantes, amarillos, rojos y verdes, había de todos los colores. Si uno les metía un dedo al medio, hacían un ruido parecido a un peo, de ahí el nombre. Porque pote en chileno significa culo, o raja, pero nunca cola, como aprendí a decirle en Argentina, donde toqué con todas las bandas de Buenos Aires. En Chile, cola les dicen a los maricones. Maricón en francés es *pédé*. O *tapette*. O *tante*. Y culo es *cul*. A mí el francés se me ha olvidado casi por completo, como si no hubiera pasado años en París, pero cuando lo hablaba me sentía un tipo cosmopolita, en vez de un pobre huevón nacido en el puerto. *Le chilien du saxophone*, me decían en Francia, pendejos de veinte que se acercaban después de las tocatas, puros rucios aplaudiendo al flaquito del saxofón, ese que tiene cara de indio, de mapuche, el que toca con los ojos cerrados, de rodillas, como si estuviera rezando. Allá me ofrecieron un contrato discográfico, aunque no atiné, apenas me di cuenta, porque las cosas ya habían comenzado a fallar. No tanto yo, sino lo que me rodeaba. El escenario, por decirlo de alguna forma, el ambiente, empezó a perder nitidez. Como si me hubiera bajado la ceguera de mi vieja o me hubieran cambiado los ojos por la nariz. Eso sí que habría sido una tragedia. Porque yo tengo oído absoluto, puedo distinguir cualquier nota, cualquier tono, cualquier escala, con solo escucharla una vez, pero mi nariz vale callampa. No huelo ni la mierda de los perros. Aunque hoy eso puede ser una ventaja. Porque con este clima no hay posibilidad de bañarse, menos con el agua gélida que sale del baño. Yo así no me baño. Ni cagando.

Un contrato me habría cambiado la vida. Cinco discos me ofrecieron. Nada de cosas. Pero mis amigos dicen que lo único que hice fue pedir que me compraran un trago y que después me puse a hablar de los griegos, de las vírgenes vestales y de la muerte de mi viejo. Murió cabalgando. Literalmente. No quiero decir que muriera como un héroe, sino arriba de un caballo, porque era jinete, jockey profesional. Eso es lo que más recuerdo de él, su olor a caballo. Y lo chico. Yo mucho más alto no soy, pero incluso de niño me daba cuenta de que mi viejo era pequeñísimo. Y además frágil. Según mi madre, murió durante una carrera, cuando yo tenía solo ocho años, por problemas de diabetes. Ahora sé que eso es mentira. Se mató. Como los japoneses. Lo sé porque entra a esta pieza al menos una vez al mes y se sienta en una esquina, con el cuchillo clavado hasta el mango pero con una sonrisa en la cara, como si le estuvieran contando el mejor chiste. Le pregunto qué es tan divertido, para que nos riamos juntos por lo menos, pero ahí se pone a llorar. O se pone a gemir, que es mucho peor. Eso sí me da pena, verlo así. Lindo mi viejo. Yo lo quiero todavía, pero cuando llora le pido que se vaya, y si al rato no desaparece sencillamente me tapo la cabeza o le doy la espalda. Entonces trato de imaginarlo arriba del caballo, corriendo en el hipódromo de Viña del Mar, con ese traje blanco a líneas rojas que después de su muerte me puse más de una vez, a escondidas, parado frente al espejo, con mi caballito de palo entre las piernas, a una nariz del puntero, como mi padre, el Flaco Espinoza, un jinete explosivo, de esos que te dan vuelta una carrera en los últimos cincuenta metros.

Cuando se murió mi viejo, mi madre se volvió a casar con un marino, un telegrafista que trabajaba en la Escuela de Telecomunicaciones. También era pequeño. Parece que así le gustaban a ella, chicos y flacos. Como yo también era así, la gente pensaba que mi padrastro era mi padre verdadero, cosa que no me molestaba. Tenía un revólver, un 38. Una vez lo asaltaron y después de eso se lo dieron en el trabajo. De mi padrastro saqué el oído. Aunque no sé si se pueden heredar cosas de alguien que no es de tu sangre. Nos quedábamos toda la noche despiertos, descifrando mensajes que escribían sus compañeros en código, con una radio

que habíamos montado en una esquina de mi pieza, una Westinghouse del tamaño de un refrigerador. Después, cuando nos fuimos a Buenos Aires, yo usaba los mismos códigos con mis amigos de la banda para hacernos señas en el escenario. Dejaba prendida la radio toda la noche, no me podía dormir sin ese ruido de fondo, esos clics raros que parecen un idioma de insectos. Ahí me di cuenta de que tenía el oído diferente; me gustaba escuchar la estática. Ruido blanco. Esconde una tremenda cantidad de información. El otro día oí a un físico decir que parte de esa estática proviene del origen del universo. Una radiación que dejó atrás el Big Bang. Si sintonizas un canal vacío, de esos que solo muestran puntitos (hormiguitas, les decimos aquí), una parte de esas hormigas, de esos puntos blancos o negros que llenan la pantalla, también son de ahí. Restos de una explosión de hace 13.700 millones de años. ¿Cómo no va a ser lindo eso? Esa cantidad de tiempo. Tres veces más que la edad de la Tierra. Aunque lejos del infinito, que es lo que escucho yo. Incluso ahora que soy viejo sigo escuchando un ruido que no sé de dónde viene. Porque ya no tengo tele, ni radio tengo. Pero la estática sigue.

A los doce mi vieja me regaló una armónica, mi primer instrumento, y con eso aprendí a imitarlo todo. Las canciones de moda, los pocos discos que teníamos, incluso los ruidos de la calle y de la casa, el wáter, las goteras, la cadena del baño. Es fácil, basta con captar la dimensión en que vibran. En el colegio de Valpo fui el único que aprobó taquigrafía a la primera. Y con los ojos cerrados; yo adivinaba las palabras por cómo sonaba la tiza contra la pizarra, el ruido de los círculos, las líneas largas, los golpes de los puntos, las comas y los acentos. Levantaba la mano antes de que el profesor terminara de escribir y cuando se daba vuelta decía: ¡Zas, Alfredo de nuevo! Todas esas abstracciones me gustan, pero con la música no empecé en serio hasta que nos mudamos a Buenos Aires. A mi padrastro le ofrecieron entrenar a los miembros de la Armada argentina y partimos a un barrio cerca de San Isidro. Yo me pasaba el día tocando la armónica y un vecino me invitó a su banda. El director dijo que tenía que aprender clarinete y un año después ya estaba practicando polirritmia, escribiendo mis primeros arreglos y metido hasta el cogote en el mundo del jazz. Por cómo tocaba y por

lo pendejo que era, empezaron a decir que era un genio. Nada que ver. Un genio es Bach, o Parker, o Walt Disney. Un genio inventó el saxofón. Yo solo soy un músico, alguien que sabe tocar instrumentos. No hay que confundirse. Pero los rumores empezaron a correr, y a los dieciséis estaba tocando en tantas bandas que tuve que dejar el colegio. Mi madre lloró una semana, nunca me lo perdonó, pero igual me iba a ver a todas partes (siempre llorando) y me llevaba el instrumento cuando lo dejaba en casa. Al saxofón llegué de pura chiripa. Había perdido mi clarinete y un amigo me pasó un saxo alto. Tuve que aprender a tocarlo ahí mismo, de pie en un pasillo donde apenas cabía de lado, mientras terminaba la banda anterior. Es parecido a un clarinete, solo hay que hacer algunas transposiciones, pero tiene algo raro que enloquece. Yo me enamoré. Y ahora me arrepiento. Ahora que ya es tarde. Con el saxo toqué el cielo: me llamaron de La Porteña, el grupo de jazz tradicional más importante del país, probablemente el mejor de América Latina. Yo era su solista estrella. Esa es la última etapa de mi vida que recuerdo bien. Hasta ahí se podría decir que era un tipo común. Demasiado flaco tal vez, un poco raro para algunas cosas, pero normal. ¿Raro en qué? Me gustaba dibujar manos, por ejemplo. Y no paraba de hablar de las furias y las gorgonas. Aunque eso lo puede hacer cualquiera. No le hacía mal a nadie. Ni siquiera a mí mismo. Pero después las cosas se torcieron. Sé la fecha y la hora exacta, las puedo recordar sin problemas: el doce de enero de mil novecientos sesenta y dos, a eso de las once de la noche. Estábamos arriba del escenario y faltaban tres compases para mi entrada cuando vi a un tipo sentado entre el público. Un hombre vestido con sombrero, muy alto, fumando una pipa, con el pelo muy largo. Estaba cerca, casi al borde del proscenio, y solo me miraba a mí, la banda no le interesaba, pero esto es lo raro: me veía con los ojos cerrados. Como un ventrílocuo que proyecta la voz. Entonces yo recibía todo ese fulgor terrible, el peso que tenía esa mirada ajena y blanca, pero no podía devolverlo. Estaba indefenso, desnudo, en pelotas. Dime si no es para cagarse de susto. Un extraño observándote de esa forma, un ciego que no deja de mirarte. Aunque yo a ese huevón lo conocía de alguna parte, tenía algo

familiar. Me habría gustado encararlo, pero en ese momento la banda entera empezó a perderse. No es que desafinaran, sino que se movieron, tambalearon, igual que si alguien hubiese pateado el escenario o nos hubieran disparado en un cohete hacia la Luna. Una situación bastante insoportable. Ridícula, además, porque nadie decía nada, seguíamos tocando en el vacío, cayendo por el aire, a punto de reventarnos contra el suelo. Cuando terminamos el set nos acercamos a la barra muy machitos todos, muy compuestos, como si no hubiéramos arriesgado la vida. Y ni un rastro del tipo con sombrero.

Luego empezaron las giras. Un viaje por el Amazonas hasta Iquitos, donde conocí a las mujeres más hermosas que vi en este planeta, mujeres con ojos tan sinceros y hambrientos que me hacían temblar y que me llenaban de terror. Porque a los veinte yo aún era virgen. Un puerto muy raro, Iquitos, absolutamente diferente a los que conocía. Almorzábamos en un restaurante que parecía un *diner* sacado de una película gringa, con manteles a cuadros y paredes amarillas, todo impecable y artificial, aunque a pocos metros caminaban los vagabundos y los cerdos se revolcaban en el barro. Las meseras vestían trajes rosados de dos piezas con un sombrerito en la cabeza. Mulatas finas como agujas de coser que se movían entre las mesas como si anduvieran en patines. ¡Y andaban en patines! Al cruzar por tu lado, te repasaban el cuerpo entero. Nunca me habían mirado el paquete de esa manera: me sentía parte del menú. Durante una semana, me senté en el mismo lugar para todas mis comidas. La última vez, al traerme la cuenta, una de ellas me preguntó qué iba a hacer esa noche. Le dije que tocábamos en un hotel, que formaba parte de un conjunto argentino. Ella sonrió y me dijo que no se refería a esa noche, sino a la noche verdadera, que no empieza con la puesta de sol, sino mucho después, a eso de las tres o las cuatro de la mañana, cuando todos duermen salvo los caimanes y el jaguar. Linda esa noche, mi primera noche con una mujer, pero el mejor viaje que hice con La Porteña fue el último. Y de ahí no he podido regresar.

El director de la banda era un viejo militante comunista que nos consiguió una gira por Rusia. El avión en que viajábamos tuvo que

hacer escala en Reikiavik, en medio del Círculo Polar Ártico, y nos quedamos atrapados allí dos semanas por una tormenta que inundó el cielo con el blanco más absoluto que he visto. Nos hospedaron en un hotel de lujo. No podíamos salir porque afuera la temperatura bordeaba los veinte grados bajo cero. El lugar más extraño que conocí en mi vida. Te ahogabas con tu propio aliento. Y el sol no se ponía nunca, brillaba sin parar. Dormir era imposible. Durante uno de esos días sin noche conocí a la persona que me iba a cambiar la vida, o al menos la que me encaminaría hasta el punto en que me encuentro ahora, a esta cama de enfermo, a estos sueños que empiezan y acaban en el mismo lugar. El gigante del piano cubano, Dionisio Ramón Emilio Valdés Amaro, conocido como Bebo Valdés.

Estaba sentado al piano en el restaurante del hotel, y a pesar de sus dos metros de altura y del hermoso bolero que tocaba, nadie le daba bola. ¿Qué podía estar haciendo uno de los grandes pianistas de la historia de Cuba en mitad de la nada? No tenía sentido. Y sin embargo ahí estaba, vestido de frac, un negro gigantesco con la mirada perdida improvisando temas de Antonio Romeu y de Cervantes. El mismo Bebo que había tocado con Nat King Cole en la grabación de «El bodeguero», que había dirigido el Tropicana durante su época de gloria, cuando Rita Montaner se subía al escenario a calentar a los gringos con su voz de terciopelo, una voz que se te hundía en el pecho y te agarraba de las bolas. Porque Rita no solo era cantante, según me contó Bebo después, sino pianista al estilo de Lecuona, además de bailadora y rumbera. Rita, la primera que grabó «El manisero», una mujer educada pero muy negra de barrio, le pidió que fuera su arreglista cuando él tenía solo veinticuatro años. Es que era así de grande Bebo, si incluso sentado empuñaba al piano, lo hacía parecer de juguete, un instrumento para niños que tenía que tocar con cuidado para no romperlo. Me contó que en Cuba le decían Caballón y que antes de dedicarse a la música había boxeado como sparring. Le pagaban dos pesos cubanos por asalto. Era malo, me confesó, poco dado a la violencia, pero sabía aguantar el dolor, un round tras otro, hasta ganar suficiente para llevarle a su madre. Ella fue la que le compró su primer piano, gracias a un boleto de rifa, una antigüedad llena de

termitas que un día se deshizo en medio de la sala. Cuando Bebo desapareció de Cuba en abril de 1960, era uno de los mejores músicos del continente, compañero de Cachao y Orestes López, de Bola de Nieve y de Benny Moré. ¿Qué le había sucedido? Lo que nos pasa a todos: se había enamorado. Mientras estaba de gira por Reikiavik con los Cuban All Stars, conoció a una acróbata de circo. El concierto de Bebo era dentro de un parque de diversiones, en la misma carpa del circo, y durante la prueba de sonido vio pasar a su futura mujer balanceándose arriba de un caballo. Él tenía cuarenta y cuatro y ella solo dieciocho, pero Bebo dejó atrás su banda, su país, a su mujer cubana y a sus cinco hijos para desaparecer en el más profundo anonimato. No volvería a grabar un disco en treinta años. Se dedicó a tocar con conjuntos amateurs en bares suizos durante el verano y en el hotel del Círculo Polar en la temporada de invierno.

Mira, chico, me dijo durante nuestro primer encuentro, la luz tiene que brillar en los ojos de los hombres. Pero aquí no puede, porque el sol es tan flojo que uno lo mira de frente, sin parpadear, como si fuese otra luna más. Aquí, la noche dura medio año. Y uno se vuelve loco con tanta oscuridad. Después de un tiempico, cualquier partícula te deslumbra. Le pregunté si acaso no se estaba quedando ciego, porque yo le podía ver las mismas cataratas que sufría mi madre, pero a Bebo le daba lo mismo: tocaba con los ojos cerrados. A mi edad, me explicó, lo que ves son tres tonos de gris, los demás colores son puro invento. Solo tres, asere, nada más, y uno más oscuro que el anterior. Desde ese momento en adelante, no me volví a separar de él hasta que la tormenta despejó, dos semanas después, y partimos hacia París, ciudad que yo había decidido convertir en mi hogar siguiendo sus consejos. Déjalo todo, chamaco, me dijo la última vez que nos vimos, desaparece y no mires atrás. Le respondí que estaba dispuesto, pero que no veía razón para olvidar el pasado. Eso es una trampa, me respondió: el pasado, igualito que el futuro, no existe, son materia oscura. Pero óyeme algo: antes era distinto. Antes se podían tocar con las dos manos, como tigres en un zoológico, encerrados tras las rejas pero al alcance. Eso ya no es así. Las cosas han cambiado. Mira si aquí se nota más que en cualquier

parte del mundo, me susurró, apuntando a las ventanas cegadas por la nieve.

Lo primero que hice al llegar a París fue perderme. La gente le tiene miedo a eso, pero tan malo no es. Cuando uno está perdido todo lo demás está en su lugar. Y no se necesita mucho para ser músico, incluso en Francia: una medida de fracaso y otra de éxito. Con eso basta. El problema es que la gente no busca el fracaso. Creen que es cosa de esperarlo, como si fuera una consecuencia del éxito. ¡Nada que ver! El fracaso es difícil. Para fracasar hay que esforzarse. Hay que ser un mono porfiado. Miren, por ejemplo, a los griegos. Tremendos en sus derrotas, sublimes en el fracaso. Su historia es una sucesión de caídas, cada vez más abajo, cada vez más hondo. Y más encima inventaron la tragedia. Ahí la cagaron. Se fueron al chanco. Porque ya no les bastaba con perder. Había que matar al padre y culearse a la madre. Al lado de los griegos nosotros somos insectos, muy bien organizados, mucho orden y progreso, pero poco más que bichos que construyen un nido sobre el barro de sus logros. A mí nunca me interesó el éxito. Yo llegué a París buscando otra cosa.

Recuerdo mi canción favorita de esa época. Me la enseñó una mujer, y la podría tocar aunque me borrarán la memoria y me cortaran los dedos. Ella nunca la cantó, solo la tarareó, pero yo la aprendí de memoria: Gabriela Strata Hamilton, la conocí cuando tocaba con Les Pieds de Poule, siguiendo al Tour de France. Nos contrataron para eso, a mí y a cuatro músicos. Ensayábamos todo el día y tocábamos toda la noche, persiguiendo a los ciclistas del *tour*, ciudad por ciudad. Dormíamos apretados en una sola pieza, practicábamos ahí mismo, en pijama. Fueron los años más felices de mi vida. Pero tal vez estoy equivocado. Porque uno recuerda las cosas como quiere. Tal vez estos sean los mejores años de mi vida. Esta cama, esta pieza, este cerro en Valparaíso. Esta ropa con hoyos. Aquí al menos no sufro hambre. Porque en París pasé días sin comer. Pero no por falta de dinero, sino porque no me daba hambre. Y cuando tenía hambre, me faltaban las ganas. Las ganas de comer. Vivía en una *chambre de bonne* en el último piso de un edificio de departamentos enorme, con el techo tan bajo que ni siquiera yo,

que soy chico, cabía de pie. La mayoría de los artistas latinos y africanos vivíamos así, encorvados, mirando el suelo, pero era una buena vida, barata y feliz, y yo ahorraba casi todo mi sueldo. Incluso le mandé unos pesos a mi vieja, pero ahora me arrepiento, porque producto de eso me enteré de algo terrible. Un día me agarró la nostalgia de los tangos y le escribí a ella en Buenos Aires para que me enviara un disco de la orquesta de Julio Lecaros (la primera en que tocaron Pugliese, Piazzolla y Troilo), pero fue peor, porque el disco me llegó con la noticia de que Pugliese estaba en la cárcel por comunista. Fue un shock. Como si hubieran metido preso a un hermano. Me dio tanta pena que le regalé el disco a la Gabriela, y a cambio ella me invitó a vivir a su casa, en las colinas de París, cerca de los gitanos de Django Reinhardt. Yo llegué con el saxo, y al igual que en Argentina al poco tiempo no me faltó pega. Con la Gaby viajamos por toda Europa, incluso conocimos África, Costa de Marfil y Senegal. A veces se me acercaban francesitos después de los conciertos en el Hot Club a pedirme autógrafos, chicos que querían aprender a tocar el saxo como yo. Pero qué les iba a enseñar, si ni yo sé cómo toco. No sé cómo hago nada de lo que hago. Soy una máquina de azar. En París, por ejemplo, conocí a Big Joe Turner, a Bill Coleman (que componía con la Ella) y a Kenny Clarke, el baterista que reemplazó a Roach en el quinteto de Parker y Gillespie, y todo eso en un año. Al poco la Gaby se quiso casar, pero en Francia no podíamos por ley, así que viajamos al peñón de Gibraltar, aprovechando que ella tenía pasaporte inglés. Fue la Gaby la que empezó a grabar todo lo que yo tocaba. No solo mis conciertos, sino también los ensayos. Apenas me llevaba el saxo a la boca estaba ella con su grabadora portátil. Juntó cientos de casetes, tantos que no teníamos dónde guardarlos. Todavía tengo esa máquina, en algún lugar de esta pieza, y conservo algunas grabaciones. Al principio no entendí por qué lo hacía, pero después me di cuenta. Mucho después, cuando me quedé solo, sin instrumento, sin plata, sin amigos para echarme un trago. Ahí supe. Es que la música se acaba. Al menos para mí, la música tuvo un principio y un fin. Ocurrió de un día para otro, no hubo señales previas. Tal vez la Gaby ya lo había visto, ya sabía todo lo que iba a pasar, porque una noche volví a

casa y ella no estaba. Y a la mañana siguiente desperté y la música se había terminado. Solo había silencio, tres tipos de silencio, cada uno más hondo que el anterior.

Como no tenía nada que hacer, me puse a caminar. Se camina bien en París. No tan bien como en Buenos Aires, pero bien igual. Puedes caminar hasta que te salen heridas y se te rompen las suelas de los zapatos, porque la ciudad no se acaba nunca. Al contrario, mientras más la caminas, más grande se hace. Crece bajo tus pies. París es una cosa sin límites, igual que el universo. Y yo fui una estrella que giraba alrededor de un agujero negro. Mi problema no fue el espacio, sino el tiempo. El clima. El frío del invierno. Nunca sentí más frío que en esa ciudad. Porque Chile no es así. Aquí todo tiende y se ajusta al promedio. Una vez caminé de Santiago a Valparaíso, aunque no estoy seguro dónde empezaba una ciudad y terminaba la otra. Y tampoco me detuve cuando llegué al puerto, sino que seguí de largo, mar adentro, por encima de las olas del Pacífico. Tuvieron que sacarme medio ahogado. No es tan lejos como la gente cree. Las cosas nunca quedan tan lejos como la gente cree. Lo que pasa es que hemos perdido la escala, por la velocidad a la que nos movemos. Si caminas, en cambio, te das cuenta de lo cerca que están las cosas. ¡Apiladas unas sobre otras! Todo pasa al mismo tiempo y en el mismo espacio. Pero nos enseñan lo contrario. Nos dicen que de A se llega a B. Y luego de B se pasa a C. Cuando la verdad es ABC. Es cosa de revisar la propia biografía. ¿Cuándo te desenamoraste? ¿A qué edad perdiste la cabeza? ¿Qué día tocaste fondo? Las cosas suceden de golpe. De improviso, como en las películas, como en las obras de teatro. De eso estaba hablando Bebo. Del satori. De la iluminación. Del despertar instantáneo. El problema es que me tomó años comprenderlo. No lograba ver, no podía metérmelo en la cabeza, y solo ahora, que dicen que estoy loco, entiendo.

No sirve de mucho, eh. Lo juro. Ver la realidad tal como es no sirve de nada. Es casi lo mismo que estar loco. Pero más sutil. No es como si te apagarán las luces de un zuácate. Es como si te cambiaran la mano derecha por la izquierda, sin que te des cuenta. Te levantas y hay algo diferente. Algo raro está pasando. Pero no

sabes bien qué. Y nadie te cree, por supuesto, aunque uno hace el intento, trata de explicarlo. La locura, les dices, es una jauría de perros invisibles que te sigue a todas partes; es un laberinto transparente sin Minotauro; es un agujero que te sostiene. Volverte loco, insistes, es como llegar de un viaje y encontrar tu casa vacía, la despensa saqueada y las camas deshechas, pero sin haber salido de viaje. Yo no me quejo. Desde que volví a Chile no he hecho nada que no sea mirar a mi alrededor y ver las cosas como son. Era lindo al principio, cuando mi madre todavía estaba viva, cuando las ventanas de esta pieza no estaban tapiadas y yo podía ver los cerros, el amanecer, la puesta de sol y la gente que camina borracha por la calle. Era lindo sacar la cabeza y dejar pasar el tiempo sin moverme un centímetro, lo más quieto posible, aprendiendo las rutinas de mis vecinos. El problema fue que ellos también podían verme a mí.

Así que corrimos las cortinas, cerramos las ventanas y le echamos llave a la puerta. Tiene que haber sido en el 80 o el 82. Seguro que fue al comienzo de esa época negra. Negra para mí y negra para el país. Oscura para el mundo entero. Todo se venía abajo, todo se sacudía y se removía, como si un gigante se quisiera quitar a Chile de la espalda. Cuando vino el terremoto grande, el del 85, yo fui el único que no se sorprendió. Qué me iba a sorprender, si lo venía sintiendo en los pies desde que aterricé en el aeropuerto. Nada se quedaba quieto. Igual que cuando bajas de un barco a tierra firme, las cosas se seguían moviendo y la sensación era terrible, me daban ganas de vomitar, me venía un mareo que no se pasaba con nada. Cuando empezó a temblar en marzo del 85, yo ni siquiera me inmuté. Al contrario, me vino un tremendo alivio luego de tanta espera. La cama bailaba por el piso, los vasos se caían al suelo, la madera del techo se quejaba, pero yo no podía parar de reírme. Cómo no, si llevaba años anunciándolo. Después del temblor se acabaron mis mareos. Me volví a coordinar con el ritmo del país, con sus movimientos de cangrejo. Es que hay una cosa muy chilena de avanzar hacia atrás, de correr para el lado con las manos arriba. Como si el porvenir nos diera miedo o quisiéramos recuperar el paraíso perdido. Pasado el terremoto era triste mirar las grietas que

habían quedado por todas partes. En las calles de los cerros, en las grandes avenidas, en los edificios del puerto, en las caras de los chilenos. Yo, si fuese más inteligente, me habría ido antes. ¿Por qué no me fui, si lo vi venir? Ahora estoy atrapado en este país. Es parte de mi responsabilidad. Lo digo en serio. ¿Qué pasaría si me pongo a temblar, si me vuelven los mareos y estoy en Kenia, en Copenhague o en Reikiavik con Bebo? ¿Qué pasa si de pronto sé que viene el terremoto y no tengo cómo avisarle a nadie? Es un riesgo que no puedo correr. Además, me gusta Valparaíso. Siempre me ha gustado el puerto. No existe ninguna ciudad con un nombre tan lindo. Basta decirlo en voz alta y sentir todas esas sílabas en la lengua para invocar su magia: Val-pa-ra-í-so. Algunos se quejan de que ya no es lo que era, que se modernizó, que perdió el alma. A mí nada de eso me importa mientras no le cambien el nombre. Mientras no toquen eso, los edificios se pueden venir abajo, pueden incendiar el Plano, quemar los cerros, retirar los ascensores, clausurar los bares y poner un *mall* donde estaban las putas. Yo no perdería un minuto de sueño.

A propósito de putas, la semana pasada vino a verme un periodista. Es la única visita que he recibido en años. Un cabro bajito, buen mozo, pero con la media cicatriz en la cara. Simpático también, bueno para hacer preguntas. Y triste. Como si se le hubiera perdido algo. ¿Viste la gente que tiene eso? Andan por las esquinas, pegados a los muros, igual que los ratones, y cuando te miran no te miran a ti, sino que tratan de ver detrás tuyo, o adentro de ti. No sé si me explico. Lo primero que hizo fue preguntar si me acordaba de él. Le dije que no, que lo sentía mucho, que se me olvidaban algunas cosas. Él dijo que nos conocíamos, que habíamos hablado antes, hace un par de años, que había hecho un reportaje sobre mi vida y quería saber cómo estaba. Yo le dije que vida, vida-vida, no me quedaba mucha. Lo que sí me quedaban eran recuerdos. Una cantidad enorme de recuerdos. Cada día que pasa se me vienen más cosas a la cabeza, como si el pasado me estuviera atacando, como si mi memoria quisiera comerme. El chico se acercó a la cama y me dijo que yo era un genio, que era el mejor jazzista que había dado Chile. Le respondí que nada que ver, que genio era el Bicho Vicencio

o Gastón Enríquez, tipos con los que yo había tocado en clubes de Santiago sin que nos pagaran un peso, por el puro placer y las copas de vino. Me preguntó por mi madre, por mis hermanas, por mis viejos compañeros de banda. Sacó una botella de vino de la mochila y la tomamos directo del cuello. Después hablamos de libros, que es lo único que hay en esta pieza aparte de la cama. Teníamos gustos parecidos. Me confesó que quería ser escritor, que estaba a punto de partir de viaje en uno de los cargueros que salen del puerto, pero que antes había querido venir a verme. Luego quiso hablar de los griegos: tenía una teoría interesante, algo que no se sostenía en nada, pero que defendía a brazo partido.

Los griegos, decía, no habían existido nunca: eran un delirio colectivo de los romanos. Primero soñaron a los griegos y después construyeron las ruinas, esculpieron las estatuas y les cortaron los brazos y la cabeza. Todo para inventarse un pasado a la altura de sus aspiraciones. ¿Y Alejandro Magno?, le pregunté, ¿y la *Odisea*?, ¿y la *Ilíada*?, ¿y Aquiles? Romanos, me dijo, todos romanos. ¿Y Aristóteles?, ¿y Diógenes?, ¿y Empédocles? Romanos, romanos y sodomitas. ¿Pero y las furias?, ¿y Perséfone?, ¿y Aspasia?, ¿y Safo? Todas romanas, romanas hasta el tuétano: el único que no fue romano, según él, era Heráclito, porque Heráclito era un extraterrestre. Lo que no quiere decir que fuera un marciano, me dijo, solo que no es de la Tierra. Me cagué de la risa, él también se rio, pero de ahí se puso muy serio, como si fuera a llorar, y me contó una historia totalmente incomprensible.

Me habló de un niño deforme al que tenía que rescatar de las manos de un falso profeta, de un viaje a la Antártica y de militares chilenos que jugaban a ser ocultistas pero que en realidad traficaban obras de arte robadas por los nazis; me habló de una montaña sumergida debajo de Chile, una cordillera que crecía hacia el centro del planeta y que podía acabar con la humanidad; me habló de una mujer con piel de cocodrilo y de un santo chileno –el primer santo hermafrodita– que hacía milagros de los que nadie se enteraba porque iban a ocurrir en el futuro, el día antes de que Cristo volviera al mundo. Después me mostró la mano y vi que le faltaban dedos. Le dije que se quedara un ratito, que nos tomáramos una cerveza,

pero sabía que íbamos en direcciones opuestas: a él lo tironeaba el porvenir y a mí me comía el pasado. Cuando alcanzó la puerta, justo antes de salir, se sacó la mochila de la espalda y me mostró lo que tenía adentro: mis casetes, los de la Gaby, todas mis canciones, todos mis conciertos. Los empezó a dejar en el piso, en pilas, en montones de a cinco, de a diez, de a veinte, y yo me levanté y me puse como loco a buscar mi grabadora para poder escucharlos. Revolví la pieza completa hasta que la encontré al fondo del clóset, adentro de una cajita de madera, impecable, como nueva, con las pilas puestas, pero cuando me di vuelta, él ya se había ido.

Desde entonces, las cosas no van bien. Tengo que admitirlo. No le echo la culpa al cabro ese, estoy feliz de que viniera, aunque ahora no hago más que escuchar mi música, día y noche, sin parar, y ya no necesito dormir.

El problema es que volvieron mis mareos. Me tiembla el cuerpo completo. A mí no me vengán con cuentos, yo he aprendido a leer las señales. Lo puedo sentir hasta en los dientes. Hagan la prueba si no me creen. Cierren los ojos. Escuchen. Algo grande viene hacia nosotros.

Después no digan que no les avisé.